

# Vida Moderna

Tomo XI.

AGOSTO, 1903.

Año III.

## Conversación amistosa sobre tuberculosis

(PARA LOS OBREROS)

CONFERENCIA DADA EN EL «VICTORIA HALL», LA NOCHE  
DEL 22 DE JULIO DE 1903

Señoras y señores:

En el cuadro alegre y bullicioso de esta velada, me ha sido reservada la nota triste de las humanas realidades, que me voy á permitir interpretar, contando con vuestra benevolencia.

Dejemos de lado, aunque no sea sino por breves instantes, las opiniones políticas y las creencias religiosas que cada uno de vosotros defiende á su manera. — Pensemos, siquiera un minuto, que el dolor, hermana á todos los seres, nivela á todas las jerarquías y reduce á todas las voluntades, y consagremos algunas consideraciones al estudio de un interés que es común, que os toca de cerca y que hiere nuestros afectos. Estudio, conversación familiar, ó como mejor os plazca denominarlo, que tenemos la pretensión de esbozar, sin términos raros, ni frases altisonantes, sino empleando el lenguaje llano, claro y sencillo de la verdad desnuda, que disipa

y aleja las nieblas de la ignorancia, como la luz del firmamento desata y rompe las brumas de la mañana.

Vosotros, como nosotros, cumpliréis el destino reservado á todo lo que existe sobre la superficie de la tierra. Viviréis, años más ó años menos, según las reservas orgánicas de cada uno; desenvolveréis vuestra esfera de acción, en la lucha diaria del trabajo honrado; perpetuaréis, á través del tiempo, la simiente sembrada en el vergel ameno y fecundo de la familia; dejaréis, como se dice vulgarmente, hijos para la patria... y desapareceremos, unos y otros, para que las generaciones que nos empujan formen, cada una, los eslabones continuos y perpetuos de la civilización y de la vida. — Estos, esquivando los escollos y salvando las distancias con el acicate de la conciencia, aquellos, estorbando el pasaje, con los surcos del vicio y las sinuosidades del delito: todos, empujados hacia adelante, por la fuerza incontrastable del desenvolvimiento progresivo.

Cada instante que pasa, abren los ojos á los encantos de la naturaleza, centenares de seres; cada minuto que transcurre, se traga la tierra, nuestra madre común, hombres, mujeres y niños, por docenas. Pobres y ricos, vigorosos y enfermos, viejos y jóvenes, envidiados y envidiosos: en todos los países, en todos los climas, y en todas las latitudes.

Contra esas leyes de la naturaleza, inmutables, perpetuas y eternas, nada podemos. — La simiente que fecundada, quiebra, con la exuberancia del desarrollo, el terrón que la sujeta, bien luego crece lozana y nutre á la espiga, para volver, más tarde, hasta el suelo su agostada frente y sus envolturas marchitas. Ha dado de sí, el codiciado fruto y los restos de sus hojas, abonarán de nuevo, otros ejemplares. Tal es, el ciclo de la materia orgánica, la transformación de las energías en otras energías, la rotación de la existencia y el mecanismo de la vida.

Pero, si no nos es dado contrariar la regla, podemos, al menos, modificar las excepciones, la forma de su cumplimiento, que cuando se trata de accidentes conocidos de antemano, tenemos, siquiera, el medio de prevenirlos.

Junto á los que se van para no volver, hay muchos, muchísimos, que debieran estar al lado nuestro, enjugar cuántas lágrimas y calentar cuántos hogares, vacíos hoy con el recuerdo del viaje eterno... Y todos ellos, son inmensamente en mayor número de lo que imagináis.

Nosotros, los médicos, los que vivimos al lado del dolor, sin poderlo dominar, á veces, los que valoramos las pulsaciones de las humanas miserias y aplicamos indistintamente el criterio de la observación, ante la cabecera del opulento y en el lecho del desheredado; los que amamos al pueblo, porque nuestra experiencia nos ha enseñado que ese mundo viviente que no tiene defensor abonado, es bueno y es pródigo, en medio de su pobreza, nosotros, hemos contado, día por día, á los que se mueren y no debieron morir: en el nido de la cuna, en el vigor de la adolescencia, en los dinteles de la fecundidad. — Y nosotros, después de haberlos estudiado en todos los países, hemos llegado á las siguientes conclusiones, que os suplico no olvidéis: DE CADA CIENTO INDIVIDUOS QUE FALLECEN, fijaos bien, veinte, por lo menos, son tísicos ó influenciados por la tisis; y los tísicos, no deben morir, porque pueden curarse.

Así y sin mayores comentarios ni rodeos, que no es del caso apreciar detalladamente, apliquemos esos cálculos á la República, puesto que en ella actuamos y nos interesa de cerca, y veamos:

Término medio de muertos, de todas las enfermedades, al año .....	12.536
Quinta parte, de esta totalidad .....	2.507

Es decir: dos mil quinientos individuos, poco más ó menos, fallecidos por tisis y sus variedades, que disminuyen, año por año, é indebidamente, las escasas fuerzas de la joven nacionalidad.

En la sola ciudad de Montevideo, durante los tres primeros meses del año corriente de 1903, han fallecido, únicamente de tisis pulmonar, 106 individuos, (85 al mes como término medio) de los cuales fueron 52 varones y 54 mujeres; 64, sol-

teros y en la flor de la edad todos, sin excepción; 29, casados; 9, viudos y 4, menores de 15 años.

Ninguna de esas calamidades sociales, que se conocen con el nombre de epidemias de viruela, sarampión y otras de la misma índole; ni siquiera, esos inmensos fracasos y desvarios de la conciencia pública, que como el *pampero* de nuestras latitudes, arrasan de vez en cuando, demasiado á menudo siempre, con el estruendoso alarido de las guerras civiles, á las poblaciones de la campaña; ninguna de esas tempestades, nos cuesta, ni con mucho, la mitad de existencias.

¿Por qué se muere tísico, y por qué en número tan elevado?

Empecemos por esclarecer el primer punto. — De manera clara y sencilla y al alcance de todos.

La mayoría de las calles anchas de Montevideo, especialmente en los límites de la nueva ciudad, posée un número bastante crecido de árboles, todos vosotros los conocéis bien, que contribuyen al saneamiento de la atmósfera, á la pureza del aire y á la regularidad de la temperatura. — Junto á la mayor parte de ellos, espléndidos y vigorosos, que reverdecen con los primeros besos de los ardores primaverales, existen otros, seguramente los habéis visto, lánguidos y marchitos, que apenas conservan erguidos el esqueleto de su tronco y las nervaduras de sus ramas. — Les falta: alimento, con que vigorizar su savia; aire, que restaure el verdor macilento de sus hojas; luz que caliente y purifique la máquina de sus nervios. Y agostan las corrientes vitales, que no se renuevan activamente y marchitan la verdura de las hojas, que respiran mal, y apocan la lozanía de las ramas, que no reciben, en condiciones propicias, la impulsión fecundante y bienhechora de la luz del día.

Y así como acontece, con esos árboles amigos, así también, por falta de alimentación nutritiva, de luz reparadora y de aire puro, así también se marchitan los organismos, se agostan en flor, la mayor parte de las veces y se mueren de consunción, de agotamiento, de *tisis* si queréis.

Suponed que uno de vosotros, trabajando las horas reglamentarias, gana el equivalente de 0.80 centésimos de jornal:

que, calculando en veinticinco el número de días hábiles, os producen un total de 20 \$ mensuales. — Separad de ese producto, seis pesos para la habitación; otros tantos, para ropa, calzado y gastos menudos etc. — Os quedan ocho, por consecuencia, para el alimento y si, por acaso, este último capitulo no se llena sino con una cantidad mayor, con doce pesos, por ejemplo, ¿qué sucederá entonces? — Que disminuirá la ración cuotidiana, indispensable, destinada á reparar las pérdidas del organismo. — Resultará, en una palabra, que ganando menos de lo que necesitáis para vivir, viviréis mal, perdiendo en ropa, en calzado, en alimento, elementos de defensa y elementos de existencia.

El más humilde y el más ignorante de los hijos del pueblo, por escaso de inteligencia que se le suponga, comprenderá estas verdades, claras como la luz del día. — Para ganar salarios es menester trabajar y para trabajar es menester vestirse, calzarse y alimentarse con largueza.

Pues bien; del mismo modo que necesitáis determinada cantidad de ropa y de alimentos, necesitáis, y con mayor razón, determinada cantidad de aire, de aire puro y de luz; que suministren combustible en exceso á la máquina de vuestro cuerpo. — Sin esos elementos indispensables, que no se reemplazan con nada, viviréis poco, trabajaréis escasamente y pesaréis sobre la sociedad como un fardo gravoso.

Donde la luz no entra, dice un antiguo proverbio, entra el médico, quien, como sabéis, no visita vuestras casas, en busca de alegrías.

Todo organismo falto de alimento reparador, abundante y sano, es como una caja de donde se saca mucho y se pone poco: cuestión de tiempo. — Toda habitación, donde el aire y la luz escasean, es una fábrica de enfermos y de tristezas: cuestión de momento.

¿Vais comprendiendo, clara y sencillamente, sin términos raros y sin palabras altisonantes, porqué se muere tísico?

Si la luz y el aire, son tan indispensables para conservar la salud, como los alimentos, y si habitáis cuartos estrechos y lóbregos, húmedos y fríos ¿cómo queréis que las enfermeda-

des no alienten con vosotros, con vuestras mujeres y vuestros hijos?

Vosotros, me diréis: todo eso está muy bueno, para los que pueden pagarse el lujo de vivir en habitaciones espaciosas; pero no, para los que no tenemos otro remedio, sino aceptar lo poco y malo que se nos brinda. — Entendámonos; hasta oíerto punto. — Cuando empleáis cinco centésimos, nada más que cinco centésimos, en carne para el puchero, buen cuidado tenéis de examinar la mercancía y rechazar la que os parece inferior ó podrida. — ¿Qué sucede con esto? — Que ningún carnicero, en general, se expone á vender mercaderías averiadas, porque sabe que no tienen salida, que pocos ó ningunos las aceptan. — Por qué, cuando váis á elegir un cuarto, una modesta vivienda, no hacéis algo parecido y rechazáis la que no sea sana, clara y aereada, la que esté corrompida, en una palabra?

Poneos todos de acuerdo, no en nombre de esas teorías esdrújulas de las que no bonifican, sino los falsos apóstoles, sino, en razón de vuestros legítimos derechos; exigid, del propietario, aquellas condiciones elementales. — Intentadlo al menos, que la querrela bien valé la pena.

Esos ricos, señores de la tierra, la mayor parte, han sido pobres, como vosotros y si han olvidado algunos, en la molición del lujo y en el sibaritismo de la ociosidad, su origen oscuro y humilde, ninguno menosprecia los dictados del interés. — Y si se convencen que la mercadería averiada, y mala, no puede pasar por excelente, á buen seguro, se apresurarán en acceder á las exigencias á que todo comprador tiene derecho.

Además, por pobre que seáis, podéis ventilar vuestra pieza, tenerla abierta siempre, en vez de ahogaros á puerta cerrada, respirando el propio aire que arrojáis transformado y el humo espeso y nauseabundo de las chimeneas de tabaco. Por desgraciados que os suponga, casi todos disponéis del descanso del domingo, que aprovecháis á menudo, no os ofendo, en la convivencia de la taberna, de la *pulperia*, como se dice entre nosotros. ¿Y á que váis allí? A respirar nuevamente un aire

viciado, á beber una copa, ó varias copas, de esos venenos con nombres acaramelados, de los que, seamos sinceros, no sois los únicos consumidores, sino que escancia alegremente, en finísimo cristal y con el calificativo de *aperitivos* la *juventud dorada*, que no costea con sus larguezas un almacén de libros, ni un solo centro científico, en el refinamiento de una población que cuenta los despachos de bebidas, por millares. Á roñir, luego de haberos *refrescado* con la gota de licor: unos por *blancos*, otros por *colorados*, aquellos por el socialismo, los de aquí por la anarquía: todos, á vaciar vuestros bolsillos escuálidos y á terminar la noche, rabiando si los niños lloran y gritando, si están callados. ¡Pobres niños y pobres madres!

Si, como á menudo acontece, atrapaís un constipado, un resfrío, un aire, comenzáis á toser, á perder el apetito y á escupir en todas partes: en el taller, en la calle y en la propia habitación, donde otros seres respiran esos productos mal sanos. Para engañaros y distraeros, á veces por olvidaros, frecuentáis, más que nunca la taberna, y más que nunca aumentan la tos y la salivación, la pérdida del apetito, como consecuencia forzosa, el mal humor habitual, que los niños pagan y las madres silencian.

*Soy el patrón*, para que me aguanten, decís, cuando la mujer os observa y aconseja, y los que habláis de derechos y de igualdad republicana, no reflexionáis que una esposa y una familia, son tan dignos de respeto, como vosotros mismos. Acaso más, porque merced á la propia debilidad, os soportan resignados, y vosotros, á menudo, protestáis contra las exigencias, equitativas ó irritantes de vuestros amos. En mérito de éstas, os declararéis en huelga, y si tenéis razón ó no en ello, me guardaré muy bien de entrometerme: primero, porque no tengo autoridad suficiente, segundo, porque yo también detesto las tiranías, las de arriba y las de abajo, las de los amos y las de los siervos, las de los gobiernos ignorantes y despóticos y las del populacho desenfrenado. Pero lo que sí discuto y sostengo, es, que si podéis hacer lo que se os antoja, no debéis, ni podéis, ser nocivos al prójimo, sea éste

esposa, hijos ó compañero, porque vuestro derecho termina, no lo olvidéis, en el derecho del vecino. Tal es, la libertad, de la que no debo de beneficiar yo y mi egocismo arbitrario, sino yo, mi mujer y mis hijos, mis amigos y: mis adversarios, mis siervos y mis patrones.

Ahora bien, váis á ver cómo atentáis á los derechos de vuestros semejantes, acaso sin saberlo, y porqué, teniendo en cuenta el interés común, nos empeñamos en abrirnos los ojos y demostraros la realidad de los acontecimientos. Tal o como se suceden y repiten todos los días: en el taller donde ganáis el sustento y en la opulenta sala donde el potentado vive en la molición.

Todo individuo que escupe, es un vicioso ó un enfermo. Para el caso, significa lo mismo, porque el vicio, dolorosamente, es tan contagioso, como las dolencias físicas. La saliva que arroja, casi siempre, lleva gérmenes de enfermedades, es, como un puñado de semillas, derramado sobre la superficie del suelo. Con esta sola diferencia, que un puñado de semillas alcanza á varios centenares, en tanto que una escupida, una sola, contiene, no centenas, sino millares de gérmenes, susceptibles de producir la tisis en la inmensa mayoría de los casos.

¿Qué necesita una sola semilla de trigo, por ejemplo, para germinar? Bien poca cosa; tierra abonada para arrullar con sus ósculos vivificantes, el maravilloso mecanismo del desarrollo orgánico. Y la simiente, con el correr del tiempo, romperá la corteza que la envuelve, multiplicará sus elementos con arreglo al infranqueable plano de su estructura íntima y se transformará en individuo adulto, con tallo vigoroso, con hojas frondosas y con ópima espiga.

Así también, los gérmenes que arrojáis por millares, con vuestra saliva, si caen en terreno abonado, se multiplicarán; pero no para producir la espiga, que ha de servir de alimento universal, sino la enfermedad, á la que denomináis, á menudo, *ataque de la cabeza* en un pobre niño, *accidentes del desarrollo*, en una joven; *crecimiento rápido* en un muchacho y *excesos de trabajo*, en el adulto. Nosotros, los médicos, á todo eso, le decimos: *tuberculosis*.

¿Cuál es el suelo propicio, la tierra abonada, para que la saliva, una vez seca y reducida á polvo, se esparza por el aire y enferme, la cabeza ó el vientre, los huesos ó el pecho, principalmente este último? El terreno abonado es el siguiente: la escasez de alimentos sanos, la falta de aire y de luz y todos los excesos y vicios que debilitan al organismo.

Por supuesto, que si no hay esputo, ni salivación, no habrá tampoco semilla que produzca la enfermedad. ¿Qué dice, qué contesta el buen sentido de las gentes sencillas, á todo esto? Lisa y tranquilamente, que no debéis escupir. Por lo menos en condiciones que puedan perjudicar. Primero, porque no es propio; segundo, porque no es decente y tercero y principalmente, porque no tenéis el derecho de hacer mal á nadie.

Si lleváis sobre los hombros, una carga de pólvora, por ejemplo, ¿derramaréis, acaso, puñados, por el suelo, para que cualquier pasante, arroje inadvertidamente un fósforo y se produzca la explosión? No; os guardaréis muy bien y preservaréis al terrible agente de todo contacto peligroso. ¿Por qué no habéis de hacer lo mismo, con la pólvora de la saliva enferma, que puede prender al menor descuido y que prende todos los días, consumiéndolo su explosión millares de existencias? Muchos más de los que devora en todas las latitudes, ese brutal argumento que en nombre de todas las tendencias atávicas de la humanidad, se denomina irónicamente el derecho de la guerra.

Por escasos de recursos que os suponga, si no podéis proveeros de una salivadera con agua, para que la escupida no se seque y la semilla vuele, jamás os faltará una vasija húmeda, un cacharro, un plato cualesquiera, donde podáis hacerlo, ni un vaciadero común donde derramar su contenido.

Los que habláis de libertad y de derechos, dad el ejemplo, respetando el ingénito, que tenemos todos, de vivir, sin que nadie nos perjudique.

De mí sé decir, que si sospechara vagamente que mis palabras pudieran haceros daño, en lo más mínimo, las ahogarías, sin vacilar, en la soledad de mi retiro y rompería la

pluma, que, con más ó menos propiedad, obedeco á mi pensamiento.

Lo que me mueve, lo que me obliga á quebrantar mi silencio y á solicitar vuestra benévola atención, no es prurito de amor propio, ni afán de éxito material, que ni meouro de grandezas, ni me pago de vanidades. Mucho más que todo eso, es la expresión de la verdad que se abre paso en el mercado de las ideas; es la traducción exacta, aunque grosera, de los resultados obtenidos por los que han pasado su existencia estudiando estas graves cuestiones, que interesan á la humanidad entera, porque la humanidad tiene corazón, tiene esperanzas y deseos vehementes de mejoramiento progresivo.

Ahora bien: esas verdades, esos estudios os dicen, que la *tisis* que agosta tantas existencias, es una enfermedad que puede y debe evitarse y que se cura casi siempre. — Que se combate, huyendo del contagio, siempre que sea posible; aereando las habitaciones; purificando, con la luz y con la limpieza, la atmósfera del hogar; descansando, de las fatigas del trabajo, no en las humaredas de la taberna, que todo lo corrompe; que roba traídoramente el fruto honrado de vuestro sudor y prepara candidatos para la enfermedad, para las desgracias domésticas y para las cárceles, sino en las claridades risueñas y vigorizadoras del cielo abierto y del campo libre, á la luz del sol y á la sombra de los árboles, bajo el techo humilde y pobre, pero caliente y alegre con las sonrisas de los niños y ennoblecido con la santa tradición de la familia, donde se vigorizan esos hijos del pueblo, que son la levadura de las sociedades y que seguramente no han de deshonrar, educados en la religión del trabajo, ni el nombre de sus padres, ni el porvenir de la patria. — Os dicen, finalmente que la *tisis* se cura, siempre, no con los remedios de la botica, ni con las recetas del médico, sino, con los esfuerzos de vuestra propia voluntad, actuando en todos los momentos. — Respirando, repito, aire puro, siempre puro, y bebendo en la luz del sol, que para nadie falta, el elixir de la vida, el único seguro que necesitan imperiosamente vuestros pulmones gastados.

Para traduciros tamañas enseñanzas y doctrinas, hemos solicitado vuestra atención. Para demostraros, que cada uno de vosotros, que seguramente, cuenta seres queridos arrebatados al cariño por esa enfermedad que tanto os amedrenta, cada uno puede evitarla y puede curarse, si estuviera ya enfermo. — Todo ello, estriba en vosotros mismos, si tenéis energía y voluntad, esa energía y voluntad que derrocháis inútilmente, por pobres que seáis, en asuntos de otro orden. AA menudo, en las malditas cuestiones políticas; frecuentemente, en los percances del juego, más maldito aún; á veces, en los dinteles del vicio, maldito siempre y siempre avasallador.

En « *Liga Uruguaya contra la tuberculosis* », fecundada con el óbolo del hombre de trabajo; que en cada uno de vosotros veó un hermano y un amigo, cuyas opiniones respeta y por cuyos dolores se interesa, se considerará honrada si alcanza á convencerós que no es el gobierno el que determina los acontecimientos, ni el médico el que regula la salud, sino que la tranquilidad, como el bienestar social, dependen exclusivamente, de todos y cada uno de vosotros, de vuestras energías y de vuestra acción, de vuestras fuerzas y de vuestras iniciativas, que, por ser pueblo sois voluntad y árbitro y por consecuencia, responsable de vuestros destinos.

Hé dicho.

JOAQUÍN DE SALTERAÍN.

## Un documento en guaraní

EN HONOR DEL GENERAL DON BERNABÉ MAGARIÑOS

El documento histórico que va al final de este trabajo autobiográfico, diré así, emanado de una tribu indígena, que ya no existe en el país, se refiere a una distinguida personalidad militar, que, por su ilustración, cultura social y corazón humano, no dejó recuerdos amargos ni huella sangrienta en las páginas de nuestras guerras fratricidas. Perteneció el general don Bernabé Magariños a aquella pléyade de hombres que se educaron en las escuelas militares de España, cultivando su espíritu en los libros y en el trato social con hombres de elevada alcurnia, para luego brillar, como modelos de sabiduría, en el movimiento anárquico de nuestra combatida nacionalidad. Fué militar de escuela, caballero de salón, orador en nuestro parlamento, tribuno entre las multitudes impacientes y escritor en la prensa republicana. Llegado de España, donde se trató con San Martín y Alvear, a cuya nación fuera enviado por su padre, el desinteresado don Mateo Magariños Baliñas, el *rey chiquito*, como se le llamaba en Montevideo, para que no se contagiara con los *enemigos de los godos*, como decía el autor de sus días, resultó que el ambiente revolucionario lo absorbió. Amigo y pariente de Dorrego, en cuya casa viviera, en Buenos Aires, fué uno de

los activos servidores de la cruzada libertadora de 1825. Él citaba a los compañeros de esa jornada heroica. Y no se olvidó de ellos, por una circunstancia casual, pues su abuela reclamó su presencia al sentirse morir, por lo que hubo de constituirse a Montevideo. Pero, esto no impidió su actuación en la guerra de 1825 contra la dominación brasilera, en la que desempeñó funciones reservadas a su posición social, talento y virtudes, al lado, siempre, de altas personalidades como los generales Alvear y Rivera, de quienes fuera su secretario. A su regreso de España ya se lo ve, como alférez, según consta de la foja de servicios firmada por Rondeau, <sup>(1)</sup> presutando su cooperación al ejército que hizo la campaña contra el Imperio del Brasil, siendo así que se encontrara en el Rincón de las Gallinas y en Sarandí.

Los rasgos biográficos del general Magariños están per-

(1) EMPLEOS	TIEMPO EN QUE EMPEZO A SERVIR			TIEMPO QUE HA SERVIDO Y CUMPLIDO EN CADA EMPLEO		
	Día	Mes	Año	Años	Meses	Días
Alférez.....	1	Julio	1825	1	4 M	10
Ayudante.....	10	Noviembre	1825	1	0 D	17
Capitán.....	27	Mayo	1826	—	5 M	8
Sargento Mayor.....	1	Noviembre	1825	0	0 D	15
Total hasta el 16 de Junio de 1833.....				0	10 D	10
Por aumento de años de campaña en tiempo de guerra desde el 1.º de Julio de 1825 hasta el 12 de Noviembre de 1825.....				3	0 M	12
				10	1	23

#### REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO

En el Regimiento 1.º de Dragones Libertadores.  
 En el Ejército que se formó en Misiones.  
 En la Colonia del Cuarelin.  
 En el Estado Mayor General.

#### CAMPAÑAS Y ACCIONES DONDE SE HA HALLADO

Hizo la campaña del Brasil contra el Imperio del Brasil. Se halló en la acción del Sarandí el 12 de Octubre de 1825.  
 Prestó el juramento a la Constitución del Estado según lo dispusiera por la Honorable Asamblea General en la Ley de 21 de Junio de 1830.

Don José Corti, Coronel graduado, Teniente.

fectamente reunidos en las notas, que de su puño y letra, tenemos en nuestro archivo y dicen así:

«El 20 de mayo de 1825 el ejército que se formaba en el territorio Oriental precedido de los Treinta y Tres que dieron el grito de libertad para sacudir la dominación brasilera, fué dado á reconocer de alférez ayudante de órdenes del brigadier general Fructuoso Rivera, que era inspector general de armas.— Documento número 1. Marchó con dicho general al sitio de Mercedes y de allí pasaron al Rincón de las Gallinas en setiembre, encontrándose en el encuentro que tuvo allí lugar el 24 del mismo mes, en que fué derrotado el general brasilero Jardín, siendo el primer hecho de armas que saludó á los patriotas y por lo que fué ascendido á teniente.— Número 2. Vinimos después al Sarandí, donde el 12 de octubre tuvo lugar la memorable batalla de ese nombre y fué hecho ayudante.— Número 3. Marchó con una fuerza á Cerro Largo, situándose en Fraile Muerto donde estuvo de guarnición de frontera, hasta que se arreglaron los regimientos orientales, para formar el ejército denominado Republicano que debía invadir el territorio de Río Grande. En su calidad de ayudante pasó á desempeñar sus funciones en el 2.º regimiento de Dragones Libertadores, de que era comandante don Ignacio Oribe.— Número 4. Hizo el servicio de frontera hasta noviembre de 1826 que se incorporó al Ejército Republicano entrando en el territorio brasilero. Se encontró en la derrota de Caraguatá, salvando con muy pocos compañeros de una persecución de 7 leguas, logrando incorporarse al ejército de vanguardia, en el que continuó hasta el 20 de septiembre de 1827 que fué la gloriosa batalla de Ituzaingó, por lo que fué elevado á capitán graduado obteniendo el cordón y medalla que se dieron á los que en ella estuvieron. A los dos días fué comisionado por el general Alvear para traer el parte de la batalla al Gobierno Oriental, que estaba en Canelones, siendo don Joaquín Suárez el Gobernador Delegado. Al través de marchas forzadas y de inmensos riesgos llegó á los 4 días y se presentó al referido Gobierno, el que lo comisionó á Buenos Aires cerca del Gobierno de aque-

lla república que era presidente don Bernardino Rivadavia, logrando llegar allí con la importante noticia que aun se ignoraba y por lo que se le dieron despachos de capitán efectivo de caballería de línea.— Número 5. Regresó al ejército y pasó á su escuadrón donde estuvo desempeñando la mayoría del cuerpo de Dragones Libertadores que hacía el servicio de frontera en el Yaguarón, donde, hallándose en el Cerro Largo, fué sorprendido por el enemigo que mandaba el general Bonifacio Calderón y coronel Bento Gonzalez, y rodeado por una fuerza de las tres armas, se defendió el regimiento tres días encerrado en los cuarteles, hasta que tuvo que capitular el 27 de diciembre de 1827, siendo prisioneros el jefe y la mayor parte de los oficiales y tropa, que condujeron al Río Grande. Varios oficiales y algunos soldados salimos por entre el enemigo y logramos escapar, llevando los restos salvados al Ejército Republicano situado en los Corrales. El capitán Magariños fué nombrado ayudante del general en jefe don Carlos Alvear, con el que estuvo hasta que entregó el mando al general Lavalleja. Acompañó al general Alvear hasta Buenos Aires de donde fué en comisión hasta Santa Fé, para entenderse con el general Rivera que allí estaba á fin de utilizar sus importantes servicios en la guerra con el Brasil.— Número 7. El general Rivera vino á Buenos Aires y de allí volvió á salir para Santa Fé y fué en su compañía. Iniciada por éste general su empresa sobre Misiones pasó en el arroyo Grande y el coronel Pagola quedó en Buenos Aires para mandar hombres y armamento. Allí me le incorporé y fuimos á Corrientes á unirse con el general Rivera para dar cima á la gloriosa toma de los pueblos de Misiones que efectuó el general Rivera, siendo perseguido por Oribe, al que dejó en su necia persecución para ocuparse de los verdaderos enemigos. Así fué que pasamos el Ibicuy y derrotamos al general Alencastre brasilero, quedando prisionero con 700 hombres con los que se reforzó el ejército que se llamó del Norte. Con este golpe quedó vencido Oribe, y el general Rivera le ofició participándole aquel triunfo y que seguía sobre las demás fuerzas imperiales para tomar los pueblos de Misiones, pero aquel



furioso lo fusiló á los chasqueros. Realizada la toma de los siete pueblos de Misiones y dominado todo aquel pueblo por las armas victoriosas que dirigía el general Rivera, volvió éste á mandar chasques á Oribe, el que volvió á fusilarlos. Entonces comisionó al capitán Magariños cerca de Oribe, y á pesar de lo peligroso de la misión, confiando en Dios fué á desempeñarla y logró llegar al Ibicuy, donde lo encontró. La suerte quiso que Oribe se prestase á oír la misión, por lo que se arregló una suspensión de hostilidades y se retiró Oribe. — Número 8. En Misiones el capitán Magariños fué nombrado secretario del general Rivera y permaneció en Itaquí hasta que se formó el Ejército del Norte que debía invadir por el Río Pardo en combinación con el general Lavalleja que mandaba el Ejército Republicano en Cerro Largo. El capitán Magariños desempeñó muchas comisiones importantes cerca del general Lavalleja, el Gobierno Delegado Oriental y en las Misiones, donde se formó un Congreso de Misioneros para lo que recorrió todos los pueblos, hizo los trabajos y tuvo lugar el Congreso en San Borja, siendo nombrado secretario el referido Magariños. — Número 9. Ese Congreso declaró separadas á las Misiones del Brasil y unidas al Estado Oriental, y nombrando gobernador de las Misiones al general Rivera. Concluidos esos trabajos cuyos documentos originales conservo volví á desempeñar las funciones de secretario del general. — Número 10. En ese estado y en marcha para Río Pardo, nos sobrevenció la paz del 28 con el Brasil. Paz que nos constituía independientes, pero que no se sacaron las ventajas que se hubieran obtenido si ella se hubiera firmado sobre el campo de batalla y no en el gabinete diplomático. Hubo sus dificultades por parte de los generales en jefe del ejército de la patria, á punto que sobre Bajá, en Misiones, estuvieron tendidos en batalla los del Norte y del Imperio para combatir, pero llegó el doctor Obes en comisión y fué á ver al general Barreto, Imperial, siendo el capitán Magariños de secretario, y se arregló en Ibé Ambá, una capitulación por la que los Misioneros se situarían en un punto neutral de la frontera hasta que la convención de

paz tuviera lugar y el arreglo definitivo de ella resolviera á quiénes deberían pertenecer las familias misioneras. Con este acuerdo el capitán Magariños fué comisionado á los pueblos de Misiones para levantar las familias y sus intereses y marchar con ellas al ejército del Norte. — Número 11. Así se hizo y me incorporé en Cuareim con el general Rivera. Pasamos en el paso de Pai-paso al territorio Oriental y en la margen del Uruguay, rinconada del Cuareim paso de Higos, se colocaron las familias. El capitán Magariños fué promovido á sargento mayor, comandante del escuadrón 1.º de Dragones de la Unión. Después, viniendo el general Rivera para Montevideo, se nombró comandante general de la colonia del Cuareim al coronel don Bernabé Rivera y el comandante Magariños pasó á Jefe del Estado Mayor General. Allí se ocupó en delinear el pueblo de Santa Rosa y formación de él, colocar las familias misioneras y cuidar de su asistencia y trabajos, para hacerlas menos gravosas al Estado. Todo esto se hizo con el hoy general Pivan del Bu. Say S. y entonces capitán. Posteriormente salió el general Rivera y lo subrogó en el mando el coronel Carriegos, pero éste estuvo muy poco por el mal estado de su salud y fué nombrado el comandante Magariños comandante general de la Colonia y frontera del Cuareim en 1829. — Número 12. En ella permaneció rindiendo muchos servicios de importancia, hasta la de reducir á los indios charrúas que tenía bajo su mando en número de 1400. — Insurreccionados éstos hasta que en Sal-sipuedes fueron batidos y derrotados, el comandante Magariños salió con una división á cortarles la retirada á los que escaparon, y el 15 de Mayo logró derrotarlos en Mataperros, asegurando, por este medio, que no causaran mayores males. Pero luego se hicieron sentir y volvió á perseguirlos hasta arrojarlos al otro lado de las fronteras brasileras. — Número 13. No habiendo desde el año 25 visto á mi familia ni bajado á la capital, después de la paz hice dimisión del mando de la Colonia y frontera del Cuareim y bajé á la capital en la que desempeñé las funciones de secretario privado del presidente de la República, general Rivera.

En 1832 estalló en el Durazno, colonia del Cuareim y Montevideo una revolución que encabezó el general Lavalleja en la campaña y el general Garzón en la capital. El coronel don Bernabé Rivera fué muerto en Yacaré-Curuzú por una emboscada de charrúas que pasó de la frontera brasilera en combinación con el indio Lorenzo, mandado por Lavalleja, pues era un caudillo misionero. El gobierno nombró al comandante Magariños comandante general de la colonia del Cuareim y frontera, pues allí había sido... y confinado en prisión el comandante Castro que desempeñaba aquella posición al que puso en libertad — luego que llegó, — pues logró poner todo en orden, sujetó á los misioneros insurreccionados y derrotó á los charrúas sublevados en el Queguay, precipitándose después al otro lado del Cuareim frontera brasilera. Número 14. — Luego recibió órdenes para organizar una división y dejando un gofe interino en Bella Unión marchó al centro de la República, viniendo á incorporarse con el presidente de ella en «Cuadra» adonde se reunía el ejército nacional. Marchó con él en persecución del general Lavalleja que estaba en Cerro Largo con sus reuniones. Alcanzado en la Cuchilla Grande sobre el «Avestruz» fué batido y derrotado, pasaron al otro lado del Yaguarón. El comandante Magariños mandaba el escuadrón núm. 9 que fué formado del contingente que llevó de la colonia del Cuareim. Número 15. — Llegado el ejército nacional á las márgenes de los Conventos, el comandante Magariños fué comisionado para ir á pedir el desarme de los sublevados al jefe de la frontera brasilera coronel Bentos Gonzalez, lo que tuvo lugar, teniendo la satisfacción de haber estado con el general Lavalleja y demás emigrados orientales, por los que hizo cuanto pudo y era compatible con su comisión para hacer menos sensible su suerte y que fueran atendidos. Internados los emigrados, desarmados y recogido el armamento regresó con él el ejército y fué destinado á la pacificación de la frontera del Cuareim. Disuelta esta colonia y conducidas las familias al Durazno, donde se formó el pueblo de San Borja el comandante Magariños volvió á la secretaría privada del presi-

dente de la República, general Rivera. Son innumerables las comisiones y servicios que desempeñé, hasta que el año 34 volvió á perturbarse la paz de la República por el general Lavalleja que invadió el territorio por Cerro Largo, volvió á campaña hasta que se mereció la pacificación. Acompañó al general Rivera hasta su descenso de la presidencia de la República en marzo 1.º de 1835. Elevado á ella el general Oribe, trató de deshacerse de todos los que se consideraban amigos del general Rivera y con tal motivo se inició la reforma militar y se llevó á cabo verificándola el 30 de julio de 1835, entrando en ella el comandante Magariños, con la notoria injusticia de que no se le reconociese sino de sargento mayor. La reforma nunca se pagó y fué consolidada en deuda pública.

El general don Fructuoso Rivera quedó en las funciones de comandante general de campaña teniendo su asiento en el Durazno. Allí me conservé á su lado sirviéndole de secretario particular y su apoderado general, pero muy pronto fué un obstáculo para el gobierno de don Manuel Oribe que quería gobernar con su partido, y rompiendo con los deberes que lo ligaban al general que lo había elevado al poder decretó en el 9 de febrero del 35, el cese del comandante general de campaña. Ese proceder injustificable del gobierno de Oribe trajo el descontento á la mayoría de los hombres que formaron el partido del general Rivera y nacieron de todas partes las desconfianzas — muy pronto se sucedieron las resistencias y Oribe volvió á crear la comandancia general de campaña nombrando á su hermano Ignacio y nombrando autoridades en la campaña, no sólo hostiles al general Rivera sino á todos los que se llamaban sus amigos, al extremo de encarcelarlos y perseguirlos sin causa alguna. Ese proceder preparó la revolución, y estalló en la campaña el 18 de julio de 1836. El 19 de setiembre los campos del Río Negro vieron en sus márgenes dos ejércitos — *el uno denominado del Gobierno*. El otro *Ejército Constitucional*. — Aquel lo mandaba Ignacio Oribe. Este el general don Fructuoso Rivera; y el comandante Magariños fué nombrado

teniente coronel secretario general del general Rivera. El 19 del mismo mes en las cuchillas de la Carpintería corrió la sangre de orientales, sin que la suerte de las armas decidiera la victoria. El Río Negro puso de por medio los dos ejércitos, pero en el momento en que el general Rivera practicaba una de sus más atrevidas empresas, acuchillando en el Durazno á retaguardia del general Oribe, una división al mando del coronel Orellano y rescataba los prisioneros hechos en la jornada del 19 en Carpintería, viniendo de regreso con los trofeos del triunfo, estando en Bequelo, la más negra traición falseaba el poder de las fuerzas del general Rivera, pues el coronel Raña se entregó en capitulación al general Ignacio Oribe con más de mil hombres, quedando debilitado el poder de la revolución que tuvo que emigrar á las fronteras del Brasil. Allí fueron los leales amigos de la Constitución y del general Rivera y tuvieron que soportar todos los azares de la suerte para poder conservarse, hasta la de servir y pelear en los partidos que se disputaban el triunfo de la Provincia de Río Grande, asistiendo á dos batallas campales y varios sucesos parciales que dieron el triunfo á los Republicanos de Piratini. Así estuvimos hasta que pudimos organizar en el Ibicuy una fuerza pequeña en número pero grande en valor y decisión, con la que se repasó la frontera del Cuareim, viniendo á caer el 21 de octubre de 1837 sobre el ejército del gobierno de Manuel Oribe que mandaba éste en número de 1200 hombres, el que fué batido y derrotado en los campos de Yucutujá, á pesar de no contar el general Rivera más que de 600 bravos. Oribe pasó el Río Negro y vino al Yi á organizar sus fuerzas de reserva que aumentadas con las que salvó del combate hizo ascender á 1800 hombres. El general Rivera vino á encontrarlo y el 22 de octubre tuvo lugar la batalla del Yi, sobre el Durazno, siendo una de las más sangrientas que hubo, pues pelearon los dos cuerpos lanceros parados, como los mejores soldados del mundo, hasta ser puestos en derrota por los constitucionales. Las pérdidas sufridas en ambos ejércitos fueron de tal trascendencia que tuvieron que dar una tregua á la lucha,

posesionándose uno de los dos ejércitos del otro lado del Río Negro, y otro de este lado de Santa Lucía para reparar sus desastres. Así fué que del otro lado del Queguay pudo el general Rivera levantar su ejército y Oribe hacer el último esfuerzo para organizar el suyo. Corrieron ocho meses para ambos contendientes estar prontos, así que los dos ejércitos se encontraron el 15 de junio en el Palmar teniendo una reñida batalla en que las armas constitucionales dieron el golpe de gracia á Oribe. Los restos fugitivos fueron á Paysandú, á donde los encerró el ejército victorioso poniéndoles sitio.

El comandante Magariños fué nombrado comandante general de los departamentos de Cerro Largo, Minas, y Maldonado y ascendido á coronel graduado, saliendo con una pequeña fuerza á tomar el mando de las que tenía el comandante Almada en Caraguatá. Llegado á este lugar, en la estancia de Livindo Martínez encontró el comandante Magariños al comandante Almada sólo con algunas ordenanzas, pues se había sublevado la fuerza, arrobándole el mando el alférez Martínez alias Chaná. En tal delicada situación llega la noticia de que esa fuerza había saqueado al pueblo de Cerro Largo y cometía toda clase de depredaciones en aquellos parajes y era temible por su número que no bajaba de 250 hombres compuesto en su mayor parte de desertores y salteadores de los partidos heligerantes en el Estado Oriental y Río Grande, siendo los más riograndenses. Se necesitaba toda la abnegación y patriotismo del buen ciudadano para hacer frente á esa situación sin los elementos de poder y movilidad para sujetar á los sublevados: pero confiando más en Dios que en otra cosa me resolví á mandar al campo del Chaná que estaba en el Rincón de la estancia de Livindo Martínez como media legua, pidiéndole una entrevista. — Accedió á ella y tuvo lugar. — El alférez Martínez (a) Chaná había sido un muchacho que crió el general Rivera y á quien conocía mucho y esto influyó para que me reconociese y sujetase á mis órdenes, con la condición que los indultaría, pues de otro modo si entraba á castigarlos todos se desertarían é irían á cometer robos y asesinatos. Tal era el conjun-

to de aquella gavilla que no se le podía dar otro nombre. No había otra alternativa entre el dilema que se presentaba. O se dejaba expuesto aquel departamento al pillaje de aquellos foragidos, ó se exponía la vida exponiendo la vida al albur de la suerte tocando los medios de reducirlos á la obediencia. No era pues dudosa la elección para un jefe de orden y de honor. Acepté el mando y al instante me puse á la cabeza de la fuerza, mandando venir al mismo Almata. Organicé tres escuadrones, uno de orientales, otro de farapos y otro de caramurus, nombres de los heligerantes de Río Grande; y esto surtió buen efecto pues coloqué oficiales y jefes orientales, ocupándolos inmediatamente en operaciones de guerra sobre el enemigo. Organizada así aquella fuerza marché al Río Negro pasando á este lado en el paso de Pereira, y sabiendo que el jefe Moyano, de las fuerzas de Oribe se encontraba en el Cordobés, dispuse marchar sobre él. Así se hizo y el 22 de junio fué sorprendido y derrotado en su mismo campamento del Cordobés, quedando muerto Moyano. A pesar de los más reiterados encargos para tomarle vivo, según órdenes terminantes del general en jefe general Rivera. El mismo día marché sobre Pablo Pérez, lugar donde se encontraba el comandante Segundo Castro con una reunión del enemigo, y el 23 fué alcanzado en el arroyo de la Lechuguana, siendo derrotado completamente y quedando en nuestro poder porción de armamento, caballería y como cien hombres prisioneros que siendo orientales engrosaron todos los jóvenes solteros las filas de mi división. Por los prisioneros supimos que en Tupambaé se encontraba el jefe político de Cerro Largo don Alejandro Bresqui con 300 hombres que venían á incorporarse á Castro y Moyano para marchar á Santa Lucía donde ordenaba el general Oribe la formación de un nuevo ejército y para donde iban contingentes de todos los departamentos. Entonces, examinados los prisioneros se encontraron las órdenes de Oribe que pasé inmediatamente al general Rivera. Necesitando no perder tiempo, no pude dar descanso á la tropa sino para comer y hecho esto marché sobre los enemigos: la noche se puso

mala, llovió mucho y no pude marchar — al otro día lo hice llegando á Tupambaé, pero el enemigo sabedor de la aproximación de nuestras fuerzas se puso en retirada. Forzó la marcha y el 25 á la tarde le di alcance en Guazumambi derrotándolo completamente y quedando todos los jefes y oficiales prisioneros; los que siendo en su totalidad vecinos del pueblo de Melo, de la guardia nacional, fueron puestos en libertad. Di descanso á la división dos horas, la organicé y marché al pueblo del Cerro Largo, donde fuimos recibidos con entusiasmo, aunque recelosos por la fuerza del Chaná. Pero impuse pena de muerte al menor desorden, y no tuve ninguno. Allí vestí á la tropa y le di un socorro que me dió el comisario de regalo por el orden y subordinación que habían conservado aquellas fuerzas. Se establecieron autoridades constitucionales y montando la división hasta 700 hombres marché hasta la Cuchilla Grande y en la estancia de los Vegas dié á todo el vecindario y allí hice entrega de muchos objetos de plata que llevaba la gente del Chaná y así como muchas hijas de familia que habían arrebatado de las estancias cuando anduvieron sublevados, y ese acto de moral y de obediencia puso en entero orden y seguridad á las fuerzas de la división, que desde entonces fueron el apoyo de todos los habitantes por donde pasábamos. Tengo en mi poder muchas notas que lo comprueban. — Número 16. Allí me informaron que en el departamento de Minas se organizaban fuerzas pues había diferentes reuniones. A marchas forzadas llegué á Olimar, sorprendiendo al comandante Jeremías Olivera, el que fué derrotado quedando prisionero, y el que puse en libertad. Caímos poco después en Godoy donde corrió la misma suerte otra reunión que allí había, quedando toda prisionera con su comandante Oviedo y tomando ocho mil caballos que se tenían en invernada. Allí hice sacar toda la caballería gorda y selecta, monté perfectamente la división y el resto fué repartido entre todos los vecinos que estaban á pie, por que las autoridades de Oribe los habían despojado de ellos. Esta medida nos dió muchos parciales, pues el vecindario acudió de todas partes en demanda de caballos y el

señor don Andrés Gelly y Obes que estaba en Godoy en una estancia de Ramirez, fué el comisionado para repartirlos según la necesidad de cada hacendado. El partido blanco se veía protegido por sus enemigos mejor que por sus adictos, y esto nos proporcionaba ventajas que recogí con avidez. Supe que las reuniones de Minas á las órdenes del coronel comandante de aquel departamento Macedonio Larrosa, se engrosaban en Marmarajá. Y forzando marchas el 29 nos encontramos con la vanguardia enemiga sobre Barriga Negra, la que fué cargada poniéndola en completa fuga. El 30 sobre la Cuchilla y Valle de Juan Gómez, en el lugar llamado el Aguila se presentó el enemigo tendido en batalla como en número de 600 hombres. Marché sobre él y nos chocamos, pero se pronunció en derrota y fué perseguido hasta el mismo pueblo de Minas, adonde entró la mayor parte—salvando solo Macedonio Larrosa con unos pocos hombres y presentándoseme como 300 hombres con sus oficiales, que los más cambiaron su divisa blanca por la colorada engrosando la división á mil hombres. Entramos al pueblo y las autoridades se pusieron á mi disposición.

Entonces dicté las proclamas siguientes.—Números 18 y 19.

El departamento de Minas se levantó en masa y todos concurren á presentarse á las autoridades constitucionales, que reconocieron en el ejército del general Rivera. Así fué que convoqué al pueblo y fué nombrado alcalde y demás autoridades en el Departamento. El vecindario regaló géneros para vestir á la tropa y un socorro de dos patacones á cada uno por el orden, disciplina y subordinación que mantenían. Esto hecho, marché con la división al departamento de Maldonado, donde había una fuerza con el jefe político de Oribe don Juan Barrios. Este se retiró á nuestra presencia y entramos á San Carlos y Maldonado bajo los aplausos del vecindario que nos recibió como á sus libertadores. Allí se tomaron 12.000 patacones que sirvieron para sueldo y pago de los gastos de la división. Como en los demás puntos se constituyeron autoridades del Ejército Constitucional, recibiendo con entusiasmo al general Rivera. Después de esto

marché sin descanso al pueblo de Rocha, donde sucede lo mismo. Allí fui sorprendido en el arroyito de Rocha el 5 de julio de 1838, por el general Servando Gómez que con 600 hombres me atacó—pero nada pudo contra el valor indomable de los soldados que tenía á mis órdenes—fueron derrotados poniéndolos en precipitada fuga, dejando el campo sembrado de cadáveres y despojos de guerra, prisioneros muchos y perseguidos 7 leguas; la proclama que dicté con tal hecho de armas se vé bajo el número 20.

Impuesto el general en jefe de ese glorioso encuentro que hería de muerte á Oribe, me nombró coronel efectivo, como lo prueba la nota número 21.

Aprovechando la victoria mandé ocupar todos los puntos desde el Yi y Montevideo y todos los departamentos del Sur de Río Negro quedaron libres de la dominación de Oribe y se declararon por el general Rivera; me puse en comunicación con Montevideo y se acordó una sorpresa, por intermedio de los señores don Fabio Maynes y el boticario Francés Serón, que contaba con algunos extranjeros. Venía en marcha con mil quinientos hombres decididos y entusiastas, cuando al llegar al Campanero recibí órdenes del general en jefe llamándome con urgencia al Ejército y que entregara la división al coronel don Fortunato Silva.—Notas números 22 y 23. Así lo hice y marché al ejército en el que se dió á mi llegada la orden del día, número 24.

Viniños con el general á poner sitio á Montevideo, y lo acompañé hasta que fué tomada la ciudad por capitulación en diciembre de 1838.—Teniendo á mis órdenes el batallón de vascos franceses y españoles que se formó en Extramuros. Con la paz fué licenciado y continué de secretario privado del general Rivera, que asumió el Supremo Poder de la República. Poco después fui comisionado por el Gobierno para ir á recorrer los departamentos para estudiar las necesidades de ellos y mejoras que reclamasen; lo que verifiqué gastando cuatro meses en esa excursión cuya memoria, número 25, pasé al Gobierno, por lo que se me acordaron tres leguas de campo que nunca obtuve porque las que me designaron re-

sultaron de propiedad particular, que después de un pleito abandoné por sentencia judicial en el departamento del Durazno. El general Rivera salió á campaña y fui con él hasta que en marzo se hizo la elección de presidente en 1839 y vinimos á la capital, saliendo electo dicho general. Muy luego fui comisionado á Tacuarembó para arreglar diferencias que habían surgido entre la autoridad civil y gubernativa que amagaban el orden público y tuve la satisfacción de arreglar de un modo que mereció la aprobación del gobierno. La emigración oriental se agitaba en Buenos Aires y Entre Ríos y fui en comisión cerca de ambos gobiernos. Regresé habiendo merecido la atención de aquellos gobiernos que dictaron órdenes terminantes para precaver en cualquier tentativa de los emigrados, á los que interné y amonesté; trayendo el ofrecimiento de sus mejores oficiales para con el gobierno oriental.

Incontinentemente de mi llegada fui comisionado á los departamentos del sur hasta Cerró Largo en donde había algún descontento con las autoridades, las que dejé arregladas, regresando á los tres meses, tiempo que tuvo que invertir para obtener aquellos resultados.

El sistema de Tabladas donde la riqueza del país, los ganados, estaban á merced de los explotadores, me fué confiado en 1840 por el Gobierno, nombrándome administrador especial de Tabladas; fué reglamentada, establecida... y asegurada la propiedad dando garantías á los hacendados para que sus ganados... fueran atendidos en la oficina de dicha administración lo cual dió resultados prácticos.

La invasión de Oríbó con las huestes de Rosas, trastornó tan útil institución, y todo se reconcentró á los muros de Montevideo para hacer inmortal esfuerzo. En ella el coronel Magariños ocupó diferentes empleos, ya en la línea ya en la comandancia general, ya en diferentes comisiones al ejército de campaña, y en los litorales del Uruguay y Río de la Plata, sosteniendo en Maldonado el ataque de los enemigos y sitio de muchos días hasta que llegó un refuerzo de Montevideo con el entonces coronel Freyre. Luego fué nombrado nota-

ble de la Asamblea donde sostuvo sus deberes con energía y patriotismo. Apenas iniciada la cruzada del general Garzón fué solicitado por éste para á Gutiérrez, y el coronel Magariños fué nombrado secretario y primer edecán de dicho general con el que entró triunfante en Montevideo, destronando á Oríbó en 1851, hasta que murrió en sus brazos el general Garzón.

Nombrado el gobierno del señor Giró le honró con el nombramiento de su secretario privado y primer edecán y recorrió todos los departamentos en la visita que hizo á los pueblos de campaña, hasta su caída... el general Flores y el coronel Magariños desempeñó varias comisiones de importancia á los departamentos, arreglando en el de Minas la cuestión difícil del arreglo de los ganados arrebatados á los brasileros con la muerte del general Rivera dejando todo conciliado y evitarle al gobierno reclamos de urgencia que había con el Imperio. Nombróse jefe político de Maldonado... aquel puesto hasta agosto del 55 en que la resolución de la Cámara lo hizo descender de la presidencia con lo que el coronel Magariños dejó el mando de la jefatura.

Nombrado presidente Pereira fué el coronel Magariños nombrado su secretario privado y oficial... del ministerio de la Guerra, empleos que abandonó para reunirse á sus correligionarios que suocubieron en Quinteros, escapando el coronel Magariños de esa matanza gracias que había salido en comisión, á reunir las fuerzas que estaban en Río Negro y estaba con el comandante Suárez, en la estancia del señor Carlos Reels cuando recibió la noticia de la capitulación del general César Díaz con Medina. Emigró al Brasil y de allí á Buenos Aires donde estuvo 8 años emigrado hasta la Cruzada Libertadora, que se incorporó al general Flores, el que lo destinó de G. del D. de la división de vanguardia al mando del general Caraballo, llegando á Montevideo el 1.º de enero de 1855. El coronel Magariños fué nombrado jefe político de la capital que desempeñó hasta que entró el señor don Manuel Aguiar, siendo el coronel Magariños restablecido en su antiguo cargo de oficial mayor del

ministerio de la Guerra y Marina. Iniciada la guerra del Paraguay fué á ella con el general Flores hallándose en la batalla de Yatay y toma de Uruguayana. . . cerca del Emperador del Brasil, yendo 180, al. . . interior del Río Grande y regresó con tal agosto. . . de Uruguayana, para tener una entrevista con los generales Mitre y Flores. Regresó con ésto á Montevideo, y ho permanecido en el Ministerio de la Guerra á donde estoy. Cuenta 80 años de coronel, sin una mancha en su carrera y sin que sus servicios hayan tenido nunca un reproche.

Los soldados á mis órdenes cuando era coronel están de generales y coroneles tales como Caraballo, Suárez, . . . Castro, . . . Carabajal, Botello y varios otros más que me excusó de nombrar.

El general Flores muchas veces le ofrecía hacerle general pero lo sobrecogió la muerte sin efectuarlo. Cuenta 64 años de edad y 43 de servicios y parece justo que tenga la recompensa de mis dilatados años y el descanso de mis cansadas fatigas.

Hasta aquí llegó la autobiografía. El coronel Magariños cuyos despachos de coronel están firmados por los señores Joaquín Suárez y don José Brito del Pino, 10 de febrero de 1852 con la antigüedad del 2 de octubre de 1851, fué dos veces Ministro de la Guerra en marzo 2 y diciembre 14 de 1867, hasta que ascendió á general en 1868. Numerosas fueron las cartas, aun de sus adversarios políticos, que recibiera en ese entonces felicitándolo por tan honroso y justo ascenso, que así concreta una vida llena de labor y de sacrificios.

Y ahora que se conoce la vida del ciudadano-soldado y el hecho histórico que dió origen á la formación de la colonia de indígenas que él custodió con desvelos y cariños, el lector podrá apreciar el mérito histórico que encierra el documento original de que hablamos al comienzo de estas líneas, que dice así:

## ORIGINAL EN GUARANI

Bella Union de Sta. Rosa 3 de febrero de 1831. / Ore Corregidores y Teniente Correg<sup>or</sup>: hao Caziques / hae Cavildos Missioneros Cotetá rehegua, ore piá can / gi catu hape oro moi Coquatia S.<sup>or</sup> Comand<sup>o</sup> General / ynterino, Dn. Bernabé Magariños oromboyo quaca / tu hape, tubiohaete oromboaci ore royaramo, ngué / co mburubicha o rebeguare o guer yopeá hava Coore / taba hegui Missioneros nguetebo oreapitope oro niemo / yoyanape, aro guereio yerobia aguiyei catu nderohe / oro mombeübo ndeve opiapí cotipí pegua lupigua catu ha / reho, Evangelio mtu. rami oromboaii orepi gueteba / co orerubicha oremonoanga, pihí catu hare o ho hava ore / hegüi Ejército Nord pe orepiuro hape yobe temoiguain / ramo ore rea hegüi, cobaemio oyquey or baécuo ore / retame oremonoanga pihivo, oremono ó bo hae orerera / bo, orepia guetebo oreinoibo co Estado Oriental pe hao / cupetire o hechancabo orebo nguereco catupiri hava hae / ore mboovo Justicia catu piri rehe, hae no rembo ta / biy, husá baé mborialhu reta rehe y pore regua / baé, opabaé rehe hechagua pipe ovaho coara orove / mbaé mboaii, hae aypo ramo yepa oroguereco nderohe / ore maé yebi haguá nderohe ore yerure Tupá hante / yaxa ope biago aguiyei rehe, hae tande robasa yebi - / yebi Cotaba nderay hu hava hu hava, nguesay mboisiribo / nderohe, opabaé. // Enay tupá tandra aró yebi yebi Señor / Comand.<sup>te</sup> Tupá tande ra aró oreru oromboé hará C / Amigo hao oreyrü, hao anique nderesaray marano / Missioneros nguébo rehe, haecoooye firma bara he.

—Cayetano Cuzu.—Jose Chapay.—Juan Jose Cuñavy.—Eugenio Arayeipo.—Cipriano Atarsi.—Fran<sup>co</sup> Tararoca.—Juan Chaves.—Felis Capú.—Pedro Pablo Ybiqua.—Juan Fran<sup>co</sup> Tabacayu.—Estevon Abeue.—Egindio Tariumar.—Leandro Mondane.—João Jose Yepajo.—P.<sup>oa</sup> Naco Chápiy.—Primo Mbiti.—Juan Teni.—P.—Raimundo Guambi.—

TRADUCCIÓN POR EL SARGENTO MAYOR DEL EJÉRCITO  
DON PEDRO PABLO ORTIZ (1)

Santa Rosa de la Bella Unión y Febrero 8 de 1831.

Nosotros los Corregidores, Tenientes Corregidores, Caciques y Cabildos misioneros pertenecientes á este Pueblo, con el mayor rendimiento, y con toda la sensibilidad de nuestras almas ponemos este escrito ante el S. Comandante General interino D. Bernabé Magariños, protestando que sentimos un beamente dolor al separarnos de un Gefe que ha estado á la cabeza de nuestro Pueblo. Todos los misioneros en igualdad tenemos la más completa confianza en V. y lo confesamos de lo íntimo de nuestro corazon como verdades evangélicas que con pesar nuestro se separa de entre nosotros un Gefe que nos ha llenado de satisfacciones y beneficios, desde que el Exercito del Norte nos rompió las cadenas de la esclavitud. C / Este fué el primero que entró á nuestro Pueblo á satisfacernos, á recogerlos y conducirnos al Estado Oriental á donde benimos con el mayor gusto, y después de mostrarnos los exemplos de una vida religiosa, nos ha enseñado á hacer justicia, jamás nos ha engañado, siempre ha procurado colmar de beneficios á la multitud de pobres, y nos ha cuidado con esmero á todos. Hechando de ver todo esto, no podemos dejar de confesar, que nos es llegado el dia del mayor sentimiento, en el qual le hacemos presente que toda nuestra confianza está depositada en V. suplicándole no nos olvide, y entre tanto rogamos al Omnipotente le dé salud, asierto y buen viage, y que siempre se acuerde de hacer todo lo que pueda en obsequio de un pueblo que tanto le ama y le repite que Dios nuestro Señor guarde su vida muchos años. Dios nuestro Padre, nuestro comaudante, nuestro maestro, nuestro Amigo y nuestro compañero, no se olvide nunca de los misioneros, incluyendo á los que firmamos.

(1) Se ha conservado la ortografía de los originales.—N. DE LA D.

Cayetano Cuzu. — José Chapay. — Juan José Cñhavy. — Eugenio Arayeipo. — Cipriano Atarsi. — Francisco Tararoa. — Juan Chaves. — Felis Capù. — Pedro Pablo Ybiqua. — Juan Francisco Tabacayu. — Estevon Abeue. — Egindio Tariumar. — Leandro Mondane. — João José Yepajo. — P.<sup>o</sup>d Naco Chápiy. — Primo Mbiti. — Juan Teni. — P. — Raymundo Guambí. —

ALBERTO PALOMEQUE.



## El teatro nacional

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA FUNCIÓN INAUGURAL DEL  
TEATRO URUGUAYO

Señoras, señores:

Hace pocas noches, la voz de Samuel Blixen arrojando á la sala de Solís, como un fragante puñado de flores, los bellos giros de su frase primorosa, os anunciaba el Teatro Uruguayo próximo á surgir independiente, palpitando con los enérgicos latidos de la primera irrupción de sangre propia.

Era una promesa, halagüeña y seductora como lo son todas las promesas; una esperanza, cálida y entusiasta como lo son todas las esperanzas que han nacido al calor de un anhelo ferviente y que, aleteando rápidas como un corazón que palpita, surcan apenas nacidas el espacio, por encima de vallas y obstáculos, prontas á conquistar briosamente la difícil realidad, entrevista un instante allá, en las lejanías azules del ideal.

Quizá muchos de los que en aquella hermosa noche de confortantes expansiones y gratas perspectivas, escucharon la voz del heraldo anunciando una próxima justa entre los paladines del arte uruguayo, dijéronse luego: «Hé ahí una ilusión más que tiende las alas bañando en efluvios de sol matutino su tul irisado, y que pronto, á la tarde, veremos

caer, como tantas, marchita y ajada, en el montón inútil de las decepciones que cubren piadosos los últimos celajes del crepúsculo...

Pues bien; no. La alada esperanza, como hija fuerte y sana de una honda y fuerte convicción, ha obtenido ya la victoria; la ilusión de ayer es el hecho de hoy, y mi buena fortuna ha querido que sea ahora mi voz la elegida para comunicar, vibrante de orgullo, la buena nueva á todos los que con nosotros esperaron, á todos los que con nosotros creyeron; que sea mi palabra la encargada de proclamar la consagración positiva de aquel brillante ensueño de progreso artístico y de independencia intelectual, interpretando el sentimiento colectivo en este bello momento en que el Teatro Uruguayo nace á la realidad!

Bello momento, sí, y aun gran momento, señores; no sólo porque es una de aquellas horas, siempre solemnes, en que algo que no existía surge á la vida, sino porque con el acto que habéis acudido á prestigiar va á consumarse un hecho íntimamente trascendental bajo su familiar apariencia. Ese hecho no significa tan sólo la realización del ideal acariciado por los que amamos las letras y sentimos como una austera religión el entusiasmo de lo bello; significa algo más; significa, señores, el cumplimiento de un obligado anhelo social: era ya *necesario* que el arte propio lanzara su primer grito ó hiciera sentir su primer latido.

Hubo un tiempo en que los pueblos se complacieron en encadenar su espíritu con las floridas cadenas de la ciega admiración de un modelo consagrado. La Francia literaria levantaba su grande antorcha sobre el mundo y el mundo entero miraba hacia allá; con tal firmeza, que, al recibir en plena cara su luz, todos los pueblos, cegados por el intenso fulgor, veían tan sólo sombras fuera de aquel foco; sombras alrededor de sí, cubriendo la tierra nativa, borrando sus tradiciones y sus tendencias genuinas; sombras dentro de sí, apagando los destellos del genio nacional.

España, Alemania, Italia, Rusia misma cifraban su gloria en reflejar sumisamente el sol del arte francés, pidiendo á

Francia, prestado, el calor de vida que no querían recibir de sus soles patrios.

Ese tiempo pasó, y la reacción está hoy en su período culminante. En los moldes eternos de la belleza, propiedad común de todos, cada pueblo va a hoy el raudal de su propio genio y se esfuerza por imprimir á sus creaciones artísticas el sello indeleble de su originalidad, animándolas con el hilito vivificante de sus recuerdos, de sus sentimientos, de sus anhelos nacionales. — Hoy cada pueblo considera un elemento necesario para la completa integración de su personalidad política, la posesión de un arte propio, tan suyo y tan inviolable como su patrio cantar ó como su estandarte sagrado; un arte, en fin, capaz de hacer vibrar su corazón como las notas de su himno, y de envolverlo orgulloso como los pliegues de su bandera flotante al viento del mundo!

Pues bien; esta es la conquista que nosotros emprendemos hoy; esa es la cruzada que en este acto se consagra: la conquista del arte propio, como elemento necesario á la completa integración de nuestra personalidad política; la cruzada por nuestros derechos á la belleza sentida por nosotros, animada por nuestras glorias, por nuestros recuerdos de infancia, por nuestras pasiones, por nuestras alegrías, por nuestros dolores, por todo lo que inflama el alma, por todo lo que constituye la patria, por todo lo que llena la vida, en fin!

Este acto, pues, modesto, humilde, si se quiere, como espectáculo teatral, tiene en el fondo un rasgo de grandeza que dignifica y sublima: es el primer grito de nuestra emancipación artística. Mediante él nos asociamos á la labor de los más grandes que nosotros, arrojando á la escena, para que su agreste perfume se confunda con el cálido perfume de los claveles andaluces, con la delicada fragancia de las violetas parisienses y con el voluptuoso olor de las rosas italianas, un atrevido manojo de nuestras flores de cecibo.

Con ese puñado de flores criollas damos entrada en la escena, con derecho propio y legítimo, á todo lo nuestro, á todo lo genuino, á todo lo que tiene algo de nuestra alma,

de nuestra carne, de nuestra sangre, encauzando hacia adelante el impetuoso torrente de la fantasía popular, surgido un día del espíritu plebeyo al relampagueo del faedón de Juan Moreira.

Este nombre tenía que sonar aquí. Es un precursor, y no podemos olvidar que fué él quien nos reveló la existencia del agua viva bajo la roca, al revelarnos la existencia del instante que nos llevará á la conquista de un arte nacional.

Pasionarias rojas, florecimiento primero de planta bravia, Juan Moreira, Julián Giménez, Juan Cuello, son expresiones sociales de una época que pasó. Algunos de ellos tenían los rasgos fuertes de la grandeza trágica, pero el arte naciente, instintivo, no pudo encerrar esa grandeza en el armonioso tipo de las personificaciones estéticas, y pasaron por la escena como habían pasado por la vida, sacudiéndose con ciega fiereza ante todo freno, rebeldes á la ley artística como fueran en vida rebeldes á la ley social.

Nuestro teatro viene de ellos, pero nó va á ellos. Miramos hacia adelante. Así como en la realidad pasó la hora del gaucho ferozmente heróico, engrandecido por la altivez, sublimado por el sacrificio, empuñecido por la ignorancia, en el teatro pasó la boga del drama salvaje y sangriento; el gusto del público consciente no se complace ya en él. No vamos, pues, hacia el gaucho, pero el gaucho vendrá á nosotros. El arte depurará ese tipo primitivo, conservando lo que en él haya de permanente, de característico, de esencial como rasgo propio ó indeleble de nuestra raza: los bravíos antecesores perdurarán en el viejo fondo étnico, que siempre será el tesoro de donde extraiga sus almas el arte nuevo: el fondo común de nuestras tendencias, nuestras virtudes, nuestros defectos y nuestras costumbres nacionales.

Era ya tiempo de que la fuerte savia criolla dejara de dar flores de sangre para dar flores de vida.

Todos los corazones sienten precisamente en esta hora, — por eso tan propicia á nuestra iniciativa — todos los corazones — decía — como un íntimo anuncio surgido de unánime anhelo, sienten que el blanco velo de la paz definitiva y fecunda va

á caer, si no ha caído ya, sobre las últimas escenas del terrible y doloroso drama de nuestra organización política. A la tragedia de las cruentas luchas debe ya suceder el armonioso espectáculo de la cultura social desarrollándose ante el sol naciente de las expansiones fraternales. Pues bien; á esta misión civilizadora concurre hoy como un síntoma elocuente de la actualidad, como una prueba de confianza en el futuro, este tranquilo nacer del Teatro Uruguayo, cuyo telón va á levantarse por vez primera como para mostrar en apacible fiesta de cordial familiaridad, el ejemplo que dan la fe, el amor á lo bello y la esperanza en el porvenir triunfantes del largo pasado de las frecuentes violencias, de las viejas pasiones y las eternas discordancias.

Tiene, pues, este momento algo de aquella solemnidad que flota en la naturaleza cuando se rasga el germen palpitante en el húmedo seno de la tierra; cuando sonríen las esperanzas en una cuna; cuando expande la aurora su primér esfluvio.

En tales circunstancias se puede soñar sin que el ensueño parezca un pueril devaneo, quizá porque la fantasía tiene momentos en que es visión. Permitámonos, pues, ese ingenuo placer, mirando hacia un porvenir en que esta modesta iniciativa que hoy consagra la realidad se proyecta con grandezas y esplendores de apoteosis sobre el horizonte del futuro. Un montón de humanidad bella, fuerte, sincera—las grandes creaciones de un noble arte,—llena el escenario, como su fecunda patria la raza privilegiada del último sueño de Fausto; un público ya sensible á los más delicados perfumes del supremo placer de lo bello, escucha palabras y rimas en que vibra la grande armonía de la vida; el sol ilumina un pórtico en que las serenas líneas del templo griego combinan en feliz consorcio con la rica florescencia de nuestros campos; de los pueblos lejanos llega rumor de aplausos. . . ; Es el siglo de oro! Ha surgido un arte, un arte *criollo*, que reclama su puesto al lado del arquetipo clásico y del modelo shakspiriano.

Es un sueño que os trae la sonrisa á los labios ¿verdad?... Y sin embargo, en el Partenón hay líneas de nuestro rancho y en el alma de Otello llamaradas de nuestra alma gaucha.

No importa; es un sueño, sí, pero es un sueño que conforta; es una visión de fe, de esa fe que remueve montes y conquista cielos. Aferrémonos, pues, á esa visión como á una realidad lejana, que nosotros no veremos, pero que será; al arrojar el germen creamos firmemente que el árbol va á llegar á las alturas azules; pensemos que los hombres pasan y las ideas quedan, se fecundan y triunfan; forjemos la convicción de que otros verán en el cenit el sol de nuestro arte naciente. Entre tanto, basta á nuestra dicha el haber visto la aurora, la aurora poética y sonriente de ese arte que nace.

Antes de concluir, permitidme una súplica á vosotras, señoras, que habéis venido á rodear la cuna del teatro uruguayo. Miradlo con benevolencia y cariño; ofrecedle el don de vuestras sonrisas; acompañadlo en sus primeros aleteos; cuanto la gracia acaricia, surge florido y risueño; otorgadle este dulce tributo á nuestro ideal!

Señores; tras la tela que va á alzarse muy luego, no encontraréis todavía insinuada la realidad de aquel ensueño que antes os confié; pero encontraréis algo que vale á veces más que una realidad inmediata: una idea fecunda.

Cuando se levante esa tela, pues, pensad en la idea, y saludad en ella la alborada de un porvenir.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

Julio 31 de 1903.

mala suerte, en los días radiosos como en la noche callada. golpea inquieto el instinto nativo imponiendo silencio al egoísmo intolerante; y en lo profundo del alma se alza como un coro lejano de voces que hace muchos años se oyeron, y que llaman tristes, como ecos de dolores y cariños que llegan inalterables á través de los tiempos y borrascas de la vida.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ.

## Páginas olvidadas

Arde en el fondo del pecho, plácida y tranquila una secreta llama que retempla el espíritu aterido por la duda, sin quemar nunca una sola flor de la ilusión. De noche es, blanca visión que surge junto al lecho y besa en el alma mal que sufre y duda, como el dulce fantasma de la «Oración» de Víctor Hugo: bajo la simpática forma de una lágrima, rostro de virgen, manos de niño, color de azucena. despidiéndole luz de sus hermosas manos al juntarlas...

Así es la fe.

\*\*\*

Siempre se gravita hacia la tierra en que se abrió el espíritu á las primeras claridades y creció el organismo al calor de su sol; porque allí están los recuerdos palpitarantes, los sepulcros amados, los grandes y queridos amores.....

Sitios de caras leyendas; caudalosos ríos orlados de vírgenes bosques; abruptas serranías con ropaje de nieblas; valles sombríos de eterno verdor; dulces soledades llenas de luz y de misterio; espléndidos paisajes que encantaron la infancia y llenaron de poéticos delirios la primera dorada juventud ¿quién borrarlos puede de la memoria?

No sé si todo es «el ideal visible»; pero si sé que todo eso no muere. En el fondo del corazón, en la buena o como en la

## De "Las Manzanas de Amarillys"

(QUE APARECERÁ EN PARÍS)

A José María de Heredia.

..... *Vipera te, Tityre plaus,*  
*Vipul la fontes, ipse hinc arbusta vocabat.*  
 Virgilio.

## CILES ALUCINADA

Ciles es rubia y hermosa. Su niñez como una llama se alargó y á los diez años hubo que hacerle una cama. La historia de sus primores hizo en los valles estruendo. En sus mejillas parece que hay un beso amaneciendo, y cuando Ciles suspira lleva el soplo de su boca heliotropos insinuantes y ternuras de mandioca. Pero Ciles no es la misma desde algún tiempo á esta parte: ni siquiera con el cura que va á la casa de parte; ya los sábados no corre, trémula de regocijo, á esperar en el sendero la borrica del cortijo. Ella no acepta de nadie nueces, ni frutas, ni mieles, ni tampoco se comide para alinear los pasteles, y en vez de cuentas y lazos, que le llevan las amigas, sueña que un duende peludo le ofrece arañas y ortigas. Ya no luce aquella negra redcecilla, ni entrelaza blancas flores de los prados; hace tiempo que no caza mariposas de la tarde para adornar su corpiño.

Todo en ella es negligencia; todo en ella es desaliño. Ya no cuida de su esaya de rojos pliegues pesados, que le besan media pierna. Y sola en los descampados, sin oír las resonancias de los místicos cencerros, abandona sus majacidas al cuidado de sus perros.

Hace ya un rato que Ciles se encuentra inmóvil. La luna pinta en el lago una eclógica decoración aceituna, y allá por las hondelonadas, sobre los muertos pantanos, lloran sus misantropías algunos sauces humanos.

La hora es cordial. Hasta el ancho azul ingenuo del cielo sube el grito del torrente. Con su romántico vuelo, algunas brisas, que vienen desde los valles dormidos, llevan al alma el secreto de los insomnios floridos.

Triste, fantástica, muda, con el color de una muerta. Ciles suspira hace irato junto al umbral de la puerta. Cautiva de su quimera ó herida por un desvío, tiemblan sus largas pestañas como el follaje en el río. La rigidez de sus dedos, en que brilla una sortija, marca la pálida receta de la obsesión honda y fija, y entre el cabello que cae asoma el seno tierno como un blanco animalito que toma sol en invierno.

Ya no canta los prodigios de los graves ermitaños que espantaban á los diablos, reunidos en los castaños; ni cuando corre una estrella se persigna, dando aviso: —en este momento ha entrado un alma en el paraíso! Ya no cura los cabreros, llevándolos á su lecho para que duerman calientes, pegados contra su pecho; no piensa en cuandño su abuelo, después de un largo relato, picándola con su barba la hizo llorar un buen rato; tal vez no extraña el cachorro que se murió entre la nieve, por haber perdido el rastro de su piecico leve, su dulce amigo que al verla murió diciendo en un grito: —tengo celos de tu amante, aquel hermoso cabrito...!

Ni aquella historia recuerda, que la dejó medio boba,  
de una santa que vivía de las tetas de una loba,  
y que la loba al morir, entre muchas maravillas,  
le pidió la bendición, poniéndose de rodillas.  
¡Pobre Ciles! ella mira tras de la cumbre sedeha;  
ella ha jurado tres veces, mientras cortaba la leña,  
matar á quien le enseñara, sólo con un caramillo,  
á enamorar las culebras y á darle celos al grillo.  
A la virgen ese día Ciles ha dado palabra  
de consagrarle un tocino y á más un queso de cabra...  
Ella sabe del efímero que suole ser noctívago  
y que se place á estas horas entre los tules del lago,  
donde ella lo vió una tarde, cuando empezó á darle daño,  
cógido de su cintura, mientras se le iba el rebaño.

Reina una paz infinita. De todos lados se exhalan,  
humanamente, rumores, — algunos corderos balan...  
Cual recelosa nodriza que vela junto á su niño,  
Ciles se mueve en silencio, después de algún escudriño,  
pero al andar unos pasos, vuélvese á mirar la choza  
y apretándose la cara con ambas manos, solloza;  
pues, ella piensa en sus tiernos hermanitos que abrazados,  
sobre un vellón cuya albura le da eficacia de nuevo,  
duermen, hace rato, juntos, calientes, casi pegados,  
tal como dos pajaritos que están en el mismo huevo...!

Lejos, de algunas cabañas, por entre un soto de aloes,  
llegan sonidos de gaitas, de caramillos y oboes,  
y Ciles recuerda el canto primero que le enseñara  
su mal pastor — una noche, como esa noche tan clara...  
(Se llama «el canto del bosque»). Al principio no entendía  
un acorde con escalas de salvaje gritería;  
torpes y flojos, sus dedos andaban casi encogidos  
en el instrumento como corderos recién paridos...  
Y ella, aunque sabe que es ruda, tiene la blanca certeza  
de que los ojos de Ellas aumentaron su torpeza,

pues, siempre que él la miraba — no le mienten los recuerdos —  
sus dedos se humedecían, estaban mucho más lerdos.

Bajo el angusto misterio, por entre zarzas y riscos,  
Ciles veloz se desliza, dejando atrás los apriscos,  
los pueriles saltos de agua vagabunda en que mil chorros  
la nombran, y un tronco donde una pareja de zorros  
está adorando la luna... Fue allá, en una tarde opaca  
donde el la besó en el hombro, al ir á ordeñar la vaca,  
á traición, mientras se hincaba; donde Ciles por recato  
se bajó bien el vestido, y se quejó del mal trato  
que recibiera en el alma, y donde aquel pastoreillo  
lloró para consolarla, soplando en el caramillo.

Nada, nada la detiene. Llena de un ensueño vago,  
quiere matar al pastor, allá en el fondo del lago  
donde, quizá sin recelo, blandamente se solaza  
con la vaquera del prado, aquella hermosa rapaza,  
la misma de quien Ellas una noche le dijera  
cosas tan malas que hablaban de un lunar en la cadera...  
Ella también morirá. Y al entregarse á la onda,  
le ha de encadenar por fin en su cabellera blonda,  
y en el fúnebre deleite de los postreros abrazos,  
lo clavará con mil besos sobre la cruz de sus brazos!

Un suave recogimiento reina en todo. Se diría  
que Ciles es la sonrisa de aquella melancolía.  
Entre sus labios tiembla la rosa de la aventura;  
su marcha es ligera y fácil, y es tal su desenvoltura  
por entre breñas y helechios, tan dulcemente resbala  
como si en el pie esa noche le hubiera nacido un ala...  
Repentino languidece. Una infinita delicia  
la invade; todo su pecho se dilata á una caricia  
de ingenuas inspiraciones. Aquíetase... El magnetismo  
de su lacónica patria y un obscuro panteísmo  
que no comprende la postran. Ella siente como un viento  
apagar la viva hoguera de su sangre, y un ungüento

de sobrehumanas dulzuras; siente una ociosa mañana de paz en el corazón, y como una barba anciana que se desliza en su seno; le parece que una lengua divina le lame el alma, y á poco su fuerza mengua...

Aquellas viejas montañas le ofrecen acogimiento, como á una visión sagrada del Antiguo Testamento!

Vuelve á pensar en Elías y con extraña molienda se adelanta, pero, al punto descarrada de la sonda, Ciles pesa más y más... y vacila: junto á un haya se ha enredado su vestido, y ella, sin volverse acaso, mira cómo de su saya, en procesión flavescente que se oculta en los barrancos, cuelgan su madre que ha muerto y un ejército florido de ángeles blancos...

La cadencia de un suspiro llena de un vago reproche la dulzura confidente de las almas de la noche. Casi á punto de llorar se suspende toda ella del placer ultraterrestre que sentirá en su querella cuando lo mate... y de nuevo, parécote que una lengua divina le lame el alma, y á poco su fuerza mengua... Su pálida frente mana un vivo sudor helado, como si una nube santa se hubiese en ella posado.

Al ver el lago se agita... pero esta vez una inmensa y como póstuma dicha déjala exangüe y suspensa... Detéñese bruscamente... Aquella piedra, esa rama, el matorral y la gruta, todo á un tiempo la reclama... Los perfiles patriarcales de aquellas severas cumbres se humanizan á sus ojos con extrañas dulcedumbres. Respirando plenitudes de amor absurdo y sereno, siente que aterciopelado se duerme el mundo en su seno. Ella ve una imploración por la salud de sus males, en la devota humildad de los sauces fraternales.

Un espejo la objetiva. Todo lo que ella ha sentido lo contempla en el paisaje, trasmigrado y confundido. Su atención se ratifica de horizonte en horizonte, y están llenos de su alma: nubes, prado, valle y monte. Fausta embriaguez la inanima. Gesticulan conturbados al verla los insociables arbustos de los collados. Tímidas hierbas le ofrecen lecho de olor. Larga queja le da el grillo y la cañada, que despierta con la Flora, le habla entre dientes, la llama como una abuelita vieja, para lavarle la sangre de alguna espina traidora.

Recogida intimamente no acierta en lo que le pasa. Aquel cielo le es tan dulce como el techo de su casa. Un encanto familiar la circunda por doquiera. Por momentos ella siente que es un objeto cualquiera y sonríe... formas vagas á media voz la interrogan; aquí unos lirios sonámbulos sobre sus manos dialogan, allá rebaños de piedras le quieren contar su cuita, y están mudas de emoción las campanas de la Ermita!

Ciles no puede moverse... tiene el alma prisionera: todo aquel suelo la llama, como una dulce cordera, y entre esas viejas montañas que le dan acogimiento, se parece á una visión del Antiguo Testamento!

Hace un esfuerzo supremo... un misterioso homenaje se abraza de sus rodillas... entonces busca coraje en el cielo, pero en vano; pues, ha visto que la estrella que alumbró su nacimiento tiembla de vivir sin ella, y la luna, al mismo tiempo, inertemente la inunda con el ojo suplicante de una cierva moribunda!

Desde entonces hasta el alba, sublimemente olvidada del pastor y de sí misma, permanece hipnotizada como esos montes, inmóvil como esas fuentes, rendida como esas piedras, quimérica como esas nubes, sin vida,

casi extática, inconsciente —grave como el Monasterio,  
rígida, exhausta, cubierta de sueño, luna y misterio..!

Todo es paz. Hablan de amor las abstractas lejanías,  
y bajo el dulce hipnotismo, por entre un soto de alocos,  
suspirando las solemnes y hurafias melancolías,  
se duermen ébrias de llanto las gaitas y los oboes.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

## Las industrias

Continuación (1)

### V

#### INDUSTRIAS MANUFACTURERAS Ó FABRILES

**SUMARIO:** Definición y caracteres de estas industrias.—Condiciones de las grandes empresas.—Breve reseña histórica sobre el origen de nuestra riqueza pecuaria.—Industrias fabriles del Uruguay: los saladeros; fábrica Liebig; fábricas de alcoholes, tejidos; vinificación.—Otras industrias fabriles racionales.

Hemos definido como industrias manufactureras, aquellas que tomando las materias primas proporcionadas por las industrias minera, agrícola y ganadera, *las transforman* dándoles nueva ó más importante utilidad.

Las industrias fabriles se caracterizan por su notable aptitud para asimilarse los nuevos inventos, por la facilidad de llevar á sus últimos límites la división del trabajo, y por que los rendimientos son más que proporcionales á la suma de capital y trabajo que se les consagra. Desarrollemos estas tres proposiciones.

1.º *Notable aptitud para asimilarse los nuevos inventos.*—La industria manufacturera es tan antigua como el hombre. El

(1) Véase VIDA MODERNA, tomo vi, página 210.



primer ser racional que con un hueso, ó un pedazo de madera dura trató de hacer puntas de flechas, ó agujas y coser con ellas la piel de un animal para cubrirse, eso fué indudablemente el primer obrero fabril, pues trató de dar nueva utilidad á materias que antes no la tenían para él. Desde entonces, la industria manufacturera ha aprovechado de cuantas invenciones ha ideado el hombre para ahorrarse fatiga ó aumentar la potencia de sus músculos. Herramientas ó útiles, máquinas más ó menos rudimentarias, la fuerza de los saltos de agua ó del impetu del viento, todo fué utilizado para transformar las materias primas con menos gastos ó más rendimiento. Pero los progresos de esta industria no fueron realmente maravillosos hasta que se aplicó la expansibilidad del vapor como fuerza motriz.

Desde que á fines del siglo XVIII y primer cuarto del XIX, se aplicó esa fuerza á las industrias, quedó consumada la mayor revolución económica que registra la historia.—Estas industrias no están limitadas ni en el tiempo ni en el espacio, porque en general, pueden instalarse en cualquier paraje, y pueden funcionar continuamente sin preocuparse del estado de la atmósfera, ó de la variabilidad de las estaciones: de ahí, que en ellas tengan tanta aplicación las máquinas, y que tan considerablemente aumenten la cantidad de sus productos.

2.º *Permiten llevar la división del trabajo á sus últimos límites.* En efecto, por el hecho señalado de no estar limitadas ni en el tiempo ni en el espacio, pueden, si la amplitud del mercado lo consiente, subdividir las tareas hasta el extremo, con sólo aumentar el personal obrero.

3.º *Dan rendimientos más que proporcionales á la suma de capital y trabajo.* Esto fácilmente se comprende recordando lo que en capítulos anteriores hemos dicho tocantó á los gastos generales especiales. Pudiendo con la aplicación de poderosas máquinas y por una extensa división del trabajo, producir en gran escala, la carga de gastos generales aplicable á cada artículo tiene que disminuir considerablemente, y por lo mismo aumentar los rendimientos en mayores proporciones que los nuevos capitales y trabajos empleados. Por esta razón

tienen en las industrias fabriles, tanto desarrollo las grandes empresas, pues ellas por la concentración de capitales son las únicas que están en condiciones de aprovechar las notables ventajas de las grandes máquinas y de la especialización de las tareas con numeroso personal.

Debemos observar que las industrias manufactureras comparten estos tres caracteres indicados, con la de transportes; y los dos últimos con la industria comercial.

La asimilación de los nuevos inventos por las industrias manufactureras, sugiere esta cuestión: El individuo que inventa una máquina ó un nuevo procedimiento de fabricación, ¿puede pretender la propiedad absoluta é inmutable de su invento, como la tiene el que adquiere una casa ó un terreno?

Ante todo distingamos entre *invención* y *descubrimiento*. *Descubrir* es dar á conocer algo que no se conocía, pero que ya existía antes; mientras que *inventar* es producir algo nuevo que antes no existía. Colón *descubrió* la América; Marconi *ha inventado* la telegrafía sin hilos. Se puede pretender la propiedad de un invento; pero no de un descubrimiento. Por eso el trabajo de los sabios que generalmente se limita á dar á conocer cuerpos ó sus propiedades hasta ahora ignoradas, es menos remunerador que el de muchos ingenieros que se preocupan de aplicar esos descubrimientos á la producción de algo nuevo. Se equivoca, pues, José Rambaud, al hablar del *inventor* del bromo ó del aluminio; en esos casos sólo existe *descubrimiento*.

Así aclarada la cuestión, tratemos ahora de resolverla. Si al inventor se le niega la propiedad de su invento, tratará de explotarlo particularmente y sigilosamente, con lo cual se encarecerá el precio de ese artículo, pues es sólo uno el fabricante; y á su muerte, bajará á la tumba con su secreto, y la sociedad de todos modos habrá perdido. Debe, pues, concedérsele la propiedad, no sólo por estos motivos utilitarios, sino también porque el que inventa una máquina, por ejemplo realiza algo que en nada difiere del producto que hace un obrero con su propio material, cuando fabrica, una silla, un traje ó un par de botines.

Sin embargo, como el inventor aprovecha siempre de materiales que él no ha elaborado, sino que la sociedad le ha proporcionado, como lo demuestran los múltiples hechos de efectuar dos ó más individuos simultáneamente los mismos inventos, ó de presentar á la vez las mismas hipótesis, sin tener los unos conocimiento del trabajo de los otros, en tales casos es justo que esa propiedad no sea inmutable, sino restringida, y así lo reconocen todas las naciones civilizadas modernas.

Tres sistemas de restricción á esa propiedad, se han formulado, á saber:

1.º Recompensas públicas otorgadas por el Estado ó ciertas asociaciones, en cambio del secreto de invención. En este sistema, se suprime realmente la propiedad del inventor en beneficio de la sociedad; pero se le indemniza por esa especie de forzosa expropiación. Sin embargo, este método es inaplicable por las siguientes razones: I. Si el inventor juzgara que la suma que se le asignara era muy mezquina, no revelaría su secreto; y II. ¿Quién podría con justicia y equidad decir de antemano lo que se podría pagar por tal invento aun no explotado?— Hay algunos de grandes proyecciones, otros que al cabo de poco tiempo pierden su importancia.

2.º Otorgar al inventor el derecho de percibir cierta suma por los productos elaborados según su sistema. También peca de arbitrario este procedimiento, cuando se trata de estipular el monto de la suma á demandar.

Y 3.º Las patentes de invención. Este sistema que es el seguido por la generalidad de las naciones civilizadas, consiste en otorgar la propiedad exclusiva del invento al inventor por un número fijo de años, pasado el cual, la invención cae en el dominio público. Este método es el más conveniente porque armoniza los intereses del inventor y los de la sociedad. El plazo señalado, en el cual puede el inventor aprovechar exclusivamente de su invención, es de 15 años en Francia y Alemania, 4 en Inglaterra, 17 en Estados Unidos, 20 en Bélgica y 9 en nuestro país.

¿Cuáles son nuestras principales industrias fabriles?— Siendo nuestra república esencialmente ganadera, no es extraño que sean los saladeros nuestra más importante industria fabril.

Digamos de paso, dos palabras respecto al origen de nuestra riqueza pecuaria. Los primeros Adelantados trajeron á la Gobernación del Paraguay, algunos animales caballares, yeguarizos y vacunos que rápidamente se multiplicaron. El cuarto Adelantado Juan Torres de Vera y Arazón, dió un enérgico impulso al desarrollo de esta riqueza, conduciendo desde Charcas al Paraguay, 4.000 vacunos, 4.000 ovinos y 500 cabras que no sólo se reprodujeron extraordinariamente, sino que además, de allí se fueron repartiendo por los campos de lo que es hoy República Argentina. En el primer cuarto del siglo XVII, se introdujeron animales vacunos en la Banda Oriental, desembarcándolos en el departamento de Colonia, en el arroyo que, de ese hecho, tomó su denominación de *las Vacas*. Encontrando los ganados en nuestro país, clima y suelo aparentes para su subsistencia, crecieron y procrearon en gran manera, y entonces los vecinos de Buenos Aires se dedicaron á *vaquear* en esta Banda, ó sea á la faena de corambres. Los animales cimarrones se mataban en grandes cantidades, y de ellos sólo se aprovechaban los cueros; la carne se tiraba, no tenía valor alguno porque no sabían conservarla. Los cueros eran la principal materia prima de la colonización española; no sólo servían para cuerdas y toda clase de correaje, sino que además tenían gran aplicación para camas, puertas y hasta para la *construcción de casas*. El doctor Carlos M. de Pena en su obra «Montevideo y su departamento hasta 1889», recuerda que el cabildo de 1780 se preocupaba de que los vecinos no carecieran de grasa para la luz, carne para la manutención y *cueros para ranchos*. (Pág. 85).

Pero los cueros no sólo tenían gran aplicación entre nosotros, sino que además constituían un importante artículo de importación, casi siempre clandestina á causa del pésimo y restrictivo sistema económico á que estaban sometidas estas colonias. Contrabandistas portugueses, ingleses, franceses y

holandeses hacían pingües negocios con el comercio de corambres, cuando podían eludir la vigilancia de las autoridades españolas, que á veces se hacía sentir con fuerza, como en el caso de Esteban Moreau muerto en Castillos en 1720.

Desde mediados del siglo XVIII comenzaron en Montevideo á hacerse ensayos para conservar la carne acecinándola; pero el primero que implantó un saladero de carnes y tocino en gran escala, fué don Francisco ó don Vicente Medina, en 1786, quien lo situó en el Colla, cerca del actual pueblo del Rosario, con el objeto de abastecer la Armada Española. Al año de instalado este importante establecimiento, falleció su propietario y se arruinó la empresa.

Francisco Antonio Maciel planteó más tarde otro saladero en el Miguelete, dedicándose desde entonces muchos otros vecinos á esta industria, y utilizando los conocimientos que el ensayo de Medina había difundido. La exportación por el puerto de Montevideo, de carne salada, cueros y sebo, alcanzó en 1799 á 24.703 pesos fuertes.

La industria saladeril fué á poco á poco tomando importancia, hasta llegar á ser la principal que poseemos, y siendo por mucho tiempo la única existente; pero siempre ha conservado la peculiaridad de no tener más que dos mercados para su producto, el tasajo, á saber: Cuba y Brasil.

Damos á continuación el cuadro de las exportaciones de tasajo, desde 1867, publicado últimamente en *El Siglo* de Montevideo, por el ingeniero señor José Serrato.

AÑOS	AL BRASIL	Á CUBA	Á LA ARGENTINA	OTROS DESTINOS	TOTAL
	Toneladas	Toneladas	Toneladas	Toneladas	Toneladas
1867—71	106.103	75.787	—	—	181.890
1872—76	93.606	65.717	—	—	159.323
1877—82	88.878	47.872	1.171	2.649	140.570
1882—86	121.683	37.611	4.894	25.733	189.921
1887—91	116.872	23.697	4.521	42.935	188.025
1892—96	206.878	14.927	24.665	3.844	249.314
1897—1901	209.576	16.723	18.461	15.155	259.915

La lectura del cuadro estadístico que antecede, sugiere las siguientes consideraciones:

1.º Las toneladas de tasajo que fueron exportados á la Argentina, no han tenido seguramente ese destino, pues nuestros vecinos de allende el Plata, producen, pero no consumen tal artículo. En las estadísticas argentinas figura también el tasajo como producto de exportación á nuestro país, lo que prueba que tanto en uno como en otro caso lo que existe realmente es un mero trasbordo: ó el charque sale del Uruguay para ser embarcado en buques que parten de la Argentina, ó sale de ésta para ser trasbordado á buques que parten de nuestros puertos. ¿Cuál es el destino verdadero de tales remesas? Con certeza no es posible asegurarlo; pero no nos alejaremos mucho de la verdad, afirmando que de ese tasajo que aparece exportado á la Argentina ó viceversa,  $\frac{2}{3}$  partes va para el Brasil y el  $\frac{1}{3}$  para Cuba. Lo que figura exportado para «otros destinos», va probablemente para España y Estados Unidos; pero de todos modos esos mercados son accidentales y secundarios.

2.º Nuestra industria tasajera que se inició con exportaciones para Cuba, está en vísperas de perder totalmente este mercado. En efecto un país que al cabo de treinta años, en vez de aumentar sus demandas, las reduce á cerca de la quinta parte, es indiscutiblemente un país que dentro de poco cesará de ser nuestro cliente. Si á esto se añade que Cuba está dispuesta á gravar con fuertes derechos los artículos de las naciones que impongan también subidos impuestos á sus artículos; si recordamos que la caña, tabacos, cigarros y demás productos cubanos pagan en nuestro país exagerados derechos aduaneros; y si finalmente se agrega que Estados Unidos está en las más cordiales relaciones económicas con la nación república y que por su proximidad y dada su riqueza ganadera puede proveerla fácilmente de carne fresca, no es aventurado augurar que antes de no mucho tiempo, habremos perdido por completo ese mercado.

3.º El Brasil es hoy nuestro principal consumidor de charque, y en breve, será el único, si no se abren nuevos horizon-

tes á este comercio, lo que parece poco probable. La exportación brasileña subió rápidamente en el quinquenio 1892-96, después de haber estado estacionaria durante un cuarto de siglo, y ese aumento fué debido á la guerra de Río Grande que impidió el funcionamiento de los saladeros de este estado é hizo que muchos ganados pasasen nuestra frontera para ponerse en salvo. El hecho de que nuestra principal industria tenga un solo mercado, debe producir en ella estancamiento, inseguridad y otras consecuencias perniciosas por el estilo.

En efecto, no se puede dar á esta industria todo el desenvolvimiento que sería de desear, porque si se aumenta la oferta más allá de la demanda, el artículo se despreña; y en segundo lugar, si el Brasil sigue una política proteccionista para favorecer los saladeros de Río Grande ó por represalias á causa de los subidos derechos de entrada que imponemos á sus productos, los perjudicados serán nuestros saladeristas y por consiguiente nuestros estancieros.

¿Cuál es la solución de este problema tan importante para nuestra República? Ella se encuentra á nuestro juicio, en la diversificación de los productos de la industria saladeril, lo que favorecerá el ensanche del mercado. Esto es el camino que hace ocho ó diez años ha emprendido la Argentina, y los resultados obtenidos no pueden ser más halagüeños y satisfactorios. Además de tasajo y extracto de carne, nuestros vecinos exportan vacunos y ovinos congelados, carnes y lenguas conservadas, caldo concentrado, glicerina, pepsina, etc., de modo que mientras en 1896, el tasajo constituía el 36 % del valor total de la exportación de productos animales elaborados, en 1901, ese artículo sólo contribuía al 21 % de tal comercio. La Argentina ha emprendido también el negocio de enviar animales en pie á los países europeos, y en el quinquenio 1896-1900 ese comercio le produjo al rededor de 38 millones de pesos oro.

En nuestras estadísticas figura también la exportación de animales en pie; pero ese comercio lo hacemos casi exclusivamente con los países fronterizos. En comprobación obsérvense las cifras del siguiente cuadro:

	1898	1899	1900
Valor de la exportación total de animales en pie . . . . .	\$ 336.926	\$ 260.006	\$ 534.216
Id. id. al Brasil . . . . .	» 289.716	» 197.770	» 499.540
Id. id. á la Argentina.	» 46.928	» 56.818	» 26.881

Estas cifras son bien elocuentes; mientras que la Argentina hace años que exporta animales en pie para los países europeos y la Colonia del Cabo, nosotros aun no hemos iniciado esa clase de negocio.

La industria saladeril se limitó durante mucho tiempo á exportar tan sólo tasajo, grasa, sebo, lenguas conservadas, cueros salados, astas, cenizas, huesos, etc.; es decir á exportar la carne en una forma únicamente salada y seca, ó sea el charque; los demás eran productos anexos y dependientes de esa fabricación. El año 1861, don Jorge C. Giebert comenzó á experimentar en el saladero de los señores Hughes H<sup>nos</sup> que había arrendado con ese objeto, un nuevo procedimiento de elaboración de la carne, inventado por el célebre químico, barón Justo von Liebig, y habiendo obtenido el mayor éxito en sus ensayos, partió para Europa en busca de capitales y constituyó en 1866 la sociedad anónima de «Liebig's Extract of Meat Company Limited» que tenía por principal fin dedicarse, como su nombre lo indica, á la fabricación de extracto de carne.

El saladero Liebig, situado cerca de Fray Bentos, en un cómodo puerto del Uruguay, es el establecimiento más importante del mundo, en su género; posee las máquinas é instalaciones más perfeccionadas, da trabajo á unas 800 personas, mata anualmente unos 170,000 vacunos, término medio, y exporta extracto de carne por valor de más de un millón 500 mil pesos por año. — No se ha podido descubrir hasta ahora el procedimiento que emplea esa fábrica en la elaboración de su renombrado extracto de carne; pero desde 1896, otros saladeros han comenzado á fabricar un producto semejante, que aun tiene muy poca salida. Compárense las cifras que damos

á continuación, y se verá que la casi totalidad del extracto exportado en el 96 y 97 pertenece á la Compañía Liebig.

	1895	1896	1897
	Kilogramos	Kilogramos	Kilogramos
Total exportado.....	579.792	701.347	394.270
Exportado por el Saladero Liebig.....	579.792	624.569	345.008

La disminución que se nota en 1897 se debe á la guerra civil que estalló en nuestro país, y que paralizó todas sus fuentes de producción. En 1898, 99 y 1900 el total exportado de ese artículo fué respectivamente de 482.895 kgs. 564.474 y 579.416; pero carecemos de datos para precisar en esas sumas, cuanto corresponde á la fábrica Liebig.

En nuestro último Anuario de Estadística, (1) aparecen exportados en 1891, 37.500 kgs. de carne fresca. ¿Esta partida indicará el comienzo del uso de frigoríficos, tan generalizados hoy en la Argentina? En este país se exportaron en 1891: 63 millones de kgs. carne congelada de carneros, 45 id. id. vacunos, 1.410.000 kgs. de otras carnes congeladas, por un valor total de cerca de 10 millones de pesos oro.

Hemos dicho que hoy la industria saladeril es la más importante de las que poseemos; pasemos á considerar las restantes, descartando la agricultura que hemos estudiado ya en capítulo separado.

Antes de 1875, el calzado, la ropa, la cerveza, los vinos, las velas, en una palabra, todos los artículos que consumíamos, eran productos extranjeros. Pero en octubre de dicho año, y por inspiración de don Andrés Lamas, se dictó la célebre ley proteccionista que cambió la faz económica de nuestro país y dió origen á un gran número de industrias que hoy proveen nuestro mercado de muchos artículos de los cuales éramos antes tributarios del extranjero. Esa ley comenzaba por eximir de derechos el alambre, útiles y máquinas agri-

(1) El de 1899-1900.

colas, hoja de lata, y todas las materias primas de las cervecerías, curtidurías y de muchas otras industrias. En seguida recargaba los impuestos existentes, con un 10% los artículos de hojalatería y herrería manufacturados, carruajes y arreos, bolsas vacías, suelas, y vino en cascos; y con un 20% los baúles, baldosas, tejas, bebidas espirituosas, cerveza, calzado, alpargatas, zuecos, camisas, calzoncillos, cohetes, fósforos, galleta, fideos, toda clase de artículos de madera, hierro, mármol labrado ó preparados para construcción, i ropa hecha, velas, sebo, aguas de soda, papas y cebollas para el consumo.

Para demostrar las importantes consecuencias de esa ley, presentamos en un cuadro el valor de quince de esos artículos importados en el trienio anterior á la ley del 75, su valor en 1888-90, y el que tuvieron en 1898-1900. Las cifras de las dos primeras columnas, las tomamos del artículo del doctor Eduardo Acevedo, sobre «La balanza de comercio en el Uruguay», publicado en el tomo I de los Anales de la Universidad; las del último, las hemos formado con datos tomados del último Anuario Estadístico de nuestro país.

	VALOR OFICIAL DE LO IMPORTADO EN 1872-74	VALOR OFICIAL DE LO IMPORTADO EN 1888-90	VALOR OFICIAL DE LO IMPORTADO EN 1898-1900
Alpargatas.....	\$ 229.191	\$ 4.289	\$ 1.469
Bebidas espirituosas.....	\$ 2.512.552	\$ 1.918.159	\$ 788.117
Calzado.....	\$ 2.027.191	\$ 88.571	\$ 22.938
Camisas.....	\$ 669.941	\$ 325.369	\$ 95.112
Cigarros de hoja.....	\$ 428.735	\$ 884.199	\$ 88.523
Cigarrillos.....	\$ 147.488	\$ 9.858	\$ 507
Cohetes.....	\$ 40.907	\$ 21.716	\$ 7.729
Fideos.....	\$ 218.920	\$ 24.408	\$ 5.767
Naipes.....	\$ 39.321	\$ 19.119	\$ 5.720
Ropa hecha.....	\$ 850.417	\$ 106.286	\$ 110.071
Transporte.....	\$ 7.159.663	\$ 2.896.974	\$ 1.072.953

(1) Esta cifra la hemos obtenido, deduciendo del total del rubro «Bebidas en general», 5.344.477 \$ por concepto de vinos, 21.577 \$ por cerveza que va al fin del cuadro, 3.715 \$ por aguardiente, y 291.281 por caña. Separamos este artículo del grupo «bebidas espirituosas» porque hasta 1898 iba englobado con los «aguardientes de toda clase».

(2) En esta cifra no está incluido el valor de los ponchos de I lana y algodón y de los tricots.

	VALOR OFICIAL DE LO IMPORTADO EE 1872-74	VALOR OFICIAL DE LO IMPORTADO EE 1898-90	VALOR OFICIAL DE LO IMPORTADO EE 1898-1900
Transporte...	\$7.159.663	\$2.806.974	\$1.072.953
Suelas.....	• 197.493	• 16.489	• 5.797
Velas.....	• 222.546	• 177.705	• 34.149
Zuecos y zapatillas..	• 222.907	• 23.744	• (1) 5.797
Bolsas de arpillera..	• 42.061	• 29.290	• 15.200
Cerveza.....	• 379.428	• 308.429	• 22.687
Totales....	\$8.224.098	\$3.452.671	\$1.156.583

Como se ve por el cuadro que antecede, hubo en el trienio 1888-90 una baja en la importación de los artículos señalados, de cerca de cinco millones de pesos, y en el último trienio, una de más de siete millones con relación a lo importado en los años 1872-74. Esa disminución es aún más considerable, si se tiene en cuenta que en el primer trienio indicado, la población no pasaba de 450.000 habitantes; en 1890 eran 706.500, y en 1900, 936.120 según el Anuario de Estadística. Por lo tanto si en 1872-74 se importaron determinados artículos por valor de 8 millones 200 mil pesos (en números redondos), en 1888-90 esa importación debiera haberse elevado a 13 1/2 millones y en 1898-1900 a 16 1/2 millones de pesos. El descenso no puede ser más considerable; pero en cambio todos esos artículos de consumo son producidos por la industria nacional que se desarrolló a raíz de la mencionada ley del 75.

Según la última estadística, en 1900 había en nuestro país: 9 alfarerías, 6 aserraderos, 6 astilleros y varaderos, 1 broncería, 627 carpinterías de obra blanca, 69 fábricas de muebles, 154 cigarrerías, 31 curtidorías, 4 destilerías de aguardiente, 2 fábricas de aceite animal ó vegetal, 2 ídem de almidón, 17 ídem de alpargatas, 4 de baldosas, 9 de baúles, 5 de bolsas, 120 de carros y jardineras, 19 de carruajes, 32 de cerveza, hielo y aguas gaseosas, 3 de corcho, 10 de chocolate y elaboración de café y especias, 16 de escobas y plumeros,

(1) En el trienio 1898-1900, no figuran «zuecos».

3 de fideos, 5 de fósforos, 5 de fuegos artificiales, 4 de galletitas, 7 de instrumentos de música, 14 de jabón, velas, grasas y aceites, 18 de licores y vinos artificiales, 32 de masas y dulces, 12 de productos porcinos, 18 de ropa blanca, 2 de vidrios, 8 fundiciones, 374 herrerías, 129 hojalaterías, 113 hornos de ladrillos, 20 marmolerías, 17 (1) molinos, 323 panaderías, 284 sastrerías, 90 talabarterías y lomillerías, 19 tintorerías, 14 tipografías, 8 tonelerías, 5 tornerías, gran número de talleres de composturas, y muchas otras industrias menos numerosas que omitimos por no alargar más esta ya extensa enumeración. No aparecen en ese cuadro estadístico de nuestras industrias, 2 fábricas de hilados y tejidos, y 1 de papel, cuya existencia, conocemos. Las hilanderías y fabricación de tejidos de lana, están llamadas a tener un gran desarrollo, porque producimos en gran cantidad y de muy buena calidad, la materia prima de esas industrias.

En cuanto a la vinificación, notamos con pesar, la existencia de 18 fábricas de vinos artificiales; pero por otra parte, en el capítulo sobre la agricultura, hemos indicado que de la uva vendimiada en nuestro territorio, se habían elaborado últimamente 7:040.000 litros de vinos de diversos tipos y calidades. El Departamento de Ganadería y Agricultura estima que en realidad se han fabricado más de ocho millones y medio de litros de vino, porque no se conoce el destino que han tenido, 2:406.000 kilogramos de uva de la pasada vendimia. La producción media de vino en la República ha sido de 20 hectólitros 69 por hectárea cultivada.

El incremento que va tomando nuestra industria vitícola, explica el descenso que año tras año se nota en la importación de vino común. Las cifras que damos a continuación, lo prueban elocuentemente.

Vino común importado en 1895,	litros	22:277.290
• • • • • 1896,		20:736.100
• • • • • 1897,		17:938.580

(1) Esta cifra está equivocada, porque esa cantidad de molinos, la hay en el solo departamento de Montevideo.

Vino común importado en 1898,	litros	18:917.001
" " " " 1899,	"	16:224.341
" " " " 1900,	"	16:170.588

Aunque de 1895 á 1900 hubo un aumento de 140.000 habitantes, el vino común importado disminuyó en más de seis millones de litros, siendo reemplazado por idéntico producto de fabricación nacional. Cerca de 800.000 \$ menos es el valor de vino común importado en 1900, con relación al importado en 1895.

Para terminar este capítulo digamos dos palabras sobre la fabricación del alcohol.

Nuestras destilerías fabricaban antes de 1888, aguardiente á \$ 0.14 el litro, cuando el gobierno con fines proteccionistas y fiscales á la vez, gravó en enero de ese año, el litro de aguardiente hasta 20°, con un impuesto de \$ 0.10, más \$ 0.05 por cada grado de mayor fuerza alcohólica. Las destilerías subieron de inmediato el precio de ese artículo á \$ 0.22 el litro, y entonces el gobierno del doctor Herrera, impuso en enero de 1891 á la fabricación nacional un derecho de \$ 0.03 por litro de aguardiente, al mismo tiempo que gravaba todas las bebidas alcohólicas con \$ 0.12 por litro.

El gobierno, que basándose en lo que entonces producían esas fábricas, calculaba que esos impuestos le darían una entrada anual de \$ 1:200.000, quedó muy decepcionado cuando al cabo de 6 meses de estar esa ley en vigencia, sólo se había recaudado por ese concepto, 90.005 pesos.

Modificando entonces la ley de enero, se promulgó otra en agosto del mismo año, gravando el litro de los aguardientes nacionales con un impuesto de \$ 0.132, y los extranjeros con \$ 0.136 el litro, siempre que no pasara de 20°, añadiéndose \$ 0.0068 por cada nuevo grado de fuerza alcohólica. Estas leyes, promulgadas con el afán de obtener recursos en una época de intensa crisis, como fué la de 1890, demostraban el más completo desconocimiento de los principios de la Economía Política, pues, en efecto, esta ciencia enseña que cuando se eleva el valor de un artículo más allá de lo que se consi-

dera su precio normal, y de la facultad de comprar de los consumidores, ese artículo se reemplaza por un sucedáneo ó equivalente. Tal fué lo ocurrido entre nosotros. El litro de aguardiente de \$ 0.22 subió á \$ 0.40, y á causa de este excesivo aumento de precio, se reemplazó ese artículo, cuyo uso estaba muy extendido, por el petróleo ó kerosene, gas, etc., y las destilerías tuvieron que disminuir en proporciones enormes su producción, disminuyendo al mismo tiempo las entradas que el gobierno pensaba percibir con sus irracionales impuestos. El del alcohol, no ha producido más que unos \$ 270.000 anuales hasta 1900 en que dió \$ 400.000 probablemente á causa del incremento de la fabricación de bebidas espirituosas. Con todo, ¡cuán lejos estamos aún de la suma de \$ 1:200.000 calculada al sancionar la ley!—Y, ¡cuántos contrabandos se han efectuado y se efectúan constantemente para eludir esa ley, que tan perniciosa influencia ha ejercido sobre esa fabricación que se pensaba proteger!

## VI

## INDUSTRIA DE TRANSPORTES

SUMARIO: Ven a las que ofrece esta industria.—Condiciones para su ejercicio.—Fines del Estado.—Intervención del mismo en la construcción de obras de vialidad.—Los ferrocarriles, su importancia, y problemas que suscita su construcción.—Estudio de los distintos sistemas preconizados para construirlos.—Nuestro régimen ferrocarrilero.—La navegación, sus ventajas, sus divisiones.—Movimiento de navegación en los puertos de la República.

La industria de transportes es una de aquellas que va más íntimamente unida al progreso de las naciones. Enumerando la influencia que ejerce y las ventajas que presenta, comprenderemos más clara y acabadamente cuán grande es su importancia.

He aquí sus principales ventajas:

1.º Poniendo los objetos al alcance de los consumidores, da á aquéllos una utilidad de que antes carecían. Por ejemplo, no damos generalmente ninguno ó escaso valor á la piedra

y arena que tanto abunda en nuestro territorio; pero esas materias adquirieron ó aumentan el valor que les consideramos, cuando se las transporta á Buenos Aires, donde se carece de ellas. Lo mismo ocurría en el Canadá y norte de los Estados Unidos, en donde el hielo tenía un insignificante valor, y sin embargo, lo tenía muy subido en Cuba, á donde se exportaba en grandes cantidades antes de la introducción y uso de las máquinas de fabricar hielo.

2.º *Equitale á una verdadera producción, proporcionando á ciertos países artículos que su suelo no produce ni puede producir.* Gracias á esa industria, podemos nosotros consumir café, té, azúcar, yerba, hierro, hulla y mil otros artículos que no produce nuestro territorio, ni se encuentran en él.

3.º *Impide la carestía de los artículos de primera necesidad,* que aún cuando produzca nuestro suelo, pueden eventualmente faltar ó existir en restringidas cantidades, á causa de sequías, continuadas lluvias, guerras, etc. ¡Cuán inmensa sería la mortalidad en la India inglesa, si cuando se pierden las cosechas, la industria de transportes no condujera cereales de otros países á aquellas famélicas poblaciones!

4.º *Contribuye á acrecentar considerablemente la producción de los países nuevos, aportándoles brazos y capitales.* ¿Habría acaso alcanzado, la agricultura en las repúblicas del Plata, el desarrollo que tiene hoy en día, si no fuera por las fuertes corrientes inmigratorias que reciben?

5.º *Aumenta el consumo, disminuyendo el precio de costo de los artículos.* En efecto, pudiendo traerse de distancias lejanas ciertos productos, se aumenta su oferta, bajan entonces los precios, y esa baja provoca á su vez un aumento de demanda ó sea de consumo.

6.º *Este aumento de consumo causa un aumento de producción, y acrecentándose ésta, pueden utilizarse grandes máquinas y llegar hasta sus límites la división del trabajo,* medios que, como anteriormente hemos explicado, contribuyen al desenvolvimiento de la producción.

7.º *Si las leyes aduaneras no son muy proteccionistas, ensancha el mercado y por lo mismo contribuye á la división*

*territorial del trabajo, ó sea á que cada país se consagre únicamente á las industrias en las cuales sobresale y para las que tiene más aptitudes.*

8.º *Eso ensancha el mercado, influye también en el nivelamiento de los precios.* Por ejemplo, el precio de igual clase de lana, es más ó menos idéntico en Australia, Colonia del Cabo y el Plata, y no difiere del de Amberes, Havre, Londres ú otras plazas europeas, sino en el costo del transporte y la ganancia habitual de los intermediarios.

9.º *No impidiéndolo las leyes aduaneras, esta industria dificulta también las coaliciones entre productores, llamadas poolé y trust en Inglaterra y Estados Unidos, y kartelé en Alemania.* Así, en el caso de que los productores de un artículo se unieran para elevar el precio de éste, pudiendo traer de otras naciones ese mismo artículo, siempre que no existan leyes prohibitivas, el trust ó la coalición queda deshecho. Esta es una poderosa razón en pro del libre cambio ó á lo menos, en pro de impuestos proteccionistas muy reducidos.

Y 10.º *Contribuye á un mayor nivelamiento social,* permitiendo á las clases más humildes ó menos acomodadas en un país, disfrutar de beneficios de que antes gozaban sólo las acaudaladas. Hoy, los habitantes de la campaña que viven cerca de una estación férrea, pueden sin gran desembolso, darse el placer de visitar á Montevideo en épocas de carnaval, Semana Santa ó de fiestas patrias; en las cuales por unos días se rebajan los pasajes; ó de todos modos, en cualquier época al habitante de Rivera ó Nico Pérez, por ejemplo, le es más fácil y menos dispendioso el viaje á la capital, que en tiempos pasados. Bien que con algunas incomodidades y molestias, pues el trato que se da á los pasajeros de 3.ª clase, es bastante deficiente, se puede hoy ir á Europa por 18 ó 20 pesos, ventaja de que aprovechan para visitar á sus familias, muchos de los inmigrantes que habiendo arribado á nuestras playas sin un céntesimo, logran en pocos años, hacerse de algunos recursos pecuniarios.

La industria de transportes está sometida á ciertas condiciones, que en caso de faltarle, obstaculizan ó impiden su



ejercicio. Entre ellas, pueden citarse: los caminos, calzadas, puentes, faros, puertos; y terraplenes, desmontes, estaciones, etc., si se trata de vías férreas. ¿Quién debe ejecutar todas esas obras indispensables al buen funcionamiento de la industria de transportes?

Si analizamos la sociedad, hallaremos sólo dos entidades que puedan realizar esas obras: 1.º los individuos y las asociaciones libres, que ya por la costumbre, ya por la ley, tienen una personalidad distinta de la de sus miembros; y 2.º los poderes públicos, es decir, esa entidad que llamamos *Estado*, y que es quien únicamente dispone de la coacción para imponer á todos los habitantes de un país las mismas leyes, y para obligarles á pagar, en forma de impuestos ó contribuciones, las sumas que necesita para su sostén.

¿El Estado ó las asociaciones y los individuos deben construir las vías de comunicación? Para resolver este problema, es necesario que, aunque someramente, examinemos la tan debatida cuestión de los fines del Estado.

Estos fines ó funciones, pueden reducirse á los siguientes:

1.º *Garantir el derecho*; no crearlo como pretendía Bentham, sino tan sólo definirlo y sancionarlo. El Estado no crea el derecho, sino que lo fija por medio de leyes, que son según Montesquieu, «las relaciones invariables que derivan de la naturaleza de las cosas». Muchas veces las leyes pretenden ir contra la naturaleza de las cosas, y entonces sufren las más graves decepciones. Cuando se ha pretendido prohibir el interés del dinero ó cuando, con el afán de aumentar las entradas fiscales, se han impuesto excesivas contribuciones á determinados artículos, la disminución de la producción de éstos, el contrabando, ó transacciones ocultas, tratándose del interés, han burlado completamente las pretensiones del Estado de crear el derecho.

En esta primera clase de funciones, puede también colocarse, la de velar porque no se abrumen con trabajo excesivo en las fábricas y talleres, á las mujeres y niños y proteger, en general, á las personas que por sí mismas no pueden defenderse, como los menores, dementes, etc.

2.º *Mantener la soberanía nacional, y la paz interna del país.*

Función esencialísima: impedir los ataques de las otras naciones, y tratar de que reine el orden y la tranquilidad públicos. ¿Cuántos países, como Marruecos, son improductivos, ó no se explotan como debieran, tan sólo porque en el interior reina la anarquía y el pillaje!

3.º *Prestar ciertos servicios que no se efectuarían sin la coacción reglamentaria y fiscal, que hemos reconocido, como carácter exclusivo del Estado.* Existen en efecto, ciertas necesidades comunes que no podrían satisfacerse si algún individuo se opusiera á su satisfacción, como cuando hay que tomar medidas de salubridad para evitar el contagio de epidemias, en el caso de expropiación por causa de utilidad pública, etc.

4.º *Debe conservarse los bienes permanentes de la nación*, como la caza, la pesca y los bosques, para evitar que se agoten ó destruyan por una explotación irracional; *además debe construir y mantener en buen estado, los bienes, cuyo uso pertenece á todos los miembros de la sociedad*, como caminos, calzadas, puentes, puertos, faros y canales. En las vías de comunicación hay que distinguir dos cosas: el *peaje*, y la *tracción*. El peaje representa el interés y la amortización de los capitales invertidos en la obra; y la tracción equivale á los gastos de explotación de la misma. Entre peaje y tracción existe una diferencia semejante á la que hay entre gastos generales y gastos especiales en toda producción. Pueden sentarse como regla general, que toda vía de utilidad pública en la cual puedan los simples particulares transportarse por sí mismos, debe construirse por el Estado, pues las empresas individuales no podrían percibir el interés y la amortización de las sumas que en ella hubieran invertido. Aun cuando el peaje es en estos casos á veces posible, su percepción resulta siempre onerosa, vejatoria y deprimente para el desarrollo de la riqueza nacional.

Y 5.º Finalmente, *debe encargarse de algunas obras que, como el correo y la instrucción pública, no alcanzarían con la iniciativa privada toda la amplitud y desarrollo que deben tener*

para bien del país. Puede incluirse en esta última categoría de funciones, la creación y sostenimiento de museos, hospitales y asilos para los expósitos, dementes, etc.

Entre las funciones del Estado hemos visto que se halla la de construir las vías de comunicación en las cuales los particulares puedan transportarse á sí mismos, y cuyo peaje sería muy difícil ó vejatorio de percibir; pero aquellas en que éste pueda cobrarse junto con los gastos de tracción que demande el uso de la vía ¿quién debe construir las?

Este problema se presenta especialmente cuando se trata de los ferrocarriles. La construcción y explotación de estos medios de transporte por el Estado, cuenta con muchos partidarios, que, entre otras, alegan las siguientes razones:

1.º El Estado tendría la inmediata disponibilidad de las líneas, de modo que si lo creyera conveniente podría suprimir el peaje, buscando la compensación en el desarrollo de la riqueza pública.

2.º Disponería de las tarifas, pudiendo servirse de ellas para desenvolver el progreso en los puntos más atrasados del territorio.

3.º Habría unidad de dirección y explotación.

Y 4.º El Estado dispondría de un recurso poderoso é indispensable para la defensa nacional.

Examinemos a estas razones. Si el Estado suprime el peaje, no podrá pagar el interés y la amortización de los capitales que ha empleado, y entonces tendrá que recurrir á nuevos impuestos ó nuevos empréstitos cuyos intereses todos los habitantes del país tendrán que contribuir á pagar. Esto no es sólo injusto sino también inicuo. Cada uno debe pagar los servicios que recibe, de modo que el que viaja en ferrocarril debe él mismo abonar el importe de su viaje, y no obligar á la sociedad á que contribuya á abonárselo.

Conservando el peaje, el Estado podría rebajar las tarifas hasta el límite que las entradas le permitieran pagar todos sus gastos; pero no podría bajar de ese límite, ni menos suprimirlas, porque se caería en la irritante injusticia que acabamos de señalar.

Además, tanto los partidarios de la construcción de ferrocarriles por el Estado, como todos aquellos que pretenden aumentar las funciones de éste, se forjan de tal organismo un concepto completamente erróneo. El Estado está muy lejos de ser ese «distribuidor imparcial que provee igualmente á las necesidades de todas las poblaciones del país», de que habla Gianquinto, pues dado su origen y formación, no ofrece más garantías de competencia, imparcialidad y buena dirección, de las que ofrecen los individuos ó las asociaciones libres.

El Estado no se forma por selección natural, sino por elección; no son siempre los más inteligentes y preparados los que triunfan, sino los más audaces, los más intrigantes ó los que saben mejor adular las pasiones de las masas. El Estado es tan sólo, como dice Leroy Beaulieu, un partido en el poder: no representa la totalidad de los ciudadanos, sino una fracción. Perteneciendo los ferrocarriles al Estado, ¿no habrá peligro en que las tarifas se vean influenciadas por la política? Tal diputado ó tal partido en las cámaras, ¿no pondrá para atraerse los votos de los electores de tal circunscripción donde cuenta más partidarios, la disminución ó la supresión de tarifas, basándose en hechos que si no existen se inventan? —Tendríamos según la expresión de un representante francés, tarifas conservadoras y progresistas, gubernativas y de oposición, de la derecha y de la izquierda.

Además, ¿qué poderoso medio de corrupción política se pone en manos de los poderes públicos, el disponer del enorme número de empleados que requiere toda explotación ferrocarrilera! La máxima *victoribus spolia*, al vencedor los despojos, que tanta aplicación tiene desgraciadamente en nuestras incipientes democracias, ¿qué ancho campo para manifestarse no encontraría en los miles de empleos que exige el servicio de ferrocarriles!

Se hacen valer también en contra del Estado, que éste construye más caro y administra y dirige peor que las empresas privadas. El doctor Luis Varela cita, para demostrar lo contrario, varios casos, tomados de Caves, en los cuales

el costo medio kilométrico de algunas líneas construídas por el Estado, es inferior al de otras debidas á la iniciativa particular. Bien que esos ejemplos sean de líneas construídas en análogas condiciones, es lo cierto que las notables diferencias que á veces se notan en el costo medio kilométrico de dos ferrocarriles distintos, se debe tanto á la diversidad de la configuración y naturaleza geológica del suelo, como á las obras de arte, alcantarillas, puentes ó túneles, que haya que hacer. Creemos, contrariamente á la opinión del doctor Luis Varela, que si los ejemplos citados por Cawes son exactos se debe á que los poderes públicos encargados de esos trabajos, poseían un alto grado de conciencia de sus deberes y de honradez administrativa; pero que esas excepciones no desvirtúan la afirmación de que confiar esa tarea al Estado es darle una nueva oportunidad de que derroche y despilfarré los dineros nacionales. El mal está en el sistema, mal que, sin embargo, puede aminorarse cuando las administraciones públicas son muy honestas y celosas guardianes de los intereses fiscales. Pero como después de nuevas elecciones, puede cambiarse todo ó la mayor parte del personal administrativo, el país se encuentra nuevamente expuesto á los peligros que entraña este sistema.

Podemos sentar como regla general, que no debe encargarse el Estado de aquellas obras que puede efectuarlas con ventaja la iniciativa privada. Tan complicado es el actual mecanismo del Estado, que debe buscarse aminorar sus funciones, para que cumpla debidamente con las que en realidad le corresponden, antes que aumentar éstas con otras nuevas que contribuyen á pervertirlo y á impedir el fiel cumplimiento de sus deberes esenciales.

Por todas estas consideraciones, juzgamos que los ferrocarriles deben ser construídos y explotados por empresas particulares. ¿Con absoluta independencia del Estado? No; ésto debe intervenir en tales obras, por las siguientes razones:

1.º *En la construcción de toda línea férrea hay necesidad de expropiar terreno;* ahora bien, la expropiación es una facultad que únicamente la posee el Estado.

2.º *Todo ferrocarril constituye un monopolio,* porque en efecto, dos líneas paralelas concluyen por entenderse ó por fusionarse. Es, pues, necesaria la intervención del Estado, porque al declarar la obra de utilidad pública, forma un monopolio, y por lo tanto debe tomar ciertas medidas para preservar los intereses generales del país contra los absorbentes ó insaciables de aquél. Una intervención muy justa y conveniente es la que consiste en fijar un máximo á las tarifas, pues si éstas son muy elevadas, la obra pierde toda la utilidad que pudiera tener.

3.º *El Estado debe trazar la red general de ferrocarriles del país,* porque siendo el ferrocarril un instrumento de progreso, conviene que su acción benéfica se reparta metódicamente en todo el territorio. Se evita también así que las empresas particulares construyan líneas inútiles que serían un perjuicio para la nación. Esto es lo que ha ocurrido en Inglaterra y Estados Unidos, donde por falta de trazado general, la especulación irreflexiva construyó un número extraordinario de líneas que después fracasaron lamentablemente. Sin embargo, conviene advertir que los trastornos que ocasionan estos fracasos de empresas privadas, recaen al fin y al cabo sobre aquellos que las forman, no siendo muy extensa su repercusión; mientras que cuando los fracasos ocurren en construcciones del Estado, las consecuencias desastrosas de esas obras pesan sobre todos los habitantes del país, que tienen que pagarlas en forma de nuevos impuestos.

Y 4.º *Finalmente el Estado debe intervenir en los ferrocarriles porque éstos son un medio poderoso de defensa nacional,* permitiendo con toda rapidez transportar tropas á los puntos extremos de las fronteras nacionales.

Otra cuestión á resolver:

¿Las concesiones deben ser perpetuas ó temporarias? Nos inclinamos á esta última solución sobre todo cuando el Estado contribuye directamente á la construcción de la línea, ya dando á la empresa subvenciones en metálico ó en obras, ya suscribiendo determinado número de acciones, ya garantiendo cierto interés á los capitales empleados en la obra, ya por

cualquier otra forma de intervención directa. Dada esa serie de hechos que demuestran la parte activa que tanto en la construcción como en la explotación de la línea, tiene el Estado, creemos que es justo que éste conceda á las empresas los beneficios presentes y los futuros por cierto plazo fijo, aunque largo, reservándose aquel la obra pasando ese plazo señalado.

En cuanto á las tarifas hemos dicho que el Estado debe, al dar la concesión, señalar un límite que las compañías no puedan ultrapasar: esas son las tarifas de *máxima ó legales*. Además de estas hay las *generales*, que son las señaladas por las empresas, y de un monto inferior generalmente á aquellas; y las *especiales* que son las que requieren un minimum de expedición, ó las que se fijan entre dos estaciones determinadas. Estas últimas son muy corrientes, cuando el ferrocarril tiene que luchar con la competencia fluvial ó de cabotaje así por ejemplo, entre nosotros se da el hecho curioso de que las estaciones intermedias entre Paso de los Toros y Paysandú pagan más flete que esta última ciudad, por las mercaderías que reciben de Montevideo. Eso se debe á que siendo Paysandú un buen puerto, la empresa Midland tiene que luchar con la competencia de las embarcaciones. Son tarifas especiales también las que rigen actualmente para el trigo y maíz desde Canelones y estaciones subsiguientes hasta Puerto del Sauce.

Las tarifas han de reunir en general las siguientes condiciones: 1.º *deben ser iguales para todo el mundo*, condición no siempre seguida en los Estados Unidos, y de que se valen las direcciones de los *trusts* para destruir á sus competidores; 2.º *fijas y públicas*, para que la industria y el comercio puedan calcular de antemano los precios de los artículos; y 3.º *proporcionadas en lo posible al servicio prestado*. Sin embargo, los productos de mucho valor, aunque tengan poco peso y volumen, pagan generalmente más que la piedra, maderas y otros productos de mucho peso y poco valor, para que equilibren el escaso flete que debe cobrarse á estos últimos. so pena de que no puedan viajar.

¿Cuál es nuestro régimen de ferrocarriles?

Nuestra primera ley de ferrocarriles es la de agosto de 1884, que formó el trazado general, y concedía por 40 años á las empresas que se encargaran de construir las líneas de ese trazado, una garantía de 7 % sobre un capital de 5.000 £ por cada kilómetro de vía abierta al público, pagándose la garantía por secciones no menores de 50 kilómetros. Las compañías concesionarias debían devolver al Estado, sin abonar intereses, las sumas otorgadas como garantía, toda vez que obtuviesen un rendimiento neto de más del 8 %. El Estado se reservaba además el derecho de intervenir en las tarifas, cuando las ganancias pasara al 12 % anual sobre el capital invertido. Las concesiones, según esa ley, eran perpetuas.

Anteriormente á esa ley, se había otorgado también concesión perpetua, en 1865 al I Ferrocarril Central del Uruguay, que debía ir hasta Durazno, con facultad de prolongar la línea hasta el Brasil. El Estado le garantía por 40 años, un interés, de 7 % sobre un capital de £ 10.000 por milla inglesa de vía, y además se comprometía á suscribirse con dos mil acciones de la empresa. El Estado podría intervenir en las tarifas cuando las ganancias excediesen del 16 % anual. Por distintos arreglos que se hicieron con la compañía en la época del gobierno de Latorre, aquélla renunció á la garantía, y el Estado devolvió para ser quemadas 5.000 acciones que poseía y se obligó á pagar los atrasos que adeudaba.

En 1888 se promulgó una nueva ley aumentando el número de líneas del trazado anterior y estableciendo que éstas podrían ser construidas por el estado ó concederse á empresas particulares. Esa ley modificaba la del 84 también en cuanto al plazo de la garantía que en vez de ser de 40 años, quedó reducido á 33.

En mala hora nuestros legisladores autorizaron al Estado la construcción de líneas férreas. Era aquella la época de mayor inflacionismo por que se ha atravesado nuestro país. Por doquiera se formaban sociedades anónimas, y todo el mundo soñaba con crecidas ganancias; era el momento de la fiebre del agio y de la especulación desenfrenada.

En febrero de 1889, el gobierno celebró con la casa Baring Brothers de Londres, un contrato para construir por cuenta del Estado, un ferrocarril á la Colonia, con ramales á Palmira, Carmelo y Perdido. El precio estipulado fué de 6.000 £ por kilómetro, pagaderos en «Bonos de ferrocarriles» de 6 % de interés y 1 % de amortización, al 85 % de su valor nominal, es decir que cada kilómetro venía en realidad á costar al Estado, 7.058 14/17 £ (1). En julio del mismo año, se celebró un nuevo contrato con la casa Baring, para negociar los bonos correspondientes á la primera sección de la línea, estableciéndose que la casa Baring recibía los bonos al tipo convenido y con su importe se obligaba á pagar los giros que hiciera el Banco Nacional por los trabajos efectuados, que debían justificarse con certificados expedidos al efecto por los ingenieros fiscales.

En este estado las negociaciones, el gobierno de aquel entonces, cometió la mayor felonía administrativa que jamás persona honrada pudiera concebir. El Gobierno empeñado en sacar de la situación apurada en que se encontraba el conocido especulador de bolsa, don Eduardo Casey, quien llegó á adeudar al Banco Nacional, la enormidad de más de cuatro y medio millones de pesos, suma que nunca pagó el gobierno, decidimos, resolvió que la línea á la Colonia comenzara donde principia el ferrocarril del Norte, y considerando ésta incorporada á aquella, hizo expedir por los ingenieros fiscales, los certificados de obra correspondientes, en presencia de los cuales hizo el Banco Nacional los giros respectivos, que en su mayor parte tuvo que abonar, pues la casa Baring no los aceptó. Y después de ese bochornoso acto de desvergüenza y corrupción administrativas, todavía habrá entre nosotros, quienes como el doctor Luis Varela, sostengan que «para que la construcción privada fuese superior á la oficial, sería preciso que el personal de dirección y ejecución de las obras, competente, activo y honrado al servicio de las empresas

(1) Equívocamente dice el doctor Acevedo en su artículo sobre *Legislación de ferrocarriles*, que el Estado «venía entonces á desembolsar 6.000 libras nominales».

particulares, se volviese inepto, desidioso y pescador de río revuelto al servicio del Estado. Y bien que el doctor Varela agrega, que *algo de esto sucede con más frecuencia de lo deseable*, lo atribuyo al grado de organización y honradez administrativas de cada país. No; está en el orden natural de las cosas, que el Estado, cuyos miembros no son electos entre los de más moralidad de la población, persiga sus fines sin preocuparse de la clase de medios que emplea, cuando sabe que no habrá poder que se atreva á fiscalizar su conducta; y en el caso á que nos referimos, los ingenieros fiscales, firmaron certificados por obras que no habían construído, porque así lo requerían sus superiores jerárquicos, y si á ello se hubieran negado, hubieran en seguida sido reemplazados con otros de conciencia más elástica y más complacientes con el gobierno.

Nunca en nuestro país se ha producido mayor escándalo en la hacienda pública que aquel de 1889. El señor Casey á quien salvó el gobierno, de la manera indicada, de los apremiantes compromisos de bolsa que tenía, no pudo ni aún entregar á éste las numerosas acciones del ferrocarril del Norte que poseía, pues esas acciones las tenía afectadas al Banco Inglés, el cual tuvo que quedarse más tarde con ellas. Ese proyecto de construcción directa de ferrocarriles, costó al Estado varios millones de pesos que vinieron á aumentar nuestra ya excesiva deuda nacional. A causa de la impresión producida por ese desastro, el Poder Legislativo sancionó en febrero de 1890, una nueva ley por la que el gobierno no podría en adelante contratar nuevas construcciones de líneas férreas sin autorización de las Cámaras.

Finalmente, en septiembre de 1895, se anuló el contrato de febrero de 1889, y se otorgó á la empresa Mélici la concesión por 60 años para que construyera los ferrocarriles del Oeste. En 1901 quedó terminado el ramal á Mercedes, poseyendo nuestra República actualmente una red de cerca de 2.000 kilómetros de ferrocarriles.

## La enseñanza de la Historia

PROGRAMA DE HISTORIA AMERICANA. — MEMORÁNDUM SOBRE SUS  
VENTAJAS. — MÉTODO DE ENSEÑANZA

### EXPLICACIÓN

Como antecedente necesario del programa que, en nuestra opinión, debe regir para el estudio de la *Historia Americana* y de la exposición del método de enseñanza, nos ha parecido, ante todo, indispensable el hacer un ligero resumen de todas las cuestiones relativas á la enseñanza de la historia en general.

Es de todos conocido que la cuestión de saber si la manera generalmente empleada para enseñar la historia, llena, ó no, las condiciones científicas de toda enseñanza, es una de las que más se debaten en nuestro tiempo. Una reacción enérgica se ha producido, que ha tenido origen en los historiadores y en los pedagogos, contra los procedimientos tradicionales seguidos para la enseñanza de aquella materia. De aquí resulta lo que se ha llamado *metodología racional de la historia*. Comprende, ella, infinidad de cuestiones interesantes. Citaremos, entre otras, las referentes al concepto y contenido de la historia, á la relación con la misma, de las llamadas ciencias auxiliares, á las condiciones de los libros de texto y al material que ha de manejar el estudiante.

Haremos de cada una de ellas una ligera exposición. La solución más razonable de las mismas, la aplicaremos, después al ocuparnos en el programa y en el método para la enseñanza de la materia motivo de este concurso. Con este criterio nuestro programa de *Historia Americana*, y nuestro método, no serán nada más que una aplicación, dentro de lo posible, de los principios que deben regir la enseñanza de la historia universal.

Para la exposición que sigue nos servirá, sobre todo, de guía la obra que, sobre *La enseñanza de la Historia* ha escrito Rafael Altamira, el talentoso secretario del Museo Pedagógico de España. Exponemos, además las opiniones de otros autores, entre ellas las de Rogers, Demolins y Pareto. En lo que no estamos de acuerdo con ellos, hacemos conocer y fundamos nuestras discrepancias.

Para el caso de no aceptarse la reforma que proponemos más adelante y en quedar subsistente el plan seguido en la actualidad para el estudio de la *Historia Americana* y *Nacional* presentamos al final, además de nuestro programa de *Historia Americana*, un programa de *Historia Americana* y *Nacional* 1er. año; haciendo desde ahora la salvedad de que todo lo que decimos con respecto al primero, es perfectamente aplicable al segundo. Lo mismo decimos de todo lo referente al método de enseñanza.

### EL CONTENIDO DE LA HISTORIA

Los historiadores griegos y los latinos no describen nada más que la vida política de los pueblos, limitando sus narraciones á las guerras, alianzas, vida de los príncipes, etc. Si se ocupan en otras manifestaciones de los organismos sociales es, simplemente de una manera incidental. Hay escritores clásicos que traen datos sobre asuntos no políticos, pero no son historiadores propiamente dicho, sino geógrafos y viajeros.

Los historiadores de las épocas medioevales, limitan, también, la historia, á lo biografía de los reyes y capitanes, de

los santos y de los papas. Con el renacimiento parece ampliarse el horizonte de la historia, aceptando como partes de la misma, manifestaciones de la vida social distinta de la política. Bacon, por ejemplo, después de distinguir tres modos en la historia humana: 1.º la sagrada ó eclesiástica, 2.º la civil propiamente dicha (política), y 3.º la de las letras y de las artes, habla de una historia civil mixta, que comprende los hechos políticos, la geografía, las producciones, la historia de ciudades, costumbres, climas, etc.

Mas estas ideas no influyeron de inmediato sobre los historiadores. En los siglos XVI y XVII siguen éstos haciendo historia de reyes y de guerras, y los críticos sólo se ocupan en los problemas referentes al estilo, á la condición social del historiador, á la medida dentro de la cual el autor debe decir la verdad de los sucesos, y al de si le es licito ocultar los que pueden producir en los súbditos falta de respeto y consideración á los príncipes. Sólo no entienden así la historia Bodin en el siglo XVI y Cordemoy en el siglo XVII.

Las ideas de Bacon logran gran aceptación en el siglo XVIII. Stellini, preceptista de ese siglo, concibe la historia de la humanidad como *Historia de la Civilización*. Voltaire tenía el mismo concepto de la historia. Muchas veces se quejó de que no se hiciera nada más que historia de los reyes, y de las guerras, olvidando en absoluto la de las leyes y de las costumbres. En el programa de historia que trazó en la *Remarques sur l'Essai* se ocupa en todas aquellas manifestaciones de la actividad de los pueblos que había estudiado en el *Ensayo*, aunque dando mayor predominio á la historia política. Se trata de hacer, dice textualmente, *la historia del espíritu humano*.

Los historiadores tomaron la nueva ruta con bastante resolución, dando cabida en las historias generales, además de la actividad política, al comercio, la agricultura, las artes, etc. Así Velli, en su *Historia de Francia*, estudia las instituciones, la legislación, los monumentos y las costumbres. Aparece también en los preceptistas del siglo XVIII, más ó menos explícito, el concepto democrático de la historia, es decir, la

idea de que ella no debe ser historia de los príncipes, sino de los pueblos.

En el siglo XIX la corriente crítica toma gran fuerza, sobre todo en Alemania, originando un movimiento poderoso en pro de la verdad histórica y del estudio directo y depuración de las fuentes. Los historiadores comienzan á aplicar las nuevas ideas. En 1826-84, Schlosser da á la imprenta su *Historia del mundo antiguo y de su civilización*; Guizot imprime igual carácter á sus cursos de 1828, 1829 y 1830, y luego Cantú, en su célebre *Historia*, consagra el derecho de las artes y de las ciencias á figurar en el relato de la vida de los pueblos.

Ese movimiento, seguido y ampliado por historiadores tan notables como Buckle y Macaulay, es el que sigue la ciencia histórica contemporánea. Pero la cuestión no está aún completamente resuelta, dado que no se ha podido desterrar, en absoluto, el concepto tradicional de los historiadores. Siempre quedan por resolver estas dos cuestiones: ¿en qué medida debe entrar en la historia general el estudio de la civilización, ó mejor dicho, de lo que no es política, y qué debe comprenderse bajo aquel nombre?

Los historiadores entienden de distinta manera el concepto moderno de la historia. La primera forma en que se acogió la nueva idea, fué sosteniendo el predominio de la historia política, y añadiendo, á modo de apéndices como asuntos secundarios, algunos capítulos dedicados á la historia del arte, de la religión, de la filosofía, etc. Otros estudian la vida entera de un pueblo en todos los órdenes de su civilización, pero con un fin puramente político, sentido, como hemos visto, tradicional entre los historiadores. Tal predominio de la parte política en la historia, se explica teniendo en cuenta el desarrollo preponderante que ha tenido en todos los tiempos la acción del Estado. Algunos, como reacción contra el aspecto externo que se da á la vida política, hacen, principal ó únicamente, la historia interna de ella. Ejemplo: la *Historia de la Humanidad* de Laurent. El autor hace historia interna y filosófica, dando por conocidos los hechos de la vida política externa.

Como caso de aplicación de las nuevas ideas á un libro de texto podemos citar la *Historia de la Civilización de Decon-dray*. El autor comete el error de estudiar casi exclusivamente la historia interna, dando muy poca importancia á la historia política externa.

El concepto moderno de la historia, dice Altamira, reposa sobre una base filosófica, sobre la consideración de la vida social como un *organismo* en que todas las partes y manifestaciones tienen valor propio y esencial; de lo que resulta que es necesario estudiar á los pueblos orgánicamente, en todos los aspectos de su actividad, y en todas sus distintas funciones, de las cuales una sola, la política, no puede reclamar, en absoluto, y para todos los casos, la supremacía real. Por el contrario, la actividad política externa, lejos de ser la causa de toda la restante actividad de los pueblos, es sólo resultado de distintas fuerzas interiores y está influida aún por aquellas que más extrañas le son en apariencia.

Ese sentido orgánico, dentro del cual cada uno de los elementos de la vida adquiere su propio valor, y ocupa el sitio que, relativamente á los demás y al todo, le corresponde, es el que falta inculcar en los historiadores modernos. «Todo lo que no sea, agrega textualmente el autor citado, (1) ofrecer al lector la impresión clara de la unidad de la vida social, está en rigor fuera del nuevo concepto de la historia, porque no basta añadir numéricamente, capítulos á capítulos, destinando cada uno á la historia particular de un ramo de cultura, (arquitectura, ciencias, ideas religiosas), si no se da á cada cual la significación é influencia que en general tiene, y más propiamente la que ejerciera en el pueblo ó época de que se trata, de donde ha de deducirse su papel en la historia y su relación con los demás elementos de ella. Sólo de este modo; resultará la unidad orgánica de la vida y de la civilización, y llegará á comprenderse cómo influyen, unos en otros, los diversos órdenes de la actividad humana y cuán imprudente es despreciar cual-

(1) RAFAEL ALTAMIRA. *La Enseñanza de la Historia*, página 130.

quiera de ellos, por creerlo sin importancia para el conocimiento de la verdadera historia».

El principio orgánico falla casi siempre en los historiadores modernos: en los unos, porque suprimen casi toda la historia política externa, en los otros, porque no guardan la debida proporción entre los diversos elementos de la vida de las naciones. En una historia general, aunque se llame *Historia de la Civilización*, no puede suprimirse la historia política. Pero hay que estudiarla conforme el proceso natural de su formación: es decir, empezando por su aspecto interno, (elementos que concurren á crearla, ideas, clases sociales, etc.), para que se vea con claridad la generación y el por qué del resultado externo, (los hechos políticos, revoluciones, guerras, etc.), que es lo que describen, hasta nuestros días, casi exclusivamente la mayor parte de los autores.

El concepto de la historia sostenido por Altamira es el que nos parece el más fundado de todos. El citado autor, con una gran amplitud de vistas, y huyendo de los extremos á donde van generalmente todos los innovadores, sienta un criterio verdaderamente científico para resolver el problema del contenido de la historia, haciendo resaltar la distinta relación de subordinación de todos los factores de la vida social, sin dar á ninguno de ellos preponderancia absoluta sobre los otros. Por eso aceptamos su doctrina como la más exacta de las expuestas, haciendo la salvedad de que el concepto orgánico que de toda sociedad parece tener el indicado autor no es en absoluto verdadero, porque, como lo sostiene con toda razón Spencer, hay sólo *analogía* entre la vida de una nación y la de un organismo individual. Esa *analogía* reposa sobre el hecho de serles comunes los principios fundamentales de la organización.

El otro problema que indicamos como pendiente todavía de solución es el que se refiere al alcance de la palabra *civilización*. La mayoría de los autores limitan el sentido de esa palabra al estudio de la cultura y del desarrollo material é intelectual de las naciones europeas,—apreciadas como tipo absoluto de progreso, excluyendo el aspecto militar y polí-



tico de las mismas, tal como se entendía antes. Quedan, con ese criterio, fuera del campo de la historia infinidad de hechos importantísimos que en otros tiempos se estudiaban, y, además, aquellas naciones, como por ejemplo la China, cuyo tipo de cultura se diferencia profundamente del europeo.

Ese criterio es limitado. No se puede prescindir al estudiar la historia de la *civilización* de un país, de narrar los hechos externos, militares, dinásticos, etc., por intermedio de los cuales, se revela al mundo la energía de las instituciones y de los hombres, y la fuerza de expansión de los pueblos. Tampoco se puede prescindir en un cuadro de la civilización universal, ni del estudio de aquellos países que se encuentran en un lugar inferior en la escala del progreso, ni del de los tipos de civilización completamente distintos del nuestro.

#### NOVISIMOS CONCEPTOS DE LA HISTORIA

El grandioso desarrollo de los intereses económicos en los tiempos modernos ha llevado, á diversos autores, á establecer nuevas teorías sobre el concepto de la historia. Algunos, como Rogers, <sup>(1)</sup> sin llegar á afirmar que los hechos económicos de un país constituyan toda la historia del mismo, sostienen que el omitir ó descuidar su estudio «equivale á condenar la historia á la esterilidad, quitándole toda base sólida y verdadera».

Otros reducen toda la vida de un pueblo á los hechos económicos. De este concepto ha nacido la llamada «Teoría materialista de la historia». «Con respecto á la concepción materialista de la historia, dice Pareto, <sup>(2)</sup> encontramos dos interpretaciones: la interpretación popular, y la interpretación de los sabios. Según la primera, la concepción materialista de la historia consiste en explicarlo todo por las condiciones económicas de un pueblo, su historia está enteramente determinada por esas condiciones. Se agrega

(1) THOROLD ROGERS. — *Scndido económico de la historia*, página 31.

(2) PARETO. — *Los Sistemas socialistas*. Tomo II, página 296.

» frecuentemente en *último análisis*, para evitar objeciones  
» que se presentan inmediatamente al espíritu». «La interpretación sabia, agrega después, de la concepción materialista de la historia nos aproxima más á la realidad y tiene todos los caracteres de una teoría científica. Ella se confunde de hecho con el determinismo histórico, y ve en la historia hechos cuyas relaciones se trata de descubrir. La concepción materialista de la historia es, desde este punto de vista, simplemente la concepción objetiva y científica de la historia».

No hay duda alguna de que muchos de los hechos históricos se explican por los factores económicos. Creo también que el valor de estos últimos en la historia de los pueblos irá aumentando cada día más. Para demostrar esa importancia Rogers, <sup>(1)</sup> recordado anteriormente, cita el siguiente caso: «En los siglos XII y XIII eran muchos los caminos que servían para transportar hacia el Occidente los artículos del Indostán, ávidamente buscados para sazonar la alimentación grosera, y á veces indigesta, de nuestros antepasados. Los principales puertos adonde afluan para su embarque esos géneros eran Seleucia, en el Levante, Trebisonda en el Mar Negro y Alejandría. Los mercaderes genoveses y venecianos iban á buscarlos y los reexpedían por los Alpes, hacia el Rin y el alto Danubio. De ahí la prosperidad de las ciudades que como Ratisbona, Nuremberga, Brujas y Amberes estaban situadas al paso de esta corriente comercial, angosta, pero fecunda. Poco á poco todas esas rutas fueron cortadas por los bárbaros que asolaban el Asia Central, y que, todavía están acampados al norte de Grecia y en el Asia Menor. El camino de Egipto fué el único que quedó abierto, pero cuando Selim I, (1512-1520), sultán de los turcos, fué á ocupar aquel país, después de haber conquistado la Mesopotamia, y las ciudades santas de Arabia, la prosperidad industrial de Alejandría quedó destruida y Egipto dejó de ser el gran camino para el Indostán.

(1) ROGERS. — Obra citada, página 30.

» Resultó de esto una alza repentina y formidable de todos  
 » los productos del Oriente, alza que me llamó la atención, y  
 » que he sido el primero en atribuir á la conquista de Egipto.  
 » Cerrada esta fuente de prosperidad las ciudades italianas  
 » comenzaron á decaer. Los señores alemanes, que habían  
 » adquirido el derecho de ciudadanía en las ciudades libres,  
 » quedaron empobrecidos y se indemnizaron saqueando á sus  
 » vasallos, los cuales se sublevaron provocando la guerra  
 » feroz de los aldeanos, seguida de una represión no menos  
 » cruel y del nacimiento de las sectas salvajes, que deshon-  
 » raron la Reforma».

Peró de conceder gran importancia en la historia de un pueblo á los hechos económicos, á sostener que toda ella queda reducida á estos últimos, hay una gran distancia. Existen hechos en la vida de los pueblos, cuyo origen no puede buscarse, de ninguna manera, en los factores económicos. Los factores de orden ideal tienen también gran importancia, y son los únicos que pueden explicar muchas de las grandes revoluciones de la humanidad.

Además, si las condiciones económicas determinan los otros fenómenos sociales, éstos, á su vez, obran sobre aquéllas. ¿Y por quién son ellas determinadas? No se puede sostener que sean anteriores á la formación de toda sociedad. Lo que hay en el fondo entre las condiciones económicas y los demás fenómenos sociales es una relación de mutua dependencia. Pero de ahí no puede sacarse la consecuencia de que las primeras sean las causas de los segundos.

Estas conclusiones no constituyen un obstáculo para que se sostenga, con fundamento, que en ciertos instantes de la vida de los pueblos, los factores económicos soportan solos, como dice elocuentemente el autor de *La ciudad indiana*, todo el peso de la historia.

El agregado que hace la teoría de que es « en último análisis que todo se reduce á los factores económicos, no salva los inconvenientes de la misma. ¿Hasta qué época debemos remontarnos para estar convencidos de haber realizado el último análisis? No se conocen tan perfectamente los tiempos

prehistóricos del hombre, ni hay probabilidad, como dice Spencer, de que los conozcamos jamás, para poder explicar los hechos que pasan ante nuestros ojos por los que se realizaron en aquellas remotas edades.

La conclusión práctica que se saca de este ligero resumen sobre la teoría materialista de la historia es que, si bien ella es errónea como explicación de todo el contenido de la historia, ha hecho resaltar, con entera justicia, la gran importancia de los factores económicos en la vida de las naciones. Al estudiar la historia de un país no puede hoy ningún historiador serio, prescindir de examinar, atentamente, aquellas manifestaciones.

Edmond Demolins, autor de la célebre obra *À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, en el programa de estudios de *L'école des Roches* hace figurar unidos el estudio de la geografía y el de la historia. Explicando esa parte de su programa dice (1): « La geografía, tal como la han aprendido los hombres de mi edad, no era más que una árida nomenclatura de montañas y de cursos de agua, de villas y de divisiones administrativas, en una palabra, de términos más ó menos difíciles de retener, que no hacían más que atravesar penosamente la memoria sin gran resultado para la instrucción. Progresos laudables se han realizado desde esa época, pero desgraciadamente se han reducido principalmente á sobrecargar esta ciencia de nociones nuevas, sobre todo económicas, mucho más que á esclarecerla, verificarla, mostrando las relaciones estrechas que existen entre los fenómenos puramente geográficos y los diversos elementos de la sociedad humana. La geografía es esencialmente el estudio del lugar físico, mas cada lugar influye directa y necesariamente sobre las formas del trabajo, de la propiedad, de la organización familiar, de la organización administrativa, sobre la raza misma cuyas aptitudes son modificadas en tal sentido, ó en tal otro. La ciencia social ha arribado en el día de hoy á determinar esas relaciones y las precisa

(1) Edmond Demolins. — *L'Éducation nouvelle*, página 194.

» cada día más. Pero la influencia ejercida por el lugar actual  
 » no es única, ella está más ó menos modificada por la forma-  
 » ción anterior de la raza, es decir por su historia. La for-  
 » mación anterior de una raza puede hacerla más ó menos  
 » apta para luchar contra las dificultades de un lugar deter-  
 » minado y para transformarlo. Esto lleva á sostener que el  
 » hombre está sometido á dos influjos: desde luego á las con-  
 » diciones *actuales* del lugar, he ahí la *geografía*; después á  
 » las condiciones anteriores del lugar ó de los lugares que sus  
 » antepasados han atravesado, he ahí la *historia*. La diver-  
 » sidad de las razas humanas no tiene otro origen esencial  
 » que la diversidad de los medios en los cuales cada raza  
 » ha debido evolucionar; sea en el pasado, sea en el presente.  
 » La geografía y la historia, así estrechamente combinadas,  
 » tienen por objeto justificar esa diversidad, tienen por fin  
 » explicar el hombre y las sociedades; ó en otros términos las  
 » distintas agrupaciones humanas, examinadas desde todos  
 » los puntos de vista. Ellas son, por excelencia, los funda-  
 » mentos de la ciencia del hombre y de la sociedad: la ciencia  
 » social ».

Con arreglo á las doctrinas expuestas, Demolins ha escrito, posteriormente, una obra para servir de base á la enseñanza de la geografía y de la historia en *L'école des Roches*. En esa obra titulada « *Comment la route créa le type social* » el escritor sostiene la tesis de que la *causa primera y decisiva de la diversidad de los pueblos y de las razas es la ruta que los pueblos han seguido*. En lo que se refiere al continente americano el indicado libro trae dos capítulos interesantes: el 3.º y el 4.º, dedicados, el primero, á estudiar la ruta de las « *Tundras* » y de las sabanas, y el segundo, la ruta de las forestas. Las primeras han creado, según el autor, los tipos lapón, esquimal y el piel roja; y la segunda los tipos indio y negro.

Sin entrar á discutir extensamente si bastan las rutas que los pueblos han seguido al través del tiempo para explicar la diversidad de sus caracteres, y sin negar la gran influencia del medio en el desarrollo de la civilización, nos parece erróneo sostener, como lo hace Demolins, que la misión de la

historia sea solamente estudiar las *condiciones anteriores* del lugar, ó de los lugares, por donde han atravesado nuestros antecesores. Es establecer el fatalismo del medio, al cual debe estar la humanidad nuevo Prometeo, siempre encadenada. Por el contrario la ciencia demuestra que el hombre, á medida que se civiliza, va dominando cada vez más el medio, y que en muchos casos, llega, con sus esfuerzos, á introducir serias variaciones en él.

Además, Spencer ha demostrado, de una manera acabada, en sus *Principios de Sociología*, que los fenómenos sociales dependen no solamente de los factores externos, sino también de la naturaleza de los individuos. En esa obra estudia el célebre filósofo, además de los factores originarios extrínsecos, que son los únicos á los que concedo importancia Demolins, los factores originarios intrínsecos, es decir los caracteres físicos, emocionales ó intelectuales del hombre.

La historia pues, sobre todo la de los tiempos modernos, no puede limitarse á explicar las condiciones *anteriores* de los lugares que han ocupado las agrupaciones humanas.

Explicar así una historia es mutilarla, es reducirla á estudiar uno sólo de los múltiples factores que permiten dar la razón de lo pasado y lo presente de las razas, y adivinar, entre las nieblas de lo futuro los secretos de su porvenir.

*Otros caracteres de la historia moderna.*— Antes de pasar adelante haremos conocer otros caracteres de la historia moderna para que sirvan de complemento al capítulo sobre el contenido moderno de la historia. Nos ocuparemos brevemente y por su orden, en la influencia que ejerce el medio físico, en la determinación del sujeto de la historia humana y en el modo de concebir la unidad de la historia.

*El elemento natural en la historia.*— Dijimos que es una de las características de la historia moderna el estudio de la influencia que ejerce el medio físico, y en especial las condiciones geográficas, sobre la vida de las sociedades. Buckle, en su *Historia de la Civilización en Inglaterra*, sostiene la influencia marcada del *clima, el suelo, los alimentos y el aspecto general de la naturaleza*. De los dos primeras depende la pro-

ducción y distribución de la riqueza inicial, formada por los productos naturales, y de rechazo el aumento de población y las jerarquías políticas. El último, que comprende la vegetación, el relieve y los fenómenos meteorológicos, condiciona el desarrollo de la imaginación ó del entendimiento.

Altamira clasifica en tres grupos las influencias ó elementos del medio natural que hoy se estudian: 1.º *Astronómicas* (más bien meteorológicas); en primer lugar la temperatura, cuya innegable importancia resalta en este principio defendido por Buekle: «La civilización sólo es posible en las zonas templadas». Esto no es verdad sino en los primeros grados de la evolución social. 2.º *Físicas*, las líneas de temperatura igual varían en razón del relieve del suelo, la proximidad del mar, las corrientes, etc. Debe reconocerse, pues, la importancia de estos elementos, no solamente sobre la temperatura, sino también porque determinan la distribución de las aguas, la comunicación al través de las cordilleras, y el genio y las aficiones de los pueblos.

Influyen también en las condiciones generales del suelo su constitución geológica, y por consecuencia, los elementos mineralógicos que entran en su composición, los que fijan las condiciones que para la agricultura tienen las tierras, y hasta las industrias y artes de más inmediata necesidad en todos los pueblos.

3.º *Influencias botánicas, zoológicas y etnográficas*: Se incluyen aquí la fauna y la flora de una civilización y la influencia que ejercen sobre los grupos humanos: pueblos pastores, cazadores, etc.

La cuestión del respectivo valor del elemento natural y del humano, y la fuerza de reacción que cabe suponer en los grupos sociales frente á las condiciones físicas que los rodean, origina dos grandes escuelas históricas: la *geográfica* y la *etnográfica*. La 1.ª atribuye el predominio en la historia al *medio físico*; la 2.ª á la *raza*.

Las consecuencias prácticas de todo este orden de estudios en la enseñanza de la historia, pueden reducirse á cuatro. La 1.ª consiste en sostener la necesidad del estudio geográ-

fico de un país como antecedente al examen histórico de el pueblo ó de los pueblos que en él han vivido; la 2.ª, se refiere á la cartografía histórica, la que no debe contener solamente la cartografía política, sino también la geográfica, y los cuadros geológicos; la 3.ª, obliga al estudio del escenario histórico, lo que comprende las visitas al lugar de los sucesos, y la 4.ª y última, compele al estudio del tipo físico ó intelectual de los pueblos ó razas.

*El sujeto de la historia*.—Ha variado también mucho la manera de concebir el sujeto de la historia. Desde la edad media, la historia se refería siempre á los reyes, á los príncipes, pero nunca á los pueblos. Esto provenía en parte de la ignorancia con respecto á la forma en que se desarrolla la vida de las sociedades, y en parte de las doctrinas políticas que resumían toda la vida de un país en sus gobernantes. La Revolución Francesa llamando á la vida pública á todas las clases sociales, dándoles la intervención que legítimamente deben tener, rompió, de hecho con aquella tradición errónea. La sociología ha completado la obra, haciendo notar la importancia de los distintos elementos que forman el organismo social, y la mutua dependencia en que se encuentran los unos con relación á los otros.

En nuestros días un historiador no puede pretender haber escrito la historia de un país, narrando, solamente, la vida de sus reyes. Debe historiar la vida de todo el pueblo, incluyendo como una de las tantas partes de la misma, el estudio de sus gobiernos.

*La unidad de la historia*.—De dos maneras se ha entendido la unidad de la historia humana. Como *unidad psicológica*, fundada en la constante igualdad del sujeto histórico, y como *unidad mecánica* de repetición uniforme de los hechos. Según la idea moderna la unidad de la historia tiene carácter de evolutiva, es, dice Altamira, «la unidad de sustancia del *germen* que se desarrolla en una serie de posiciones ó estados indefinidos de evolución, los cuales muestran un cierto sentido y dirección general que es su ley. De aquí resulta la continuidad, no interrumpida, del desarrollo en el tiempo;

• y por tanto la dependencia en que el momento actual se encuentra con respecto á los precedentes, sin cuya herencia • y fuerza adquirida no podría explicarse ».

*El material para la enseñanza de la historia.* — De los conceptos indicados anteriormente dependen muchas de las cuestiones capitales sobre la enseñanza de la historia. Nos ocuparemos en primer término, en la referente al *material*, á las *fuentes* de conocimiento.

Habiendo variado el concepto de la historia ha cambiado también, á lo menos en extensión, el concepto de las fuentes. Mientras la historia tenía por misión describir la vida de los reyes y las batallas, bastaba para su enseñanza el libro de texto, y algún cuadro genealógico y cronológico. Pero con el amplísimo concepto moderno de la historia, y con las exigencias pedagógicas, se ha producido un aumento rápido, en extensión, del material utilizado para la enseñanza de la historia.

Forman la materia histórica los hechos; ya externos, ya internos exteriorizados, del pueblo ó de los pueblos cuya vida se estudia. ¿Por qué conductos podemos conocer esos hechos? Tan sólo por dos: ó porque los *remos* nosotros mismos, ó porque nos los *cuentan*; ó en otras palabras, por la observación *propia* ó por la *ajena*. Una y otra pueden recaer sobre hechos *contemporáneos* ó sobre hechos *pasados*, con la diferencia de que la observación propia no puede recaer, en lo que se refiere á lo *pasado*, nada más que sobre las *cosas*, (monumentos, estatuas, etc.), y en parte sobre las *ideas*, pero no sobre los *actos*, porque estos no se repiten. Para conocerlos hay que acudir al relato ajeno.

El material para la enseñanza de la historia podemos pues reducirlo á dos grupos: *cosas* que estamos en situación de ver por nosotros mismos, lo que nos ofrece el *objeto* histórico en su propia realidad, (fuentes objetivas); y *testimonio ajeno*, que nos ilustra sobre los *hechos* y las *cosas* que no nos es dado observar directamente (fuentes subjetivas).

Las fuentes *objetivas* son superiores como medio de investigación histórica á las fuentes *subjetivas*, de donde resulta clara la superioridad de los *monumentos* y de los *documentos*

*originales* sobre las *narraciones* que se basan en unos ú otros, y que son simplemente productos del trabajo mental hecho con los datos que suministran directamente aquellas fuentes. Y esto porque las primeras son la historia misma, las cosas y hechos que, por sí solos, se muestran ya realmente, ya por medio de representaciones ó interpretaciones. Los libros de historia doctrinales son siempre provisionales, porque basándose en la observación de las fuentes, y siendo estas inagotables, resulta que el encuentro, en cualquier instante, de nuevos documentos ó de nuevas cosas, puede hacer variar por completo las conclusiones sostenidas en la narración. Deben pues, emplearse, en primer término, como fuentes de investigación todos los materiales *objetivos*, comprendiendo en ellos, en segundo lugar, la *tradicón verbal* colectiva. Sólo después de agotados los materiales *objetivos* se estudiarán los de carácter *subjetivo* (historias, narraciones, etc.); teniendo la precaución, para darse cuenta de la importancia de los mismos, de examinar las condiciones de veracidad del autor, y los medios de información que tuvo presente para trazar su relato. El supremo arte del historiador, en cuanto al uso de los materiales, consiste en tomar en cuenta á todos ellos, pero proporcionando su empleo según la naturaleza del punto que se estudie.

*Aplicación del material de enseñanza.* — Conocida la clasificación del material histórico, corresponde hacer su aplicación pedagógica, indicando el que más se preste para la enseñanza.

No hay otro modo natural de aprovechar para la enseñanza de la historia todas las cosas que constituyen el *material objetivo* que acudir á las mismas. Subsidiariamente viene la *representación* de ellas.

Indiquemos con la mayor brevedad los grupos de material, y en cada uno los modelos mejores.

*Objetos reales.* — Los restos de las civilizaciones muertas, y de los tiempos pasados, se encuentran, por lo general, en los museos públicos y en las colecciones privadas. Los museos ricos y bien ordenados se prestan para el conocimiento *directo* de las cosas, lo que se consigue por medio de las *excursi-*

siones. En la segunda enseñanza todos los autores reconocen la necesidad de ellas. El Museo Pedagógico de España ha ido todavía más allá: ha organizado series de historia de la civilización en los museos. Con tal fin los alumnos van con su profesor á ellos, y allí, delante de los objetos mismos, se explica el tema de la lección.

El mismo servicio que los museos pueden prestar los archivos y bibliotecas donde se guardan manuscritos, códices, etc. Si los objetos históricos consisten en monumentos conservados, la *excursión* tiene que dirigirse al lugar donde se encuentran. Se examinarán además, el relieve del suelo, los accidentes geográficos, etc. Debe recordarse, por último, entre el material directo utilizable la tradición oral, y la de actos,— ó sean las supervivencias de hechos sociales,— las cuales pueden recogerse mediante la observación, ó aprenderse en los trabajos de las sociedades de Folk-Lore, especialmente dedicadas á ello.

*Representaciones.*— Hay muchos casos en que no es posible observar las cosas mismas de donde deriva el conocimiento, ya sea por no haber museos, ó por no encontrarse algunas en ellos. En tales circunstancias se acude á la representación, la que se obtiene por medio de los *raciados, las reducciones, los dibujos, los cuadros históricos y las fotografías*. De la observación del medio físico, nace también mucho material, ya mediante el examen del terreno, ya en razón de su representación llevada á cabo con los mapas geográficos, histórico-políticos, etc. En materia de cartografía han de figurar, ante todo, los mapas geológicos y los físicos. También formarán parte de ella los *histórico-políticos*.

Recordaremos por último, el material de la historia propiamente dicha, ó sea de la historia de los hechos humanos, material que se conoce con el nombre de *Cuadros históricos*. Representan escenas memorables de la vida de los pueblos, retratos de héroes, personajes, etc.

*Fuentes literarias originales.*— Algo de las fuentes literarias originales entra en la segunda enseñanza por medio de las *lecturas históricas*. Pero dado el carácter de esa rama de la

enseñanza, no puede exigirse á los estudiantes de la misma el manejo de las fuentes. La misión del profesor debe limitarse á hacerles conocer el *valor y la existencia* de las mismas. Seignobos recomienda que se forme una colección escogida de textos históricos para la segunda enseñanza.

*El libro en las clases de historia.*— El libro puede entrar á dos títulos en la clase de historia: ó como colección de documentos originales, de narraciones, etc., ó como producto de un estudio y reflexión anterior, presentado bajo la forma de un tratado completo ó de una monografía. Figura entonces en la enseñanza como libro de texto ó como obra de consulta.

En el primer caso el libro constituya una fuente inmediata de conocimiento; en el segundo sólo una fuente mediata que no puede sustituir en absoluto la tarea de estudiar las primeras. La educación histórica debe llevarse á cabo, con preferencia, sobre las fuentes mismas, y no sobre el libro doctrinal, que no es más que una interpretación y exposición hecha por sus autores de los conocimientos y de sus fuentes directas.

El libro de texto, dice Altamira, tiene dos graves inconvenientes: primero, ser por lo común, obra de tercera ó cuarta mano, escrito de prisa y con fin comercial más bien que científico; segundo, el carácter dogmático, cerrado, y seco con que pretende «contestar á las preguntas del programa». Por otra parte se limita generalmente á describir los hechos externos de la vida política. Es claro que no todos merecen esas censuras, porque hay manuales de nuestros días inspirados en los consejos de la pedagogía y de la crítica histórica.

Además de ser exactos deben contener los manuales la *historia de la civilización* y desprenderse del cúmulo de datos inútiles sobre la historia militar y política, limitándose á trazar las líneas fundamentales y las síntesis de la evolución de las sociedades.

La función del libro de texto ha variado mucho. Antes el libro lo era todo, y la misión del alumno consistía en aprenderlo de memoria. Hoy no es nada más que un auxiliar de la lección oral, sin más importancia que la de suprimir los

apuntes de clase y la de ofrecer al estudiante un lugar de referencia para las fechas, nombres, números, etc., cosa que es difícil, é inútil, aprender de memoria.

Pero aun con ese carácter de auxiliar no desaparecen los inconvenientes del libro de texto, y para obviarlos se ha apelado á las *Lecturas históricas*, adoptadas oficialmente en la segunda enseñanza francesa. « Este libro, dice Lavisse, (se refiere al de *Lecturas históricas*), no presentará, como el manual, la completa sucesión de los hechos, no será un compendio de historia universal, ofrecerá, describiéndolos, los grandes sucesos, las costumbres, las instituciones, con las biografías ó retratos de los personajes más notables. Cada uno de los capítulos se corresponderá con una lección del programa. Los alumnos lo leerán antes de clase y el profesor deberá asegurarse de que así lo han hecho, resumiendo por su parte, y á grandes rasgos, el capítulo, y presentando familiarmente, pero en buen orden, las observaciones y juicios oportunos ».

*Método de enseñanza de la historia.* — Explicado el material de enseñanza de la historia vamos á tratar ahora del *método* según el cual ha de utilizarse y lograr el resultado científico que se desea.

En cuanto al tiempo que ha de consagrarse á la enseñanza de la historia, los principios de pedagogía aconsejan que al sistema reinante de destinar, por ejemplo, en el período de bachillerato un año, ó dos, á la historia universal y un año ó dos á la historia del país, se sustituya el de dar *todos los años* clases de historia, de manera que el estudiante tenga ocupada constantemente su actividad por aquel género de estudios. El programa, pues, ha de ser *integral*.

¿Pero cómo se organizará interiormente su contenido? ¿Deberá repartirse toda la materia de modo que á cada año corresponda una parte, y sólo al final del último quede completo el estudio, ó por el contrario se estudiará en cada curso toda la materia, para repetirla en los sucesivos? Queda así planteado el problema de lo que se llama *programa cíclico* ó concéntrico. La opinión dominante, por lo que toca á la his-

toria, es favorable al programa *cíclico*, es decir al estudio íntegro de la materia en cada uno de los años y á su repetición en los sucesivos, empezando por un cuadro muy elemental, pero completo, y aumentando, año tras año, los datos y los pormenores.

Examinemos, ahora, la cuestión del programa ó *método regresivo*. ¿Debe empezarse la historia, por la época contemporánea, para remontar regresivamente á los tiempos más alejados de nosotros? En Bélgica se sigue un método hasta cierto punto *regresivo*. Se comienza el estudio de la historia por los sucesos contemporáneos, para subir hasta 1830 en que se fundó la nacionalidad, y luego hasta 1789. En Portugal se aplicó el sistema, pero con resultados negativos.

Altamira aconseja este método para las escuelas primarias. Fúndase el mismo, según el citado autor: « en la exigencia lógica y psicológica, á la vez, de que el punto de partida en todo estudio sea próximo ó inmediato al sujeto. Para que una cosa desconocida científicamente llegue á serlo, y se comprenda su verdadero sentido de realidad, es preciso llegar á ella por intermedios conocidos, por ecuaciones sucesivas, que sustituyan términos de conocimiento reflexivo ó mediato, á las intuiciones de la experiencia inmediata del alumno. Sólo de este modo podrá el sujeto interesarse en la obra y proceder lógicamente en ella ». Pero fuera de la enseñanza primaria el programa natural (el de orden cronológico), se impone, concediendo, en él, gran parte á la historia contemporánea, y en todos los períodos á la historia nacional.

En cuanto al contenido del programa, aconseja el autor recordando, que se tome su esquema de cualquiera de los manuales modernos, por ejemplo del de Seignobos.

*Método y procedimientos.* — ¿En qué forma se desenvolverán los principios expuestos? Cabe hacer, ante todo, la observación general de que no debe exigirse demasiado del estudiante lo que se consigue reduciendo el contenido de los programas, los cuales se limitarán si son de historia, á tomar en cuenta de los hechos, los más significativos é importantes.

Lo primero que debe buscarse en la enseñanza de la historia es que el estudiante adquiera interés por ella, para que después concorra espontáneamente con su trabajo personal. La narración debe ser pintoresca, animada, llena de color y de vida, pero sin galas oratorias, teniendo siempre por fundamento la verdad de los hechos. El material debe constituir la base de toda lección, comprendiendo en él, no sólo los objetos naturales y los creados por la industria para sustituirlos, sino también todas las representaciones gráficas que el profesor y los alumnos puedan hacer, por ejemplo: dibujos, croquis, calco de mapas, etc. En los Estados Unidos se utilizan, en la segunda enseñanza, las fuentes literarias originales, aunque traducidas.

¿Qué papel respectivo deben jugar la actividad del maestro y la del discípulo en las lecciones de historia? Aquí hay encerradas dos cuestiones: la relativa a la forma de la lección, y la que se refiere al trabajo de los alumnos.

Con respecto a la primera lo que se discute es si la enseñanza debe ser oral, ó tener por base predominante el libro de texto. La cuestión parece decidirse del lado de la enseñanza oral. Y esto porque, dice con toda razón Altamira: «si las explicaciones han de tener carácter intuitivo, si se ha de utilizar el material adecuado para ello, si el alumno ha de intervenir activamente en el todo el trabajo, la enseñanza tiene forzosamente que ser, en gran parte oral».

Pero no puede prescindirse del libro, salvo en los primeros años de la enseñanza primaria. El uso exclusivo del método oral tiene dos grandes inconvenientes: primero, no basta para la instrucción del estudiante, porque las lecciones orales se olvidan rápidamente; segundo, obliga a tomar numerosos apuntes de clase, lo que constituye un trabajo fatigoso. Debe considerarse el libro como la base precisa de los conocimientos concretos que en un momento dado convenga recordar.

Con respecto a la combinación de las explicaciones orales y del libro de texto, Seignobos propone el plan siguiente: lo primero será la explicación del maestro, el examen de las

cosas y del material de enseñanza. Después vendrá la lección *aprendida* en el libro, la cual no debe ser más que un resumen posterior que ofrezca lo indispensable en datos, pero no en juicios, y sobre todo lo que no puede, ni debe, decir el profesor por no recargar sus explicaciones. La única forma en que el libro ha de *preceder* será en la de *lecturas*, como las usadas en la segunda enseñanza francesa.

La participación activa del estudiante de historia, en la segunda enseñanza, se reduce a lo siguiente:

1.º *Extractos de lecturas*. — Son útiles como medio de concretar el pensamiento y motivo para leer libros.

2.º *Los temas escritos*. — Pueden ser el desarrollo de un punto indicado por el maestro, el juicio sobre un personaje célebre, etc. Han de ser breves para evitar fatigas al estudiante y al profesor.

3.º *Calco y dibujo de mapas, croquis, etc.*

4.º La atención y colaboración del estudiante estarán constantemente solicitadas en la clase por medio de las preguntas del profesor, las que deben tender a provocar la reflexión, y a hacer notar la importancia de los hechos ó de las ideas. La clase, dice Altamira, debe ser, dentro de lo posible, una *conversación*.

5.º *Lectura de los clásicos y de las fuentes originales*, no con el fin de que aprendan en ellos los estudiantes excesiva cantidad de datos, sino como preparación para que sepan utilizar aquellos elementos.

6.º *Las excursiones* ó paseos históricos.

En cuanto a la misión personal del profesor diremos que ella consiste en combinar y aplicar el método y los procedimientos de enseñanza descritos, a los diversos casos, de modo que resulte una lección apropiada. No hay reglas que comprendan todos los casos. Los únicos consejos que debe tener presente el profesor son: en cuanto al *lenguaje* no usar galas oratorias, sino elocuencia natural y objetiva que hiera la inteligencia y el sentimiento; en cuanto a la *explicación*, procurar la comparación entre lo antiguo y lo moderno para hacer comprender las diferencias; en cuanto al *material*, usar de él siempre que



pueda y en la mayor cantidad posible — procurando naturalmente que el número no perjudique á la claridad; y en cuanto al *tono* que no sea a frío y cansado, sino caluroso y entusiasta.

APLICACIÓN DE LOS PRINCIPIOS RECORDADOS, A LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA AMERICANA

Nos toca ahora a aplicar, cumpliendo con lo prometido en la explicación preliminar, los principios anteriormente expuestos sobre la enseñanza de la historia en general á la enseñanza de la *Historia Americana* en el país. Y decimos de la Historia Americana porque el programa que luego exponremos, y que es el que en nuestra opinión debe regir para la enseñanza de esta materia, es un programa de *Historia Americana*, y no, como el que ha regido hasta ahora, un programa de *Historia Americana y Nacional primer año*.

Entendemos que es preciso dedicar un año completo, *exclusivamente* al estudio de la *Historia Americana*, y otro año cuando menos, al estudio de la Historia Nacional. El programa que actualmente rige para la enseñanza de esas materias ofrece, al estudiarlas juntas, en cada año, serios inconvenientes.

En primer término no estudia *toda* la Historia Americana. De algunas naciones, por ejemplo de las que hoy forman las repúblicas de Centro América, no se ocupa nada más que en la conquista y de las mayoría sólo trata hasta el período de la independencia.

Ahora bien, lo que ante todo nos parece indispensable es que se estudie la historia de las naciones americanas desde el descubrimiento y conquista hasta su independencia y organización política, y de algunas de ellas, de los Estados Unidos y de las repúblicas del Brasil, de la Argentina y de Chile, hasta nuestros días. Esto debe hacerse en un año. El curso se titulará de *Historia Americana*. De él debe suprimirse todo lo relativo á la Historia Nacional, para hacerlo objeto de un estudio aparte en otro curso, que se dominará de Historia Nacional. Tal división está establecida en los programas que para el estudio de estas materias rigen en los Colegios Na-

cionales Argentinos según el plan de 6 de mayo de 1902. Dedicar dos años á la Historia Argentina, examinándola hasta nuestros días, y un año á la Historia Americana, excluyendo naturalmente de esta todo lo relativo á la historia de aquella república.

La reforma que proponemos ofrece serias ventajas. En primer lugar permite examinar, con más amplitud, la historia de todas las repúblicas americanas, realizando así el ideal de que todo americano conozca la historia de América. En segundo lugar estudiando hasta nuestros días la historia de los Estados Unidos, contribuirá á hacer conocer entre nosotros á aquel país extraordinario, escuela fértil en enseñanzas políticas, sociales y económicas, no sólo para las naciones del Nuevo Mundo sino también para las de la vieja Europa, las que tratan ya de coligarse para resistir al predominio comercial de la poderosa nación, que ha sabido imponer como regla de Derecho Internacional Público la doctrina de Monroe, y á quien un publicista eminente, James Bryce, en su obra «La República Americana», considera, con razón, como la tierra del porvenir. Respondiendo á la misma necesidad es que el programa de los Colegios Nacionales Argentinos obliga, al ocuparse en los Estados Unidos, á hacer una reseña de los progresos institucionales, industriales, científicos y literarios alcanzados por aquella nación hasta el presente.

Es también utilísimo estudiar hasta nuestros días, como se propone en el programa, la historia del Brasil, de la Argentina y de Chile, las tres naciones más poderosas de la América del Sur. Así se explicarán los progresos de las mismas, la razón de sus diferencias características y las aspiraciones, más ó menos fundadas, de algunas de ellas á la hegemonía.

Además, la reforma que proponemos permite dedicar preferente atención á la historia nacional. Y esto último, sobre todo, es absolutamente indispensable. Hay que revisar archivos y bibliotecas, para sacar de ellos los documentos, las memorias y las correspondencias que todavía no se conocen,

y publicarlos después de una seria y prolija depuración. Es el trabajo que llevan á cabo las naciones más adelantadas, por ejemplo Alemania y Francia.

Esas publicaciones, unidas á las que ya se han hecho, y se hacen en meritorios libros y revistas, y á los estudios parciales que han visto la luz, hasta el presente, constituirán el material con el que algún escritor genial levantará, en lo futuro, el edificio *completo* de nuestra historia. Ese escritor debe ser uruguayo, porque, como dice un autor con toda razón, cada pueblo tiene el deber de que uno de sus hijos escriba su propia historia.

Escrita esa obra, se disiparán grandes errores, fulgurarán más algunos héroes y se oscurecerán otros. Pero cada uruguayo conocerá lo pasado de su país, se explicará, de una manera científica, la causa de los males y de los progresos de lo presente, y tendrá fe en el porvenir de nuestra patria, que no por ser pequeña ha dejado de realizar, en pocos años, progresos tan sorprendentes que causan, con toda justicia, al observador imparcial, admiración.

Explicada así la materia de nuestro programa, aplicaremos á ella los principios expuestos sobre la enseñanza de la historia universal.

Debe procurarse, en primer término, y dentro de lo posible, que el curso de *Historia Americana* sea un curso de *Historia de la Civilización Americana*. Hay que ocuparse en un buen programa de aquella materia; no solamente de la *historia política* de las repúblicas americanas, sino también de la historia de sus artes, de sus ciencias, de sus instituciones, etc. Y esto debe hacerse sin dar á una de esas manifestaciones de la vida de los pueblos preponderancia absoluta sobre las otras, y haciendo notar la relación íntima que existe entre todas ellas. Queda dicho con lo expuesto que la *historia americana* tiene que ser historia de las colonias y repúblicas americanas y no sólo historia de sus virreyes y presidentes.

Hay que estudiar también la geografía de América, su cartografía histórico política, el lugar de los sucesos, las razas

que la han poblado, el sitio ocupado por los distintos pueblos, la ruta que han seguido en sus transmigraciones, y los factores de naturaleza económica.

Desde el punto de vista del estudio de los territorios que han ocupado los pueblos es interesante observar si los lugares que han servido de asiento á los imperios de los aztecas y de los incas contribuyen, ó no, á confirmar la exactitud del criterio de Buokle, recordado en el curso de este trabajo. El estudio de los factores económicos tiene grandísima importancia si se observa la profunda revolución económica, que originó el descubrimiento de América, y si se tiene presente que, como dice Estrada, (1) «el objetivo de la conquista era fundar establecimientos mercantiles amoldados á los principios y preocupaciones corrientes en política y economía.»

El material para el estudio de la *Historia Americana* debe clasificarse también en dos categorías: fuentes *objetivas* y fuentes *subjetivas*. Las primeras se emplearán con preferencia como medio de investigación, y sólo se acudiré á las segundas después de agotadas aquéllas.

Existe ya mucho material acumulado en los museos, archivos, bibliotecas, libros y revistas de América, material que se ha utilizado, y que debe utilizarse, como fuente para el estudio de la historia de esta parte de la humanidad.

El material objetivo debe aprovecharse por medio de excursiones á los museos, archivos, bibliotecas, lugares donde se encuentran los monumentos, etc. En caso de que no sea posible ver las mismas cosas de donde dimana el conocimiento, hay que acudir á las representaciones de ellas, hechas en forma de vaciados, reducciones, cuadros históricos y fotografías. Se usarán también los mapas históricos, los geológicos y los físicos. Muchos de ellos pueden estudiarse en las obras de distintos autores. Así por ejemplo, en las obras de HARRISSE sobre Cristóbal Colón y Juan y Sebastián

(1) JOSE M. ESTRADA. *Lecciones sobre la Historia de la Revolución Argentina*. Tomo I, página 106.

Cabot y en la de Varnahgen sobre Américo Vespucio, figuran al final los mapas de los viajes realizados por aquellos navegantes. En nuestra Biblioteca Nacional hay una sección de mapas, de la cual muchos pueden estudiarse con verdadero provecho. Tenemos también en el país una aplicación de los cuadros históricos, en la colección del malogrado compatriota Diógenes Hecquet.

En cuanto al método para la enseñanza de la *Historia Americana* manifestamos que sería de desear que se reformasen nuestros actuales programas en el sentido de estudiar todos los años la historia. Pero mientras esa reforma no se produzca hay que partir, para aplicar el método de enseñanza, de la base de que el actual plan de estudios sólo dedica dos años al estudio de la Historia Americana y Nacional. Y si se acepta el plan que proponemos, dentro del sistema vigente, sólo se dedicará un año al estudio *exclusivo de la Historia Americana*.

Dada esta última circunstancia no se presenta por ahora, en nuestro país, la cuestión de saber si en cada curso debe estudiarse toda la materia, para repetirla en los sucesivos ó si sólo se examinará, en cada año, una parte de la misma. Tampoco cabe la cuestión, por tratarse de la historia en la 2.<sup>a</sup> enseñanza de si el programa será, ó no, *regresivo*. El mismo Altamira reconoce que la *regresión* sólo puede aplicarse en las escuelas primarias. En cuanto á hechos sólo figurarán en el programa los más importantes.

La enseñanza será en gran parte oral, y la base de toda lección, el material de enseñanza. Primeramente el profesor debe explicar la lección con ayuda del mismo, y después los alumnos la leerán en el libro de texto. Además desarrollarán temas por escrito, dibujarán mapas, harán caleos; leerán las fuentes originales y llevarán á cabo, en compañía de su profesor, excursiones y paseos históricos.

En cuanto á la misión del profesor consistirá en combinar y aplicar los principios recordados á los casos particulares, para que resulte una buena y provechosa lección. Procurará despertar el interés del estudiante por el estudio de la mate-

ria, hará que la clase, como dice Altamira, se reduzca en lo posible á una conversación, usará el material siempre que pueda, y en la mayor cantidad, y procurará que su lenguaje sea animado y pintoresco.

Se impone por último otra misión esencial al profesor de *Historia Americana* en la Universidad de nuestro país; la de escribir un *Compendio de Historia de Nuestra Civilización Americana* desprovisto del cúmulo de datos inútiles que traen muchos compendios, y que desempeñe en la enseñanza de la materia el papel de auxiliar como suplemento de la lección oral. Sería muy útil también que escribiera libros de *lecturas históricas*, que los estudiantes leerían antes de la clase. Tenemos acumulado un gran caudal de datos que en el caso de llegar á regentar la cátedra nos servirán, con otros muchos, para la confección de los expresados libros.

¿Responde á los principios recordados el programa de *Historia Americana y Nacional 1.<sup>er</sup> año*, actualmente en vigencia, y el método que para la enseñanza de esa materia se ha seguido en nuestra Universidad? En cuanto á la parte de *Historia Americana* de ese programa, debemos manifestar que ella se reduce, casi exclusivamente al estudio de la *historia política de América*. En lo que se refiere al método de enseñanza mucho tememos que pueda ser objeto de parte de las críticas que se hacen al antiguo método de enseñanza de la historia universal. «El resultado de éste último, se dice es una instrucción mecánica. El estudiante aprende de memoria hechos, cuya verdad reposa sobre la palabra del profesor, ó del autor del libro. No se despierta en él, la facultad crítica, ni se le plantea el problema de los orígenes y modos de formación de los conocimientos históricos».

Con el método que hemos indicado como el mejor para la enseñanza de la *Historia Americana*, y o cuyas ventajas consisten precisamente en responder al ideal expuesto en el curso de este trabajo, y con el programa que á continuación proponemos, nos parece que se salvan la mayor parte de los inconvenientes expresados.

## PROGRAMA DE HISTORIA AMERICANA

## I

## AMÉRICA INDÍGENA

— Los tiempos prehistóricos de América. — Los habitantes de América en los tiempos prehistóricos. — Los Mound-Builders. — Los Cliff Dwellers. — Los antiguos pueblos cultos de Méjico y de la América Central. — Los antiguos pueblos cultos de la América del Sur. — Los Aztecas. — Los Incas. — Los Muiscas. — Otros habitantes primitivos de América. — Fuentes históricas.

## II

## DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

Presentimiento arraigado en la antigüedad de la existencia de un mundo occidental. — Viajes verdaderos ó imaginarios á América antes de Colón. — Exploraciones de los normandos al Norte de América. — Viajes de los hermanos Nicolás y Antonio Zeno. — Islas fabulosas del Océano Atlántico. — Viajes de los portugueses alrededor del Africa. — Idea general de las naciones europeas en los siglos xv y xvi.

## III

Cristóbal Colón. — Sus proyectos. — Descubrimiento de América. — Sus viajes posteriores. — Viajes de Juan y Sebastián Cabot. — Viajes de Américo Vesputio. — Origen del nombre América. — Balboa. — Descubrimiento del Mar del Sur. — Magallanes. — Primer viaje alrededor del mundo. — Cartografía de los viajes indicados.

## IV

Conquista de Méjico y de América Central.

## V

Conquista del Perú, Chile y Brasil.

## VI

Conquista de las provincias argentinas. — Creación del virreinato del Río de la Plata. — Invasiones inglesas.

## VII

Conquista y colonización llevada á cabo en la América del Norte por los franceses é ingleses.

## VIII

## LA COLONIA

Organización y gobierno de las colonias españolas. — Los representantes del rey. — El Consejo de Indias. — La Casa de Contratación. — Las audiencias. — Los Cabildos. — Las leyes de Indias. — Las misiones jesuíticas. — El comercio. — Rentas públicas. — Las encomiendas. — Instrucción. — Ciencias y letras. — Costumbres. — Fuentes históricas.

## IX

Las colonias inglesas. — Formas de gobierno colonial. — Población. — Industria. — Comercio. — Estado social. — Pa-

raugón con el sistema colonial español. -- Las colonias portuguesas. -- Gobierno. -- Población. -- Industria. -- Costumbres. -- Colonias francesas. -- Fuentes históricas.

## X

## LA INDEPENDENCIA

Revolución é independencia de los Estados Unidos. -- Estado de las colonias inglesas y de la Inglaterra en la época de la revolución. -- Causas de ésta. -- Acontecimientos principales. -- Jorge Washington. -- Presidentes posteriores. -- Progresos institucionales, científicos, literarios é industriales alcanzados por los Estados Unidos hasta el presente.

## XI

Revolución é independencia de Méjico. -- Iturbide.

## XII

Revolución é independencia de Venezuela y Nueva Granada. -- Simón Bolívar.

## XIII

La revolución argentina. -- El 25 de mayo de 1810. -- San Martín. -- El Congreso de Tucumán. -- Cepeda y sus consecuencias. -- Presidencia de Rivadavia. -- Guerra con el Brasil. -- Rosas. -- Urquiza. -- Caseros. -- Presidencia de Urquiza. -- Presidencia de Derqui. -- Presidencias de Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca. -- Progresos realizados por la República Argentina hasta el presente.

## XIV

Revolución é independencia del Perú. -- San Martín en el Perú. -- Bolívar en el Perú. -- Creación de la República de Bolivia.

## XV

Revolución é independencia de Chile. -- O'Higgins. -- Chile hasta el presente.

## XVI

Revolución é independencia del Paraguay. -- El doctor Francia.

## XVII

Revolución é independencia del Brasil. -- El Imperio. -- La República. -- Sus presidentes. -- El Brasil en nuestra época.

## XVIII

Revolución, independencia y organización política de Guatemala, Nicaragua, Honduras, San Salvador, Costa Rica, Haití y Cuba.

Como ventajas del presente programa, además de las ya expuestas, recordaremos la de ser corto, pero no tanto como el de los Colegios Nacionales Argentinos que estudia en pocas bolillas toda la materia, la de aproximarse al ideal en esta cuestión que consistiría en que fuera un programa de *historia de la civilización americana*; la de ocuparse sólo en los hechos más fundamentales, y la de seguir en parte, para la exposición de los mismos el método adoptado por Seignobos en la «*Histoire Politique de L'Europe Contemporaine*».

El orden *cronológico* lo hemos adoptado al dividir la historia

americana en los períodos denominados: América Indígena, Descubrimiento y Conquista, la Colonia y la Independencia; y el orden *geográfico*, hasta cierto punto, al estudiar dentro de cada uno de esos períodos, sucesivamente, á cada país, y al describir su historia, antes de pasar á otro. En el capítulo titulado «La Colonia» se ha seguido el orden *geográfico*.

Tiene además, nuestro programa de *Historia Americana* la ventaja de hacer resaltar las grandes figuras históricas, atrayendo hacia ellas la atención de los estudiantes, que se acostumbrarán á estimar aquellas cuya actuación ha sido benéfica, y que sentirán ante el recuerdo de sus hechos inmortales, encenderse las más nobles y elevadas pasiones.

Cumpliendo con la promesa hecha en la exposición preliminar, presentamos á continuación el programa de *Historia Americana y Nacional primer año*,—que en nuestra opinión debe regir para la enseñanza de esa materia, en el caso de quedar vigente el actual sistema de estudio de la Historia Americana y Nacional.

## PROGRAMA DE HISTORIA AMERICANA Y NACIONAL PRIMER AÑO

### I

#### AMÉRICA INDÍGENA

Los tiempos prehistóricos de América.—Los habitantes de América en los tiempos prehistóricos.—Los Mounds Builders.—Los Cliff Dwellers.—Los antiguos pueblos cultos de Méjico y de la América Central.—Los antiguos pueblos cultos de la América del Sur.—Los Aztecas.—Los Incas.—Los Muiscas.—Otros habitantes primitivos de América.—Fuentes históricas.

### II

#### DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

Presentimiento arraigado en la antigüedad de la existencia de un mundo occidental.—Viajes verdaderos ó imaginarios á América antes de Colón.—Exploraciones de los normandos al norte de América.—Viajes de los hermanos Nicolás y Antonio Zeno.—Islas fabulosas del Océano Atlántico.—Viajes de los portugueses alrededor de África.—Idea general de las naciones europeas en los siglos xv y xvi.

### III

Cristóbal Colón.—Sus proyectos.—Descubrimiento de América.—Sus viajes posteriores.—Viajes de Juan y Sebastián Cabot.—Viajes de Américo Vesputio.—Origen del nombre América.—Balboa.—Descubrimiento del Mar del Sur.—Magallanes.—Primer viaje alrededor del mundo.—Cartografía de los viajes indicados.

### IV

Conquista de Méjico y de la América Central.

### V

Conquista del Perú, Chile y Brasil.

### VI

Conquista y colonización llevadas á cabo en la América del Norte por los franceses y los ingleses.

## VII

Habitantes primitivos del Uruguay. — Caracteres físicos y psicológicos. — Régimen social. — Costumbres. — Armas, etc.

## VIII

Descubrimiento del Río de la Plata. — Juan Díaz de Solís. — Magallanes. — Cabot. — Pedro de Mendoza. — Fundación de Buenos Aires. — Adelantados posteriores á Mendoza. — Garay. — Hernando Arias de Saavedra. — La colonización en el Uruguay.

## IX

Fundación de la Colonia del Sacramento. — Su influencia. — Bruno Mauricio de Zabala. — Fundación de Montevideo. — Los primeros pobladores. — Reparto de solares, chacras, y estancias. — Montevideo Plaza de Armas y Gobierno Político y Militar. — Gobernadores de Montevideo.

## X

La cuestión de límites entre España y Portugal. — Estudio de cada uno de los tratados que se celebraron entre las dos coronas. — Guerra guaraníca.

## XI

Creación del virreinato del Río de la Plata. — Cevallos. — Otros virreyes.

## XII

Las colonias inglesas de la América del Norte, hasta la época de la independencia.

## XIII

Invasiones inglesas. — Su influencia.

## XIV

Sucesos de España. — Abdicación de Carlos IV y proclamación de Fernando VII. — Efectos de esos acontecimientos en el Río de la Plata. — Elío y Liniers. — Cabildo abierto del 21 de setiembre de 1808. — La Junta de Gobierno.

## XV

Asonada del 1.º de enero de 1809. — El último virrey. — Pronunciamientos de Chuquisaca y La Paz. — Los patriotas argentinos. — Proclama del 18 de mayo de 1810. — Trabajos de los patriotas. — Cabildo abierto del 22 de mayo. — Acontecimientos de los días 23 y 24. — El 25 de mayo de 1810. — Mariano Moreno. — Importancia de la Revolución Argentina.

## XVI

Las colonias inglesas. — Formas de gobierno colonial. — Población. — Industria. — Comercio. — Estado social. — Parangón con el sistema colonial español. — Las colonias portuguesas. — Gobierno. — Industria. — Costumbres. — Colonias francesas. Fuentes históricas.

## XVII

Organización y gobierno de las colonias españolas. — Los representantes del rey. — El Consejo de Indias. — La Casa de Contratación. — Las Audiencias. — Los Cabildos. — Las leyes

de Indias.—Las misiones jesuíticas.—La mita.—Las encomiendas.—Rentas públicas.—La población, sus clases.—Instrucción.—Ciencias y letras.—Costumbres.—El Comercio.—La representación de los hacendados.—El consulado de Buenos Aires.—Don Manuel Belgrano.—Fuentes históricas.

Tales son los programas y el método que nos parece que deben adoptarse para la enseñanza de la *Historia Americana*, ó en su caso de la *Historia Americana y Nacional 1.º año*, y que presentamos al jurado del concurso de esta última materia, cumpliendo con una de las bases del mismo. Esos programas, y ese método de enseñanza, los hemos aplicado, dentro de lo posible, en nuestra clase de Historia Americana del Instituto Universitario. Cualquiera que sea el resultado de este concurso nos quedará, siempre, con el presente trabajo, la satisfacción de haber demostrado afición al estudio de la historia de esta parte de la humanidad, afición que tuvo su origen en el convencimiento de que todo americano debe conocer la historia de América, en el entusiasmo por las gloriosas figuras de Washington, de Bolívar y de San Martín, en el inmenso cariño que profesamos á nuestra tierra, y ¿por qué?—no decirlo también? en aquella sabia línea de conducta que obligaba á Taine á prometer en *Les origénes de la France Contemporaine* que no adoptaría una opinión política, sino después de haber estudiado la Francia.

JOSÉ SALGADO.

## Un problema filosófico á propósito de un opúsculo <sup>(1)</sup>

Córdoba, Agosto 19 de 1943.

Señor doctor Ernesto Quesada.

Muy respetable señor:

Recibí su hermoso libro *Tristeza y Esperanzas*, crítica preparada por usted, en los días de Semana Santa, al libro *Reposo*, de don Rafael Altamira.

Aunque demoré en comenzar su lectura, una vez comenzada, la continué y llegué hasta la última sílaba de su con-

(1) Publicamos esta notable y sentida carta crítica escrita por un hombre distinguidísimo, y cuyos dos gruesos volúmenes: *Análisis de la Universidad de Córdoba*, lo han colocado en primera fila entre los historiadores argentinos, por su erudición extraordinaria y la singular sagacidad crítica que demuestra. La carta de ahora lo revela literato, fino y delicado, al corriente de la producción artística moderna, malgrado su austera vida conventual: lo ha inspirado la lectura del opúsculo del doctor Ernesto Quesada: *Tristeza y Esperanzas. La lucha por la vida y el descanso* (B. A. 1943, 1 vol. de 100 págs.). Es cierto que este trabajo—como escribía un condecorado de la talla del doctor Joaquín V. González, actual ministro del Interior de aquel país—es sugestivo de cosas que están en el corazón del que lo lee. Así Alberto V. Martínez, el conocido amigo del ilustre profesor Lorini, decía: «He leído con gran placer é interés este folleto: primero, por el estilo galano, inspirado, correctísimo, en que está escrito; y después, por el romance mismo, por el héroe de él, que es un viejo y queridísimo amigo mío. Me explicaré. Cuando recibí el libro estaba leyendo una carta del sabio profesor europeo, que ha obtenido ruidosísimos triunfos, autor de muchos celebrados libros, quien pasa en estos momentos, como el héroe de aquel romance, por una profunda crisis de desaliento, á tal punto que me escribe párrafos como este: Yo vivo en un completo aislamiento, y he abandonado á todos: será esta una enfermedad, pero me declaro débil y no puedo dominar; el mundo me irrita, detesto la sociedad, creo que el día en que quede solo me retiraré completamente del mundo: con qué objeto permanecería en él, si



elusión; seducido por el interesante asunto de lo que se ocupa, y por el atrayente fulgor transmitido por el pensamiento y elegante literatura de su autor.

Me felicito por haberlo leído y por la ocasión que me ofrece de felicitar á usted muy cordialmente, presentándole mis respetos y consideraciones.

Leyendo su precioso trabajo, me hace comprender que el libro de Altamira á que éste se refiere, proclama, como ley individual y colectiva, la actividad febril, ardorosa y sin interrupción, aplicada al éxito; la lucha sin tregua y sin reposo alguno, estableciendo que «el descanso es la ilusión de los instantes de desfallecimiento».

no me ofrece ninguna seducción, ninguna sorpresa? Inmediatamente que lei la primera página de este opúsculo y que conocí el personaje, dije: pero qué coincidencia misteriosa! Y lo lei con la mayor avidez, gozando en su descripción animada y elocvente. Cuando lo terminé, lo llené de apuntes marginales y se lo envié á mi sabio amigo, el enfermo, para que se enterase con el ejemplo de su otro homónimo moral. En cambio, el escritor don Juan W. Gies, director de la Escuela Normal de Dolores, á su vez exclama: «En el protagonista Juan podemos reconocernos muchos sonadores y entusiastas, que, sintiéndonos con ideas y, más que todo, con buena voluntad, nos lanzamos á la acción con todos nuestros bríos, para caer poco después aplastados por la decepción del cansancio. Mucho bien me ha hecho el análisis que hace de él la obra y las juiciosas observaciones que lo engloba su lectura.» De otro párrafo de vista el opúsculo ha producido impresiones sugerentes. El doctor S. Samuel Gácho las sintetiza así: «de placer, porque ha visto en su autor el espíritu fuerte, decidido por la verdad; y de tristeza, porque reconociendo la inevitabilidad de reaccionar contra el desfallecimiento que se apodera de todo entre nosotros, no se desentrevé todavía el hombre que ha de contrarrestar esa invasada penelosa de la mentira y del culto al éxito. En esta época de miserables clasificaciones es raro encontrar un hombre que siga la verdad: todo está supeditado al resultado fácil y ninguno quiere hacerse desagradable contrariando al que más puede. La tiranía está en todas partes. Ni el pensamiento puede cultivarse libremente, porque una mayoría que es legión aplasta con la indiferencia, que es ley en tales circunstancias. No es permitido hoy, en la República Argentina, sobresalir del nivel común. En estas condiciones, pues, la aparición de un libro en que con tanto valor se proclaman sanas doctrinas, señalando la verdad y endiosando ideales que jamás debieron olvidarse, es el hecho de que la reacción comienza, y es de esperar que su autor no se encuentre solo en la lucha.» A su vez el señor Osvaldo Saavedra dice: «Creo que la sentencia que más ha provocado el opúsculo: la vida es la lucha, y el descanso la ilusión de los instantes de desfallecimiento, es una penosa verdad. El reposo no es más que un punto de arribo y un punto de partida: sólo en la paz de los sepulcros crece... El héroe de *Reposo* tiene muchos puntos de afinidad conmigo. Y podría de esa suerte agruparse una serie de opiniones; pero bastará con las apuntadas para demostrar que el opúsculo ha sido leído y comentado, y que ha puesto el dedo en la llaga... A la par de los particulares, los periódicos también han encarado aquel folleto de muy diversos puntos de vista. El crítico

No ha podido comprender debidamente este pensamiento del ilustre autor de *Reposo*. ¿Pretende colocar un descanso ilusorio en vez del descanso real y reconstituyente de las fuerzas gastadas?... Con ilusiones, es imposible reparar la pérdida real de la vitalidad arrebatada por el trabajo. Justo es reconocer un nobilísimo anhelo en el autor de *Reposo*, en proscribir la inercia culpable de tantos hombres y estimularlos á consagrar el capital grandioso de las energías humanas, que tienen recibidas; en estimularlos á desarrollar con noble

ha estado á la altura del autor, — se lee en la revista *España*: número 4— y hasta esto para hacer su mayor elogio, porque Altamira, en cuestiones históricas y literarias, es hoy un verdadero maestro. El estudio de Quesada no se limita solamente á la obra, que examina bajo todos sus aspectos, y cuyas bellezas de concepción y de forma hace resaltar en estilo fluido y elegante, sino que termina haciendo un juicio completo de la personalidad de Altamira.» A su turno *El Correo Español* (número de julio 19) escribe: «Es de suma importancia por el estudio sociológico que encierra, por las reflexiones basadas en el conocimiento del corazón humano y por su mérito literario, y tiene especial interés porque se trata de un bien pensado y erudito elogio de un escritor español...» Y el *Eco de Galicia*, la semana revista del señor Castro López, decía (número de julio 3): «Hemos leído dos veces esta obra, y tornaremos á leerla. Es el mejor elogio que de ella podemos hacer, nosotros que no leemos enteramente lo que vale poco ni tenemos gusto para leer más de una vez producciones intelectuales de indudable mérito. Pero en *Tristeza y Esperanzas* hay muchísimo que aprender: consuela, despierta ideas y anima... Sintéticamente establece, contra la errónea doctrina de Altamira: la prudencia enseña que el hombre normal y equilibrado debe hacer todo con moderación: combatir por la vida— puesto que fuera de duda está que la vida es milicia— con todo el vigor necesario, pero conscientemente, por obtener un resultado proporcional á sus fuerzas; alternar la vida con el descanso, como el día se turna con la noche. Á fin de rebacer las fuerzas nerviosas que naturalmente se gastan; contentarse con lo relativo y echar á huir de lo absoluto, sin vacilación. He ahí admirablemente resuelto por Quesada el gran problema: no abandonar la lucha, descansar para volver á ella, pero contentarse con lo relativo; son, en efecto, saludables y salvadores deberes. El no luchar, contraría á la naturaleza humana; el no reposar en la batalla, equivaldría á caer uno prematuramente en ella; el dejar de someterse satisfactoriamente al triunfo relativo, nos conduciría siempre á la desastrosa desesperación, pues sino jamás nos veríamos complacidos, ya que una conquista, por alta que sea, engendra deseos de otra. A pesar de la triste filosofía proclamada en *Reposo*, cuánto celebramos la aparición de este nuevo libro de Altamira! *Reposo*, no obstante su desalentador pesimismo, es una obra bella, y, lo que es aún mejor, ha determinado la manifestación de nuevas bellezas y más sano pensamiento el pensamiento y la belleza de su desarrollo, que se encierran en el libro de Quesada.» *El Diario* (número de agosto 1.º) dice: «El opúsculo de Quesada honra á su autor y engrandece á los españoles. Nos ha prestado un inmenso servicio, porque por él hemos conocido la obra de Altamira, en la que se adquiere un gran caudal de experiencia para la vida y un estimulante energético para los desfallecimientos que acarrea la lucha por la existencia... Por último— y para no continuar con

denuedo el ejercicio de las propias facultades, á beneficio propio y de la solidaridad común, pero preocupándose con escrupuloso cuidado de no suprimir, en la continuada lucha, los indispensables anillos del saludable reposo. La lucha sin tregua, formando una continuada cadena por la inmediata unión de unas jornadas á las otras, el éxito asegurado sería el agotamiento ó inanición del resuelto combatiente. *Reposo* no erigirá en doctrina, y mucho menos en principio, su aspiración; se estrellará contra el sentido común de la humanidad, que usted ha omeado, expresado en leyes y costumbres de pu-

estas transcripciones—la revista *Letras y Colores* (número de agosto 0) estudiando el problema filosófico que ha motivado el opúsculo, dice: «*¿Quezada, espíritu fino y severo, desenrolla en el arte de distribuir sus argumentos de un modo agradable, y de presentar su filosofía en una prosa irreprochablemente académica... ¿El esfuerzo es preferible al descanso? ¿El concepto estóico y occidental de la vida militante es superior á la noción asiática del nirvana? ¿La victoria es siempre de los fuertes? ¿El éxito vale, realmente, la pena de conquistarlo? Tales son los problemas que el autor ha querido plantear, á propósito de una obra reciente de Altamira. La respuesta de Quezada es ingeniosa. La lucha—dice en resumen—es una ley humana invariable. Pero el esfuerzo continuo y sin tregua es imposible. Hay que alternar el trabajo con el descanso, si no se quiere fracasar, morir. En cuanto al objetivo de esta guerra—la vida es milicia, dice Job,—no puede ser otro que el éxito. Pero sólo el bueno, el legítimo, el que se conquista en caballerescos hitos. Batallar por batallar; llegar á la meta, no para poner la ventaja obtenida al servicio de los hombres, sino por la simple voluptuosidad de la fuerza, no es un proyecto digno de ocupar una vida. Y el novelista que proclama el triunfo como última aspiración de las actividades, debe también mostrar el reverso de la moneda, todas las miserias, los dolores desconocidos y las calamidades ocultas del éxito... Al proclamar estas optimismos, el autor ha entrado en el mismo corazón de la época. De algunos años á esta parte, el concepto darwiniano evolucionista. La vieja noción religiosa del sacrificio ha modificado la dura y áspera doctrina. El *struggle for life* no implica ya la humillación de los débiles por los fuertes. Se cree que los más poderosos deben ser los más diles, y que la caridad es el oficio de la fuerza. El alma de Jesucristo ha prevalecido sobre el alma de Nietzsche».*

Tal es el problema que fray Zenón Bustos analiza á su vez con valentía. Su opinión es de un interés singular, porque el autor de *Tristes y Esperanzas* combate el «aseguro reposo del fraile, que se encierra dentro de los muros de un convento, creyendo encontrar en el olvido la tranquilidad perdida.» Dico de ellos que «han salido de los términos de la existencia y viven confederados con las sombras de ultratumba... siguen viviendo sin vivir realmente.» Y he aquí que este humilde franciscano, que se había podido creer capaz únicamente de la labor asombrosa de los trabajos de crucifixión y de historia, lo sale al encuentro vigorosamente, revelándose diestro conocedor del corazón humano, al tanto de las últimas manifestaciones de la inteligencia en arte y en literatura, y desplegando una filosofía hermosa y sana... Verdadieramente, el espectáculo es atayento; estamos seguros de que la carta del fraile conbiés será leída con curiosidad y simpatía.

bles antiguos y modernos, como encarnación viviente de una inalterable realidad; cada uno le opondría lo que el filósofo orador reconocía como un principio ó criterio indefectible de verdad: *Quod semper, quod ubique... rerum est.*

Algún fundamento habría dado á su teoría el autor de *Reposo*, tomando al hombre ó introduciéndolo al conjunto general del universo, donde, en verdad, todo se mueve sin reposo, desde la célula vegetal al átomo muerto de la estrella.—Pero ni aún inspirándose en esta permanente laboriosidad de la naturaleza, pudo el señor Altamira instigar al hombre á entregarse á la lucha vertiginosa y sin tregua por el éxito, quitándole el descanso.

Estaría en su contra, aun en este concepto, el reposo relativo, reconocido y canonizado por la ciencia: este género de reposo entra, como elemento indispensable y necesario, en las prácticas más familiares de la vida como en las clásicas actividades del pensamiento humano. Quitarle á este el oportuno reposo es despojarle del más poderoso tributario de sus caudales. Merced al i reposo de la noche y de otras horas, tomadas por el señor Altamira para ayudar el talento y preparación, reconocidos por usted, habrán podido ser más luminosas de fuerza y de mayor amplitud sus obras principales: «*Observaciones sobre el problema del hombre de genio y de la colectividad en la historia*»; «*La enseñanza de la historia*»; «*Psicología del pueblo español*»; y otras, que usted menciona y elogia, y que yo, en vista de esta recomendación, procuraré adquirir. No cabe duda que, para realizar estas obras, sus primeras medidas serían el hacerse propicias la tranquilidad y la calma, y en consecuencia pondría á contribución el reposo: de su cuerpo, de la silla que lo apoyaba, de su brazo, de la mesa y del mismo papel en que esto tapaba las actividades de su pensamiento.

En verdad que s hay tristezas y esperanzas en el libro criticado. Esperanzas, en cuanto que se dirige á conjurar la inacción, que todavía contribuye, como pesadísimo factor, á detener el progreso individual y colectivo de personas y pueblos. Los pueblos latinos no están adelante con sus iniciativas en el gran movimiento que tiene estupefacta á la humanidad, y

bien puede tener por objeto la visión de Altamira y su prédica á estos pueblos, el doblar exageradamente el arco en sentido contrario, con el intento de ir quitándole curvatura del lado opuesto. Y tristezas, provocando el movimiento en cada uno hacia el éxito; movimiento que debe revestir la mayor celeridad en cada individuo, aumentar en potencia progresivamente; recorrer las rectas ó curvas que separan del objetivo, sin respetar resistencias, aunque lleven el sello de intereses sagrados ajenos: lucha sin descanso, y sin las dulces treguas del reconstituyente reposo: lucha con carácter tal de enfiobrados afanes, que no sólo convierta á los hijos de la tierra en *homo homini lupus*, sino que los precipite al campo de batalla, obligados á agredir ó defenderse, dejando realizado lo del mismo Hobbes: *bellum omnium omnibus*. Tristezas; tristezas profundas, llevándose por delante el necesario descanso, el dulce reposo á la existencia y fecunda labor indispensable, señalando por término á esta desesperada carrera, un éxito consistente en un puñado de vapor que ninguno hasta ahora ha podido apretar entre sus manos ni mucho menos transformarlo en sosegada felicidad de su corazón. Tristezas dolorosas, como las que burlan sarcásticamente el corazón de la humanidad, sedienta de fortuna, en el elocuente lienzo del eximio Rohegrosse. En el cuadro de este artista, todos se lanzan, en tropel de esforzada carrera, á rasgar la nube, que entre sus pliegues y á muy corta altura finge esconder la fortuna, y llegan y se chocan y mutuamente se estrellan; y empujados violentamente los unos por los otros, van cayendo en pelotones, siendo pisados los primeros por los que van llegando después: y sobre un promontorio de arruinados están por fin los últimos, formando la vértice y desde allí alargando sus brazos, violentamente estirados hacia la nube ¡la nube! La nube se ha ido levantando siempre más, á no ser tocada ni por las extremidades de los brazos alargados en desesperado ademán. . . En baldese clavan los ojos en ella, como encendidas estrellas: ella pasa, arrastrando consigo todas las miradas, sin destilar una sola gota de dulzura sobre los espíritus acibarados! A este resultado llegarían las enseñanzas de *Re-*

*poso*; y á este cuadro ha dado Rohegrosse la denominación filosófica de *Humana Angustia*.

Y no será todavía para usted el mayor fundamento de su concepto de *Tristezas*, el de la lucha sin reposo en estas condiciones de lucha establecida, y se pregunta ¿y después de esta lucha desesperada y el éxito con que se ha coronado, qué fruiciones de felicidad se han encerrado en el corazón? ¡Ah! en el corazón hay algo que no es de tierra y que no goza con los éxitos terrenos: y por esto *Reposo* no hace bien con enseñar su teoría del éxito, y usted lo censura, sin dejar un solo rayo de luz superior sobre esos triunfos humanos, que ataje las tristezas que caerán al corazón con el velo tendido de sus nobles esperanzas, mucho más allá de todas las nubes del horizonte.

El héroe de *Reposo*, entregado á las tareas sin descanso, probó luego lo desacertado de su prédica, llegando al consiguiente desgaste de sus energías y á la postración completa de su ánimo, que lo imposibilitaba para todo trabajo mental. La ciudad le abate más el ánimo en vez de levantárselo. El vasto cuadro de los monumentos que la forman, no tienen más gracia ni mayor interés ante su espíritu desfallecido y tético, que la que le presentaría la vista de un vetusto y arruinado castillo, cubierto de arbustos y de musgos debido á un secular abandono; ó cuando más, ante su ánimo, la ciudad es un panteón de vivos. ¿Quién ha de curarlo, quién puede echar un baño de vida sobre el baño de muerte que lo va consumiendo? La naturaleza, el campo, la soledad. *O beatá solitudo!* Usted dice que leyó este pensamiento sobre el dintel de una puerta en la gran Cartuja de Grenoble, y no dice que lo pronunciaran los labios del protagonista de *Reposo*: no lo pronunciarían sus labios, pero lo pronunciaron las intimidades de su corazón.

Buscó la soledad y la naturaleza para su remedio, y tomó estos recursos, con tedio de los hombres, hasta preferir aquellos cuadros de la naturaleza donde no se descubrieron huellas humanas. Dice de él Altamira: «El espectáculo humano no le ofrecía novedad alguna», y en el campo solo, que escogió

para reconstituirse, buscaba «los sitios bravíos en que la huella humana desaparecía por completo». Ha consumido todo su vigor, ilustrándose en beneficio de los hombres; no obedece al sentimiento egoísta y esquivo del misántropo, pero la soledad le atrae y vivifica con sus misteriosos encantos, á tal grado, que «el libro cayó sobre la arena, olvidado por quien antes buscaba en él solaz para el espíritu». Como la gran Cartuja á sus moradores, pedía á éste «aquel sagrado silencio, henchido de bellezas... una contemplación honda, desligada de todo otro cuidado». ¡O beata solitudo! Y esa contemplación le fué dulce y saludable. La naturaleza, envuelta en la soledad, le presentó sus armónicos sonidos «apagados, discretos, sin bulla»: «con una calma majestuosa» «le revelaba» «la plenitud de sus fuerzas, la confianza inalterable de su poder y de su eternidad».

La naturaleza hace renacer virilidad y vigor nuevos en el héroe, y mayores riquezas habría comunicado, contemplándola con las iluminaciones de Bernarilino de Saint Pierre. Dulce-embriaguez habría sido su seguro premio, si, como aquél, el protagonista hubiera podido reconocer en la naturaleza, la misma voz de la divinidad: si en la planta, en el ave y la flor, hubiera descubierto irradiaciones celestiales; si, como á Saint Pierre, un paseo por el mar le hubiera encerrado dentro del gran espectáculo de la inmensidad.

A Rancé le causó hastío la comunicación social; la vista de los hombres le pesaba importuna, en momentos que comienza á ejercer sobre su ánimo la soledad un poder mágico. Pasan delante de sus ojos, en Roma, Florencia y Venecia, las diversas artes y sus clásicos monumentos; pero pasan fríos y mudos, mientras que se sintió impresionado con fuerza prepotente, ante las campañas, las plantas y los astros silenciosos, que descubren sus ojos en el cielo sereno de la Trapa. Aquellas rocas y colinas que contorneaban el monasterio de la Trapa, puesto sobre los Alpes, llevaban poderosa fuerza y vida á su alma. llamándole á la virtud y á los primeros amores de la inocencia ¡O beata solitudo!

Naturaleza y soledad, nobles hermanas de los hijos de la

Trapa y de la Cartuja, no fueron mezquinas con usted, habiendo sido tan generosas en solaces con aquéllos, con el protagonista de Altamira, con Saint Pierre y Rancé, fundador de la Esparta cristiana, como lo llama Chateaubriand.

Apartado de los hombres, en San Rodolfo, aquellos aires y bellezas naturales, aunque ayudadas por el arte, ensancharon su alma y suministraron los hermosos coloridos que puso en *Tristeza y Esperanzas*. Y no sólo le elevaron el espíritu, sino que pasaron más adelante. El océano de verdes alfalfares, los parques que festonan el templo de Minerva; el sol saliente, el canto de las aves, la ausencia de otros seres humanos en que parece estar leyendo deleitosamente á *Reposo*, excitaron de pronto su apasionada musa, y le hicieron cantar amená prosa á la naturaleza y soledad: «Toda la naturaleza entonaba un himno fervido al nuevo día... el espíritu más fatigado, ante escena semejante, advierte sin querer que le inunda una calma reconstituyente... y, en momento tal, la alegría ilumina el corazón más destrozado». ¡O beata solitudo!

En San Rodolfo, ante esos variados parques; en presencia de profusa vida en la cultivada pampa; bajo el techo de magnífico templo y rodeado de cuarenta mil libros que sin cesar emiten notas de silencioso encanto, no podría serle triste ni pesada la soledad, aunque fuese larga como las edades y absoluta como la de los Cartujos de Grenoble. ¿Estoy errado?... Y plácida y llena de grandes satisfacciones sería, si permitida le fuese la explotación asidua de su inmenso tesoro de cuarenta mil volúmenes. La idea de una estupenda fecundidad, mantendría al espíritu solitario entre apacible y perpetua claridad.

Si no es á condición de la soledad del cartujo, y destierro voluntario de alguien que se resuelve á ganarse la aureola del mártir, escribiendo la historia americana y colonial, la grandeza olímpica de la colección que guarda su «templo» de San Rodolfo, no tendrá la gloria de contribuir á que sea rasgado el seno virginal, como usted dice, de la historia colonial. Transformando en Grenoble á San Rodolfo, pronto

nos alumbraría la esperanza de ver reunida en un solo cuadro la historia colonial-americana, mostrándonos toda su majestad y la admirable condición filosófica que ajusta todas sus partes y la dá perfecta unidad.

Sin voluntad, concluyo, declarándole que me ha alentado á escribirle la idea que me he formado de su mucha bondad, y el interés de pensar unos ratos más en los libros que forman los ricos tesoros que tiene robado su corazón, y á mí no me son indiferentes.

Dígnese disculparme. Dejo cercenados mis muchos deseos de tocar el porvenir de estos países, de que usted habla en la página 73, y del papel que en él tendrá el *boa constrictor*, como asimismo de su pensamiento de escribir sobre esta Universidad. Realice lo, que se lo agradecerá mucho Córdoba, y toda la región americana iluminada por ella.

Atento y respetuoso servidor de usted.

Fray Zexón Bustos.

## Tacuáti <sup>(1)</sup>

### III

La orden de retirada era formal, pero conociendo el carácter atrabiliario y tornadizo de López en algunas de sus resoluciones, al capitán Roa no le convenía abandonar así, tan á secas y simplemente, sin mostrar los dientes al adversario ó hacerlo sentir su garra, el punto cuya defensa se le había confiado.

En su arrojo desmedido y á la manera poco analítica de los hombres de acción, que no escuchan otra voz que la de su propio coraje, sin pesar el pro ó el contra de su atrevido empeño ni tomar en cuenta la dificultad en que se hallaba para resistir á un enemigo numeroso, como el que se acercaba, se aprestó audazmente al combate.

La distribución que dió á su escasa gente probó, sin embargo, que no perdía el tino ante el peligro.

Adelante, á corta distancia de la entrada de la aldea, una guerrilla de una veintena de hombres, comandada por el alférez Rosendo Céspedes y el sargento Tomás Zarza, se desplegó á todo lo ancho del camino carretero y á ambos lados de él, en los plantíos inmediatos, para recibir y entretener al enemigo desde que éste hiciese su aparición.

(1) Véase VIDA MODERNA, tomo I, página 291 y tomo II, página 294.

Una fuerza igual, al mando del alférez Roque Portillo, se extendió por el palmar de la derecha para darse la mano con la guardia que ocupaba el Paso del Ipané á cargo del sargento Bordén.

La reserva, compuesta de ochenta hombres á las órdenes inmediatas de los tenientes Saracho y Zelada, con las cuatro carretas del parque,—municiones y bagajes—colocóse al abrigo, tras la ábside de la capilla á cuyo estrecho campanario subió un piquete de tiradores encabezados por el cabo Jacinto Fanego.

Otros piquetes acaudillados por los sargentos Olmedo, Chamorro y Aquino, coronaron una pequeña eminencia á la izquierda, un poco á retaguardia, para cubrir ese flanco, y el resto de la fuerza disponible, mandada en persona por el capitán Roa, quien tenía como ayudante al alférez Coronil, se situó al centro sobre el camino, en el mismo atrio y frente á la puerta de la capilla.

Las numerosas familias refugiadas en ésta fueron dirigidas al norte y al este, mandándolas ocultarse en los yerbales próximos, de conformidad con lo dispuesto por el jefe del punto porentoriamente, con la frase sacramental de: *Cudangñe terehó!* (1).

Como se vé, dentro de lo escaso de sus recursos, Roa había tomado excelentes medidas tácticas dando á su línea de batalla, reforzada por los obstáculos naturales que hábilmente había aprovechado, una forma convexa, redondeada al exterior y realzada por un solo ángulo al medio,—el de su guerrilla destacada,—replegadas sus alas con dirección á las barrancas del Ipané que aseguraban así su retirada al vado del mismo río, en caso necesario.

En este doble orden de combate, que por sagaz instinto de guerrillero había adoptado, el capitán Roa esperó á pie firme el ataque del enemigo.

Naturalmente, sin estudio previo, observaba una de las leyes del arte de la defensiva, que consiste en comprometer la

(1) Las mujeres, que se vanan!

menor cantidad de gente posible en el comienzo de la acción para sufrir pocas pérdidas con el fuego del enemigo y mantener una reserva que pueda acudir al punto más amenazado de la línea de batalla ó, en el caso extremo de no poder continuar resistiendo los ataques del adversario, sirva para cubrir con eficacia la retirada.

Por supuesto que,—sin dejar de reconocer que en la más simple función de guerra, ya sea ésta una escaramuza, una sorpresa ó una emboscada, en las que con frecuencia hay que batirse cuerpo á cuerpo, los riesgos y sacrificios de los oficiales y soldados son mayores que en las batallas reñidas deliberadamente,—considerada estratégicamente, la importancia de la operación, desaparecía por completo en esa inútil defensa de Tacuatí.

Aquellos paraguayos duros, tan avezados al peligro como acostumbrados á los reveses, que sólo revelaban en sus semblantes esa impasible serenidad que los hizo temibles en la guerra defensiva, cierto que se batirían con su intrepidez habitual bajo el mando de aquel jefe audaz que, el primero en el peligro, les daba alto ejemplo de valor, y esto sería digno de admirarse y hasta glorioso para ellos, pero también inocuo, desde que á nada práctico conducía ese acto arrojado, ni el éxito coronaría su esfuerzo, dado el número de los asaltantes.

Y, á pesar de las cualidades reconocidas al oficial paraguayo, cabe apuntar aquí cuán grande es la responsabilidad del comandante de un puesto militar ó de una tropa, cuando por punto de amor propio ó de conveniencia particular, con obcecada pertinacia y sin tener probabilidades de triunfo, sacrifica la vida de sus soldados aceptando un combate que debe esquivar, desde que no está forzado á él por tener libre su línea de retirada y que, como en el caso que nos ocupa, no tiene fuerzas suficientes para detener, ni siquiera retardar, la marcha del enemigo. Grave error era éste que implicaba falta de pericia en el capitán Roa, quien así demostraba padecer el mismo mal que su impetuoso general en jefe: estratégicamente teórico, carente de conocimiento práctico de

la gran guerra, que desarrolló sus cálculos y combinaciones sólo y lejos de las líneas de fuego, sin tener en cuenta los graves inconvenientes, los mil accidentes que pueden ocurrir sobre el campo de batalla cuando la estrategia se transforma en táctica, es decir, cuando el plan se convierte en acción.

Sin embargo, hay que considerar que los más rudimentarios preceptos del arte de la guerra eran ignorados por la mayor parte de los oficiales de fila, como lo eran ciertamente los de la guarnición de Tacuatí, y no podía pedírseles otra cosa que aquello que poseían: valentía.

Destruídos los cuadros veteranos del ejército paraguayo después del primer tercio de la guerra, sólo quedaban algunos de los antiguos jefes y los hombres que, poco á poco, se habían forjado oficiales y soldados en ella, incorporados sucesivamente á las filas y mandados al fuego sin la instrucción conveniente.

Los soldados paraguayos se improvisaban frente al enemigo; los reclutas veían con serenidad el peligro, llenos de ardoroso entusiasmo marchaban descalzos donde otros soldados no podrían hacerlo con zapatos y polainas de cuero. No conociendo para su descanso más lecho que la dura tierra, acostumbrados á toda clase de privaciones, sobrios por naturaleza, hubieran sido unos soldados inimitables si completando sus cualidades físicas, se les hubiese dado la debida instrucción militar, la educación apropiada á los hombres de guerra.

Por desgracia esta era nula: de táctica poco se aprende en los días. «A formar, por dos de fondo, flanco derecho, flanco izquierdo», y sobre todo «de frente y á la carga!». eran las voces de mando que conocían aquellos valientes y á lo que se reducía la ciencia de sus capitanes.

Así, ayudado por el temperamento de una raza fuerte é indómita, quizá la que mejor caracterizó el heroísmo en la tierra americana, y confiado en el denuedo de su gente, el capitán Roa resiste en la capilla de Tacuatí á un número de fuerzas décuple á las que él tiene, revelando poseer la misma audacia temeraria del capitán Bado, quien en la vigorosa

defensa de los pasos del «Yacaré» y del «Tebicuari», acreditó la fama de su valor legendario, y la heroica bravura del alférez Alcaraz, el abnegado piloto de la laguna «Ibera» en aquella retirada gloriosa, ejecutada en noche sombría al través de un círculo de hierro y de fuego, en la cual se luchó brazo á brazo por la victoria sin que las heridas enervaran el arrojo de nuestros bravos.

Apreciado el hecho bajo esta faz, se justifica por el aforismo latino que dice que «aunque la fuerza necesaria falte en una empresa difícil y no se consiga el fin que se persigue, la audacia en acometerla puede ser digna de alabanza.» En la guerra, alguna gloria refleja siempre el relampagueo de una temeridad.

Por otra parte, y de modo singular, esta descabellada defensa de un punto sin importancia militar ni estratégica y contra fuerzas muy superiores, demostraba también que el mariscal López era todo un carácter que había sabido imponerse en absoluto á sus subordinados y que su acción como general en jefe del ejército paraguayo se extendía á todo el territorio que comprendía el teatro de operaciones de la guerra. Aun á la distancia su influencia enorme se hacía sentir en guarniciones, destacamentos ó tropas en marcha, tal como si estuviese presente. La confianza de sus soldados en él era sin límites, la obediencia ciega, y, tan grande como una y otra el miedo que le tenían. Por tal causa: verdadero sentimiento depresivo del espíritu militar, no obstante la orden de retirada traída por el alférez Coronil, libróse aquel obscuro pero sangriento combate en el que los héroes merecieron tal nombre y en el que otra vez se quebró, sin doblarse, la entereza paraguaya. Con esta acción se daba también al ambicioso general que no tenía reparo en asolar á su país, el gusto de continuar aquella guerra interminable con la que quiso lograr sus planes de absorción y predominio sobre una gran parte del Continente Americano, y á él puede aplicarse la misma opinión que el insigne cantor de «La Farsalia» tenía de César, de quien decía que indiferente á los males ajenos, se

complacía en la realización de sus proyectos aunque éstos ocasionasen la ruina y la muerte de los demás.

Pero, aunque estuviese muy lejos de ser un conquistador, creo, reflexionándolo bien, que no toda la culpa era del soberbio mariscal López.

Desde que sus conciudadanos, que en un aislamiento eventual no habían sido educados para la libertad, veían en él un ser superior y que su valeroso cuanto desgraciado ejército le consideraba un genio, no debe extrañarse su resignación á los caprichos del supremo en los unos, y su severancia en la lucha, en el otro, ya que es fuera de duda que no hay afrenta ni menoscalúdo en obedecer á los que son dignos de mandar.

López era para todos la encarnación viviente de la idea que inflama el patriotismo cuando se ve amenazada la independencia nacional. Quizás así lo creyeron los que sin voluntad propia, sin energía y sin iniciativa de ninguna especie, eran la negación de sí mismos, aprovechándolos quien lleno de desmedido orgullo y latrigo en prometer *mandaba patros y daba pocos.*

#### IV

Son las nueve de la mañana. Hace más de una hora que los paraguayos han ocupado sus posiciones de combate y, no obstante los signos evidentes de la aproximación de un enemigo numeroso, éste no se muestra aún, como si avanzase con cautela ó meditase una sorpresa.

Al fin, poco después de la hora citada, oyense algunos tiros aislados hacia la izquierda paraguaya y un hombre destacado del piquete al mando del sargento Olmedo acude á avisar que una columna de caballería brasileña cruza al través del pajonal con dirección al oeste y diseña un movimiento envolvente por ese flanco.

Los tiradores apostados en la torre de la iglesia confirman el parte de la avanzada y al mismo tiempo, señalan la aparición del enemigo por el camino á Belén-cué.

Por ese lado las guerrillas de Céspedes y Portillo se replegan lentamente haciendo fuego sobre las del enemigo. La infantería de éste avanza por el camino de las carretas en orden profundo, pero al llegar al borde de una pequeña cañada, que á corta distancia de Tacuati corre hasta la margen del Ipané, se despliega en batalla y destaca á su frente fuertes guerrillas que entablan la acción con los paraguayos.

Escopeteando con vigor, cesan éstos de retrogradar al pie de la loma en que se alza la capilla y desde allí, lo mismo que del palmar de la derecha, continúan un fuego granadeado sobre la infantería brasileña.

En vista de la marcha ofensiva que sobre su izquierda designa la caballería del adversario, y para tener su tropa más á la mano, con el objeto de que no lo escape la dirección del combate, el capitán Roa hace replegar la fuerza que cubre ese flanco, escalonando los piquetes que la componen á lo largo de un sendero que pasa por detrás de la capilla y sigue en dirección oblicua á proximidad de las barrancas del río. Abrigadas en las zaujas y los árboles que festonan ese sendero, pueden las fuerzas citadas resistir con ventaja y proteger la retirada que va á ser emprendida antes de mucho.

Desde el primer momento el choque se inicia ardoroso, las bajas de sangre comienzan á producirse en uno y otro bando y, por el nutrido fuego que hacen los defensores de Tacuati, se comprende que, aparte de que no ha habido sorpresa, va á ser obstinada la resistencia que encontrarán los brasileños para desalojar á los paraguayos de la posición que ocupan.

Más de veinte minutos hace que dura el fuego cuando se nota cierto movimiento en la línea de los atacantes. Su artillería, cuyas piezas heridas á sol plano relumbran á lo lejos, se establece en una altura; un poco adelante la infantería efectúa su concentración.

En el centro, á una distancia media, sobre el camino polvoriento, lleno de baches profundos, una gran masa oscura se mueve con marcha comparada y crece cada vez más.

Es el núcleo de la brigada del general José Antonio Correa da Cámara, que forma la columna de ataque.



A la desfilada, arrimados á los cactus gigantes que bordean la ondulante carretera, ó semiocultos por los tupidos matorrales que crecen á uno y otro lado de la misma, con el cuerpo encorvado y el fusil en guardia, prontos á hacer fuego, se ve avanzar una doble línea de tiradores que recelosos, ojo avizor y deteniéndose á las veces para escudriñar el terreno, adelantan con precaución.

En su inquieto observar atento parecen cigüeñas desconfiadas que han sentido algo en el cañaveral.

Un poco á retaguardia de estos exploradores, que espaciados en orden abierto forman el fleco protector de las fuerzas enemigas, avanza formado en columna cerrada un batallón, á cuya cabeza un jefe de porte distinguido, jinete en un torcillo de gran alzada y con el sable en alto, viene animando á su gente. Es el mayor Moura que parece encontrar fácil el acceso á Tacuatí.

Apenas iniciado el avance de las guerrillas y el batallón brasileños, recrudece el fuego oblicuo que les hacen los paraguayos emboscados en el palmar, pero, en cambio, el de frente desde la capilla, después de un agudo toque de clarín, cesa como por encanto.

Algunos hombres de la avanzada paraguaya, que aun están fuera en campo abierto, se repliegan á escape al interior de la pequeña aldea; otros se disimulan en los accidentes del terreno y tras los cercos de los jardines, como si desistieran del propósito de combatir.

El enemigo cree más en un desbande que en una retirada y su jefe de vanguardia, cuando calcula que de un solo aliento pueden llegar sus hombres en rápida carrera á la capilla, los lanza impetuosamente al asalto. A los flancos del camino obstruido por troncos de árboles volteados á su través, y dentro de los ranchos se oye un vago rumor, confuso hormigueo de hombres. Luego una enérgica voz de mando seguida del redoble prolongado de un tambor. Entonces, el frente del recinto se incendia con un relampagueo fulgurante y retiembla con el estruendo ensordecedor de una doble descarga. Otras se suceden y barren la columna del asalto; fusilados á quema

ropa, los brasileños vacilan y luego retroceden en confusión, sufriendo grandes pérdidas.

Momentos después, por falta de unidad en el movimiento, es rechazada su caballería en el ataque á la izquierda, donde, además de aquella circunstancia, la configuración del terreno, impropia para una carga, dificultaron su rápida acción.

La deshecha columna retrocede hasta el cañadón cercano al abrigo de cuyas laderas se rehace y, apoyada por su reserva, renueva el ataque, esta vez al mando del comandante Oliveira, quien ha reemplazado al mayor Moura, puesto fuera de combate.

Briosamente, á paso de carga, los brasileños se lanzan al asalto de la posición, siendo recibidos con un fuego tan intenso, que de nuevo flaquean al pie de aquellas vallas espinosas defendidas con furor.

El ojo sanguinolento, imperturbable, de la tropa guaranílica los acecha por entre las grandes pencas de los caraguatás, al través del encañado de los cercos y los ranchos, ó por los intersticios que espacian los troncos en que están parapetados. Tranquilamente con destreza insuperable, aquellos indios de uniforme rotoso muerden el cartucho, cargan, atacan y disparan sus viejos fusiles apuntando al montón, sin errar golpe. Un instante, en la entrada del villorio, — frente á la capilla, se llega al combate á arma blanca; pero, la reserva paraguaya acude á su vez, haciendo retroceder á los brasileños que habían franqueado el obstáculo de la barrica.

Hay entonces un encalme en el fuego por parte de los asaltantes, que se retiran como obedeciendo á una señal convenida. Esa calma, amenazadora como la de una atmósfera pesada, es precursora del huracán. Se presiente que el enemigo prepara el ataque general con fuerza irresistible.

Mediante un vigoroso avance de su brigada el coronel Silva Tabares desaloja á los paraguayos ocultos en el palmar y con fuegos rápidos toma de enfilada la reserva de aquéllos situada á retaguardia de la capilla.

En su segundo ataque á fondo, los brasileños han podido cerciorarse de lo escaso de la gente que manda Roa, y que las familias, que suponían en Tacuati, deben estar internadas en los «yerbales», por cuya circunstancia, el general Cámara decide apoderarse del punto ametrallando á sus porfiados defensores. Próximo ya á la mitad de su carrera el sol desploma sus rayos á pique sobre los combatientes que entre nubes de polvo y humo, desmayan sofocados por un calor intolerable.

De repente se oye un estampido seco y un blanco copo de vapor forma movable penacho sobre la loma al Oeste de Tacuati. Un primer proyectil con resplido de invisible monstruo alado, llega zumbando y estalla sobre el frontis de la capilla que desconcha en gran parte y hace estremecer la torre. Los tiradores apostados en ella se apresuran á desalojarla, temiendo aquel punto de mira del enemigo.

Casi en seguida un nuevo proyectil destecha el rancho que sirve de sacristía á la capilla y de morada al monagón de la misma, que hubiera sido destrozado allí con su misero ajuar si ya no estuviere incorporado á la fuerza defensora, batiéndose como un verdadero soldado.

Desde ese momento las metralhas hacen crítica la situación de los paraguayos, que estrechados ahora por todas partes, tienen pérdidas graves. En tales condiciones la resistencia es imposible. Fuera de combate más de la cuarta parte de su efectivo y muertos y heridos casi todos sus oficiales. Roa dispone la retirada para salvar el resto de su gente refugiada detrás de la pequeña iglesia. Reorganizada al amparo de este abrigo precario, —abandonado su parque y municiones, lo que queda en pie de la fuerza paraguaya se desprende á la carrera de los cerros de Tacuati— y alcanza el río por el camino hondo al este de aquel punto, sin esperar el ataque general. Protegidos por el fuego de la fuerza de Bordéu que ha tomado posición en la otra orilla los paraguayos pasan á nado el Paraná y se ocultan en las espesuras del norte, consiguiendo así, su salvación aquel puñado de valientes.

## V

Violenta retirada transportó lejos, en varias horas de marcha, á los derrotados de aquella triste jornada, eslabón sangriento de una interminable cadena de mortíferos encuentros, de continuos desastres.

Solo ciento treinta y cinco hombres formaron al toque de llamada, y cuando el día espiraba haciendo resaltar sobre un horizonte violáceo la fronda oscura de los montes Ibirati y la noche dejaba caer sobre la tierra el trémulo fulgor de sus primeras estrellas: los paraguayos, insensibles á la fatiga, llegaban á la costa pantanosa del Aguarai-Guazúñ buscando el paso del camino á Igatimi.

Los «curupahís», los altos «timbós» y los ramosos «handipás», vieron pasar en silencio bajo el temblante dosel de sus copas de perenne verdura, á la desgarrada y famélica hueste que ahora, marchaba penosamente, con pasos vacilantes, tanteando una senda en la oscuridad. A las unidades de aquella heroica tropa nada les impedía el desertar; sin embargo, nadie lo hizo.

Los paraguayos ya no iban erguidos, ya no eran hombres feroces; pasado el paroxismo de la lucha habían vuelto á su atávica mansedumbre, de ascendencia misionera, á su incurable obediencia pasiva. Y así, ensangrentados, dejando pedazos de su piel y de su carne entre las zarzas del camino, iban al cuartel general de López. Ni las más oduras pruebas pudieron apartarlos de la senda á que los empujaba su destino, sin una Antígona que los guiase en las tinieblas. La convicción fuerte de sus hijos y su desmedido valor hicieron que, como la Grecia antigua, tuviera aquel suelo sagrado su gran momento histórico.

Los campos de martirio están desiertos y ningún monumento se levanta en ellos como si no se pudiese luchar contra la religión del olvido, como si todos los vástagos de la

tierra heroica yacieran en sangrientas tumbas, al pie de las trincheras que hicieron estremecer con la explosión de su coraje.

Apenas si en la margen izquierda de la *ese*, que en violentas curvas describen las aguas de nuestro río nacional, más allá de la enorme masa de tierra que un día formó la mole de perfil potente llamada «Bateria Londres», se ve erguida sobre la alta barranca la negra ruina de la iglesia de San Carlos de Humaitá, último resto glorioso del temido baluarte que ilustró con su heroísmo un oscuro punto geográfico y que justificando su nombre indígena (1), para siempre esculpido por el hierro y el fuego en los fastos de la historia, es como un símbolo santo que perpetúa la memoria de sus heroicos defensores.

Y como al sur al norte, en la región que asombran las selvas seculares, donde con el último estertor de la raza tuvo lugar el trágico final de la homérica contienda, hoy el tiempo ha borrado hasta el menor vestigio de la tremenda lucha, hasta el recuerdo de aquellos días luctuosos.

Ávidamente el suelo arcilloso, de asperón rojizo, ha absorbido por todos sus poros la sangre de los varones nativos, las lágrimas de las madres paraguayas, resignadas como la Niobe antigua a la pérdida de sus valerosos hijos, y este riego oruento ha renovado su fecundidad feraz con la vida, demasiado abundante, de los climas tórridos.

En el inmenso hipetro de la Naturaleza, que constantemente reproduce, con maravillosa armonía, sus fenómenos de luz, de vida y de movimiento, nuevas auroras serenas, nuevas mañanas primaverales, nuevos días apacibles han vuelto a sucederse y han acariciado con el ósculo tibio de sus brisas perfumadas aquella cálida tierra virgen; ni vos soles ardientes, nuevas lluvias copiosas han vuelto a fertilizar aquel terruño privilegiado, han coloreado su flora, han reanimado su fauna, han acaudalado sus ríos; pero los hombres de ayer, los hombres de temple de acero, duros y bravos,

(1) «Hámá-ítá». — La piedra es ahora negra.

no han vuelto, no han reaparecido, pasaron como una sombra.

Allí, en la zona tropical que fajan bosques impenetrables y encauzan límpidas lagunas, flota en el ambiente un aire de tristeza y todo parece llevar impreso el sello de una profunda melancolía. Al pie de las ásperas faldas del Amambai, en los senos sombríos de los boscajes del Chiriguéto, en los desiertos campos de Miranda y de Vacarias reina un augusto silencio. Junto a los hogares destruidos el alma de la patria vela insomne, petrificada en su dolor.

El Paraguay antiguo, el Paraguay de los grandes heroísmos, el de la guerra formidable, el verdadero Paraguay ya no existe, y el nuevo, aceptando altivo la pesada carga de una herencia gloriosa, debe mantener incólume el recuerdo de aquella epopeya inmortal y de sus héroes legendarios.

ADRIANO M. AGUIAR.

Junio 23 de 1911.

## DE TODAS PARTES

ALBERTO SAMAIN

Del malogrado autor de *Aux flancs du vase*, escribe Pedro González Blanco en la revista española *Helios*: De Alberto Samain, dice Remy de Gourmont que ha sido entre los poetas jóvenes, el más suave, el más original, el más delicado, el único capaz de hacer vibrar al mismo tiempo todas las campanas de todas las almas. Simbolista, más por natural inclinación de su temperamento, que por iniciales preconcepciones de escuela, sus poesías son íntimamente espontáneas y artificialmente bellas. Aislado de los entusiasmos del grupo simbolista, jamás modificó sus versos caprichosamente por seguir una u otra regla, y el exquisito poeta que cincelaba alejandrinos con el magnífico sentido artístico de Chenier y de los mejores parnasianos, nunca se atrevió a usar del verso libre. Baudelaire y Verlaine fueron sus padres espirituales. En ellos encontró los dos polos donde su acción podía cristalizar. De Verlaine tomó la gracia y la sugestión del ritmo, de Baudelaire la armonía especial del alejandrino, y á esto agregó su parte personalísima, la manera de elegir asuntos y vocablos, la afición á evocar antiguas civilizaciones. *Au Jardín de l'Infante* es una obra originariamente simbolista. Los elementos principales de estos versos son imperios en la agonía, esfinges con ojos de esmeralda, andróginos y hermafroditas; todas las posibles degeneraciones se ven representadas en los poemas de Samain, artista más de decadencia que de calente.

En *L'allée solitaire*, evolución Samain hacia ideas más sencillas, evolución que se interrumpe en *La prière du convalescent*, donde vuelve á su primitiva manera. El amor á Grecia, se revela patentemente en *Aux flancs du vase*, libro transparente y sutil, que marca en la vida de Samain, una nueva etapa. Alejándose de la influencia de Verlaine y Baudelaire, escribo en este libro el poeta, una poesía más dulce y

más pura, haciendo de la amplia noción que del idioma tenía, el instrumento de su verbo nuevo, y empleando en lugar de la palabra rara la palabra propia, que la mayoría de las veces era la más sencilla. En el foudo, este complicado amaba la sencillez sobre todas las cosas, y en poesía para ser sencillo: no hay más que seguir el consejo de Verlaine, esto es, llegar á la plena posesión de sí mismo. Y Samain, que también conocía el arte de las *nuances* hubiera producido obras de gracia y de sensibilidad. Pero la muerte lo arrebató cruelmente, justificando una vez más aquel hermoso verso de Plauto: *Quem dii diligunt, adolescentem moritur...*

UNA NOTA OLVIDADA

León XIII ha cerrado al fin los ojos. Su frente fatigada, en la que noventa años araron homlas arrugas, descansa ya en el regazo de la buena muerte. Su vida se ha apagado dulcemente después de haber brillado con la intensidad del sol. Ya está dormido para siempre. Sus ojos no volverán á abrirse, sus labios no volverán á agitarse, sus manos no se alzarán ya para bendecir al orbe; ya no pensará su cerebro, ni latirá su corazón; ni el Papa-Rey señalará á la humanidad cristiana con su brazo casi secular el camino del porvenir. Ya está muy lejos de la tierra. Su misión en ella ha concluido.

Su viaje fué largo.

Peregrinó á través del mundo con su ideal á cuestas. Era una idea en marcha hacia el porvenir. Era un hombre y fué más que un hombre. Para imponer sus órdenes, le bastaba levantar los ojos al cielo; millones y millones de hombres, caían de rodillas á sus plantas. Fué heredero de un caos y legó á la humanidad un nuevo evangelio. De la sombra hizo luz; del temor esperanza; fué un pontífice, un rey, un padre, un maestro, un amigo. Sobre las tempestades de la vieja Europa, sobre las convulsiones del mundo todo, sobre los duelos y desventuras de la humanidad doliente, su silueta blanca, casi incorpórea, erguida sobre su trono espiritual, era un símbolo de esperanza.

Su reinado ha concluido; trás de sí deja el monumento de su vida pura y fecunda, de sus obras realizadas, de sus anhelos del mañana...

Duerma en paz.

LITERATURA AMERICANA

Rufino Blanco Fombona da cuenta sumaria en un interesante artículo publicado en *La Revue* de París, de algunos libros americanos. *Las sombras de Helios* de Leopoldo Díaz, el inspirado y singular poeta argentino, de quien dice ser un poeta exquisito de gran cultura clásica, que se cuenta en el número de los que más han contribuido á dar amplitud al lenguaje literario en América. Á oxigenar nuestra poesía lírica asfixiada, á fundar el «neo castellano». En él, nada de la anqui-

lisis de los poetas españoles, ni de la exuberancia de los poetas americanos. Los versos de Díaz, esculpido en un puro pentámetro, desbordan de poesía, como la dulce mitología que ellos cantan. El libro ha aparecido en Suiza, vertido al francés por M. F. Raisin.

*Sangre patricia*, es la última novela de M. Díaz Rodríguez, que es hasta hoy el primero de los novelistas de Venezuela, y tal vez de toda la América Latina, al decir de Fombona. Díaz Rodríguez posee en alto grado dos virtudes literarias: la más minuciosa observación y el más bello estilo. Es — ó será — Balzac escribiendo con la pluma de Saint Victor ó de Gauthier.

*Reminiscencias lutescas* es el título de un volumen recientemente publicado en Madrid por el colombiano Pérez Triana. Son recuerdos de la vida de estudiante, notas sentimentales, cosas de Leipzig. Pérez Triana, pasa, en los medios donde es conocido, por un excelente *causeur*. Su obra, no es, á decir verdad, más que una serie de conversaciones, de confidencias también, porque se encuentra en cada una de ellas al autor de cuerpo entero, aún en las más impersonales. Leídas en un rincón de café, entre dos vasos de cerveza, deben ser admirables.

Sobre el libro *Los Modernistas* de Víctor Pérez Petit, sólo se lo ocurre al señor Blanco Fombona, hacer los comentarios siguientes: Hay una cosa más detestable á mi sentir, que el conservatismo, el snobismo que no tiene ni gusto, ni juicio, ni personalidad: que corre con solitud tras todas las novedades creyendo, con muy buena intención, que la última es siempre la mejor. Ser triste y digno de lástima, no hay que confundirlo con el alma generosa que busca sin tregua y aspira á las nuevas formas de la belleza. En América del Sur, el snobismo hace estragos. El deseo de exhibirse y la prodigalidad que nos ha hecho dar en París el nombre de *rastaquouères*, se traduce en el dominio del arte por un amor inmoderado y á veces irracional, hacia las literaturas de última hora. En mi carácter de nuericano, me inclino á creer, por respeto á mis compatriotas, que este snobismo literario es un momento de la evolución intelectual, un instinto mal dirigido en busca del ideal. En cuanto al *rastaquouérismo* si consisto, como creo entenderlo, en la pasión por los diamantes, por los colores chillones, por la ostentación del desplumado, quiero hacer constar que no nos debe su origen. En lo que concierne á nuestra afición por los colores vistosos y las piedras preciosas, confiamos con todos los pueblos del oriente y del mediodía, y con algunos del norte: Escocia y Holanda, por ejemplo. En cuanto á la ridícula jactancia del derroche, ¿hay acaso alguien que haga más alarde de sus gastos que los yankees y los rusos? Digo todo esto con cierto dolor, porque si nos quitan los *rastaquouères* y los snobs, ¿qué nos queda? Estaríamos casi por perder nuestro color local, nuestro carácter nacional á los ojos de los extranjeros, si no tuviésemos en reserva,

para dicha nuestra, nuestras revoluciones. España ha hecho bien en guardar sus corridas de toros y sus frailes. Lo que desespera, es llamarse Portugal. Pienso en todo eso, al leer el volumen de V. Pérez Petit *Los Modernistas*, donde el autor después de un estudio sobre la poesía lírica en Francia, emite su opinión á propósito de Hauptmann, d'Annunzio, Tolstoy, Verlaine, Eugenio de Castro, Strindberg, Rubén Darío, Tarchacof, Mallarmé y Nietzsche. Esta cohorte de personalidades de todos los países y de todos los calibres, no pertenecé, que yo sepa, á la escuela filosófica ó literaria, que justifique el título de la obra *Los Modernistas*. Sin duda, Pérez Petit ha querido estudiar los hombres del día que más influencia han tenido sobre el pensamiento mundial, los *modernos*, si se quiere. Yo tengo mi razón para suponer que Víctor Hugo no leyó nunca el *Paraiso* del Dante. Cuando el padre Hugo en una de sus obras más conocidas, habla del padre Dante, sigue al viejo Gibelino paso á paso á través del infierno, pero cuando llega al Paraíso, Hugo exclama: «eso león camina solo». Semejante al gran maestro, yo me detengo en el dintel de ese nuevo paraíso, de ese paraíso de escritores: eso león camina solo. Sin embargo, es necesario ser justo. El nombre de Pérez Petit no es desconocido; es hasta estimado entre los latino-americanos, porque se ha asociado siempre á trabajos muy bien intencionados. El *snobismo* no es el mal de él, pero sí el nuestro, y Pérez Petit sigue su camino en compañía de un gran poeta, el autor de las *Narras* y de un *chroniqueur* elegante y amable, el autor de *Almas y Cerebros*.

A Miguel Cané, el incomparable autor de *Jurenilia*, el señor Blanco Fombona, le propina lo siguiente, en venganza sin duda, de las *gaitcheries* del escritor argentino en su artículo *Mi debut diplomático*, en el cual Cané, presenta con desnuda crudeza, algunas fases de la Venezuela de Guzmán Blanco: «Un rastaquouero insoportable, una mediocridad afectada de cierta *sans façon* petulante, es el argentino á quien se debe un volumen reciente, titulado *Prosa ligera*. Ese libro de vejez, flor tardía, literatura de empleado de administración pública, es la corona que ha tejido para su frente, en el otoño de su vida, un diplomático de ultramar. Colección de frases triviales, artículos de diarios, necrológicas de papotilla, este opúsculo sin unidad, sin plan, sin trascendencia, escrito en estilo de notario, más parece un ensayo de adolescente enfermo de literatura, que la obra madura de un hombre envejecido en la ociosidad de las oficinas públicas. Es una recolección, abundante en *clichés*. En ese jardín de lugares comunes florecen con igual exuberancia, las banalidades de pensamiento y de estilo». Y esto es todo.

A Manuel Ugarte, lo coloca entre los verdaderos literatos americanos. A Vargas Vila, le llama el más brillante representante de la prensa latino-americana, y de Gómez Carrillo, dice que en el prólogo

de *Mis años de los horizontes*, libro del que es autor Blanco Fombona, prodiga su exquisito talento de millonario que no teme la ruina.

WAGNER

La representación de *Los maestros cantores*, ha puesto á Wagner á la moda. Todos hablan de él, discuten y comentan sus obras aunque probablemente pocos las entienden. En los diarios la crítica ha hecho derroche de erudición. Se ha hablado de música erudita, música científica y hasta de música celestial. Wagner ha sido el tema obligado por varios días. A lo mucho bueno y malo que se ha dicho agregaremos algo por nuestra cuenta.

La música wagneriana obra directamente sobre el sistema nervioso. A la parte emocional, psíquica de su música. Wagner ha agregado un nuevo elemento desconocido hasta ayer, destinado á herir la fisiología del oyente para obtener sensaciones nuevas. Todos sabemos que la sensación estética, no es más que el producto de un proceso psicológico más ó menos rápido. Los nervios llevan al centro emocional, las sensaciones que reciben del exterior y éste vibra más ó menos intensamente y pone en actividad el sistema. Hay grupos de sensaciones bien definidas que nuestro sistema conoce perfectamente. La psiquis humana está preparada de automano por el hábito para percibir las sensaciones que lo son comunes, las que existen estratificadas por así decirlo en los centros nerviosos. Así sabemos antes de aspirar el perfume de una flor la sensación que aquello nos producirá. En música pasa algo análogo. Todos tenemos noción de sonido, compás, armonía y melodía. Sobre esa base psicológica ha descansado hasta ahora el concepto musical. La música para ser lógica debe desenvolverse sobre los preceptos establecidos y responder á las nociones de compás, acorde, melodía, armonía, etc., que el hábito ha creado en nosotros. Y así es efectivamente.

Un oído medianamente educado, puede seguir casi *a priori*, una melodía simple. Excitado el centro nervioso correspondiente á la sensación musical y puesto en actividad, va desenvolviendo el proceso emotivo instintivamente, hasta el remate de la frase musical. Pero si este proceso se interrumpe por un brusco cambio de tono, se producirá una sensación violenta, un desequilibrio. Un nuevo elemento ha venido á interrumpir su desenvolvimiento, una nueva sensación, reclama la atención del sistema. Da ahí un brusco sobresalto nervioso, producido por la acción conjunta de aquellas dos sensaciones que bien pronto se neutralizan en una nueva sensación que á su vez va á ser interrumpida. Y así hasta lo infinito. Este es el procedimiento de Wagner.

Nada de melodía ni desenvolvimiento lógico. Agrupa sus frases musicales y las lanza unas sobre otras, produciendo intensos desgarramientos

melódicos que rápidamente recomponen por medio de la armonía. Los centros nerviosos se hallan continuamente solicitados por sensaciones encontradas que se funden y neutralizan, para volver nuevamente á separarse, á independizarse unas de las otras, y formar determinados símbolos.

Este caos musical al principio desconcierta; luego la repetición continua de determinadas frases que se perciben claramente en medio de armonías imposibles solicitan la atención. Ese es el símbolo. Entonces se tiene la visión de «la música del porvenir»: una suerte de panteísmo musical en que todo cobra vida y movimiento y en el cual á cada objeto corresponde determinada frase musical. Por último Wagner echa mano de otro poderoso elemento de sugestión: la escenografía. A la sugestión auditiva, une la visual. Agréguese á todo esto el genio del gran músico.

El procedimiento pudo crearlo cualquiera, ya se había diseñado en Chopin y Berlioz, y Mascagni y Puccini lo emplean en la actualidad; pero el genio del maestro de Bayreuth, sólo era de él y él se lo llevó á la tumba cuando murió solo y olvidado con el ideal clavado en su vieja frente llena de dolores.

ANTIGÜEDAD DE AMÉRICA

El señor Juan B. Ambrosetti refuta en un artículo publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Buenos Aires, un trabajo publicado en *La Revue* sobre la antigüedad de América por el doctor Latouche Traville, quien al decir del señor Ambrosetti, revela un completo desconocimiento de lo que se ha escrito sobre arqueología y etnografía americanas. Efectivamente, el escritor francés afirma muy suelto de cuerpo que hasta hace 10 años á nadie se le había ocurrido pensar en los problemas relacionados con la existencia de la América precolombina. Contesta á esta afirmación el señor Ambrosetti con una prolífica enumeración de hechos que arrancan desde la época de la exhumación del gran calendario Azteca en el siglo XVIII, que pone de manifiesto la labor desarrollada por los hombres estudiosos, á lo cual agrega datos bibliográficos bastante completos de los estudios emprendidos.

Enumera el autor en favor de su tesis, las obras de Mr. Gallatin (1836), Mortier (1836), Lund, Nickenney y Hall (1844), Collin (1844), D'Orbigny (1847), Lord Kingsborough, Stephens y Catberwood (1851), Schoolcraft, James G. Swan (1861) en la América del Norte y Humboldt, D'Orbigny, Castelnau, Rivero y Ischudi, Gay, Brasseur de Bourbourg, Giharnay en la del Sur, sobre la materia, por más que el señor Latouche-Traville no dá en su artículo importancia alguna á la América Meridional. Pasando á otro punto, destruye el articulista la afirmación del señor Latouche que atribuye á Foster el carácter de descubridor de los mounds y demás construcciones de tierra indígena, cuando, Squier y Davis, ya en 1847 y 48 publicaron su gran obra *Au-*

*cient Montments of Mississipi Valley*, en la que se hace la descripción de las exploraciones realizadas en más de 200 mounds. Así mismo W. H. Hittlesay, publicó en 1852 los resultados de sus exploraciones y J. A. Leaphans en 1855 su libro *The Antiquities of Wisconsin*. Quien quiera conocer los trabajos al respecto, anteriores á Foster, no tiene más que recorrer el trabajo del doctor Samuel F. Haven, *Arqueología de los Estados Unidos*. A los pocos nombres de hombres de ciencia americanos que incluye en su trabajo el señor Latouche, agrega el articulista los que creyó no deben silenciarse, así como sus trabajos y obras y concluye diciendo: Sud América también posee su pléyade de trabajadores, pero á su obra no se ha referido el doctor Latouché-Traville, y por eso no trataremos de ellos en este artículo, que no quisiéramos ser tomados como *escrita pro domo nostras*.

•••••

¿*Ideas*, es una nueva revista que se publica en Buenos Aires. El material de esta revista argentina deja mucho que desear. La dirección debe preocuparse formalmente de seleccionar sus materiales literarios y de apagar los fuegos del crítico Alberto Gerchunoff — suponemos que este sea un pseudónimo — quien en malísimas notas arremete contra Dios y todo el mundo, olvidado sin duda en su fiebre de reformador de que bueno es predicar, cuando se tienen las virtudes que se invocan... y desgraciadamente el nuevo crítico de todo tiene menos de virtuoso. Léase un poco más, equilibrio su espíritu, no olvide tan fácilmente las buenas reglas literarias y después critique.

La acometividad de esta revista es sin duda congénita, pues toda ella respira vehementes impulsos que francamente hacen sonreír por lo ingenuos...

#### HISTORIA AMERICANA

En la revista *Estudios* de Buenos Aires, el doctor don Vicente G. Quesada, publica un nuevo capítulo de su notable obra, *La sociedad hispano americana bajo la dominación española*, de la cual nuestros lectores conocen el capítulo publicado en nuestro número de marzo. El título es: *La lengua quechua en las provincias argentinas*. Trata el nuevo estudio del señor Quesada de *El idioma castellano y las lenguas indígenas*, cuyo desenvolvimiento histórico á través de la conquista y la colonización sigue paso á paso.

Siempre y tenaz fué la lucha entablada por los conquistadores contra las lenguas indianas. Los conquistadores españoles tuvieron en los misioneros la más eficaz cooperación para propagar la lengua castellana, puesto que, sin conocer los idiomas indios y sin que las poblaciones indígenas supiesen la lengua castellana, era evidentemente imposible la predicación del Evangelio.

Mientras los conquistadores eran absorbidos por las continuas guerras, la clerecía ejercía su acción poderosa sobre los indígenas hasta los cuales llegaba con su propia lengua, para después infiltrarles el nuevo idioma. Las autoridades de la península no se preocuparon al principio grandemente de la cosa. En la real cédula dada en Toledo á 8 de julio de 1570, se recomendaba, que la enseñanza de la lengua castellana se haga con la menor molestia para los indios, gratuitamente y sólo para los que quieran voluntariamente aprenderla. Era preciso llegar al sistema de enseñanza gratuita y obligatoria, como se resolvió en la cédula de 1770, por la cual imperativamente se ordenó que se procurara la extinción de los idiomas indios y se enseñara la lengua castellana para reemplazarlos. Virreyes, gobernadores y obispos obedecieron el mandato, no así la baja clerecía, que lo desatendió generalmente, siendo necesario que las perentorias órdenes del rey fueran comunicadas frecuentemente para obtener el resultado apetecido. El resultado obtenido no fué obra de la casualidad sino de la previsión, del celo y cuidado incessante de recomendar esa enseñanza para servir á los intereses religiosos, para facilitar el buen gobierno, en fin. Hace el autor severas inculpaciones al clero y en particular á las reducciones jesuíticas, en algunas de las cuales, dice, se ignoraba en absoluto la lengua castellana. Sin embargo las frecuentes y perentorias órdenes emanadas de la península, incitando el celo de los clérigos para la enseñanza de aquella lengua, produjo al fin sus efectos. El empeño natural y prudente del gobierno español en procurar la civilización de los indios y la propagación del Evangelio, produjo la barbarización de las lenguas indias, condenadas á desaparecer porque faltaron maestros que las enseñasen como en el Perú, en México y en el nuevo reino de Granada; comenzaron los idiomas indígenas á mezclarse con vocablos de la lengua castellana, y la lengua de los chibchas fué la más fácilmente olvidada. En muchísimas comarcas sólo quedan de aquellas razas precolombinas los nombres indios en la geografía etnográfica, las ruinas de algunos monumentos y las colecciones de alfarería, armas, joyas y tejidos que se guardan cuidadosamente en los museos y cuya variedad é importancia púdense apreciar en la notabilísima *Exhibición americana* que se ha verificado en Madrid con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Concluye el doctor Quesada aconsejando el estudio de los métodos adoptados por los españoles con el objeto de extinguir los idiomas y dialectos de los indios, á fin de evitar la corrupción de la lengua madre y la formación de dialectos locales, de provincialismos poco castizos, tanto más hoy que la nación del norte del continente pretende que su destino manifiesto es su absoluto predominio en América, y ha conseguido ya borrar la lengua y la raza del territorio que fué de México.

## LETRAS NACIONALES

La musa nacional, aúda de capa caída. Cierzo que los poetas también lo están. Prueba de ello un poema, según reza la carátula del folleto, que acaba de aparecer, y que entre otras, contiene estas lindozas:

Después de una estada  
de dos meses de buenas vacaciones,  
bajo el techo bendito de mis lares  
y dentro del ambiente en que he nacido  
de mis leales y francas relaciones...

...cuando lleno de dicha ilimitada,  
al dolor lo reía,  
al espin lo anhelaba,  
para pintar mi faz apasionada  
con eruel melancolía,  
cosa que de romántico, deseaba.  
.....  
Cuando sentí de pronto por la espalda  
un golpecito fuerte  
y al dar vuelta encontréme con un joven  
que me habló de esta suerte.

—Voy a narrar el prólogo  
de mi clásico millo.

No pretendo contaros mis amores  
porque el año después no lo concillo.

Yo tan sólo, os diré, que ha muchos años,  
cuando Marta pisaba los dinteles  
de un colegio de Hermanas;  
sentía en mi pecho la nostalgia inmensa  
de verla, así todas las mañanas.

Una tarde al pasar lo hablé muy quejido.  
;Enfermo estaba el astro que cala!  
;Vermelloneó el rubor! Se puso espléndido!  
;Mientras yo de contento me moría!

Salgo a pasear las calles de mi pueblo,  
¡que tantas veces las honré su planta!  
Absorto, cabizbajo y taciturno,  
cual si llevase un peso en la garganta.

¿Qué dicen ahora los señores críticos, esos que no tienen más que palabras de censura para determinados escritores y callan ante las monstruosidades de sus parciales?

## TEATRO URUGUAYO

La asociación del Teatro Uruguayo ha sufrido una primera derrota. Lo que se explica por múltiples motivos. Falta de educación en el ambiente, falta de educación en los individuos. Total: ineducación individual y colectiva.

La literatura dramática es la última manifestación de la evolución artística de los pueblos. No debemos apresurarnos, pues; nos falta recorrer aún gran trecho. En la poesía nacional, recién se diseñó; la novela, no ha desenvuelto su acción; el drama aún no existe. *Ajena* de Blixén, fué un ensayo feliz. *¡Bellaco!* que ha sido el clon de la temporada, es sólo una antinomia grotesca. Por ahora debemos conformarnos con los Juan Moreira y Julián Giménez.

ANTOINE

Antoine en una de sus últimas funciones leyó una conferencia interesantísima sobre su teatro, sus tendencias y su paseo artístico por los teatros sudamericanos. Con Montevideo no fué muy amable. Quejóse amargamente de no haber sido comprendido por la absoluta falta de preparación del público; para las revoluciones artísticas. Manifestó que Montevideo está en una infancia, que así como sus habitantes recién están aprendiendo a ver estípite, también en materia de estética están recién probándose las calzadas. Habló de la prensa y manifestó la carencia absoluta de crítica, observación justísima encuadrada dentro de la verdad. Dijo que en Buenos Aires la crítica había hablado conscientemente, que en Río Janeiro la opinión se dividió en dos bandos, que sólo aquí la indiferencia más perfecta lo ha acompañado.

Y en efecto: Antoine, que disertaba con la impecable corrección de un maestro catala casi solo, cien personas le escuchaban.



## BIBLIOGRAFÍA

LA NOVELA DE LAS HORAS Y DE LOS DÍAS. — (Notas íntimas de un pintor), por Manuel Ugarte. — Un volumen de 232 páginas. — Garnier Hermanos, libreros, editores. — París, 1903.

Este nuevo libro de Ugarte cimienta en definitiva su personalidad artística. Ya nada supone que se le pida orientación científica ó se le imponga la necesidad de dar faz práctica á sus obras, localizar sus novelas, ó escribir literatura americana.

Ugarte es un artista cosmopolita, nómada, sentimental y personalísimo. Nació en Buenos Aires, como pudo nacer en San Petersburgo; tiene vínculos con la tierra argentina como podría tenerlos con la sueca, pero su alma, su temperamento, su arte son universales, y de esa universalidad es que deriva la consagración de su individualidad.

Ya nadie debe discutirlo.

Es un americano que como Darío y más que Darío ha salvado el escollo de América y ha penetrado en el dédalo europeo. Las grandes revistas mundiales traen sus artículos. *La Revue*, *La Humanité Nouvelle*, *La Lectura*, *Nuestro Tiempo*, *La España Moderna*, *Helios*, nos traen desde Europa sus páginas y nos hablan del talento del joven autor.

No se le pida más. Es un artista y da su arte ¿por qué solicitar otra cosa?

Y es una influencia. Aquí en Montevideo recién se le está leyendo— y tuvimos el honor de ser su anunciador— y ya se lo imita. Aye de paso entre nosotros, dejó semilla fecunda. Un joven escritor, Enrique Croca, de la noche á la mañana se ha convertido en su discípulo apasionado. Y Ugarte hará escuela.

Y ya la tiene. Su prosa posee caracteres bien definidos. Su sello es indeleble. La fuerza emotiva de su temperamento todo lo marca. De

los escritores hispanoamericanos es el más sincero, el más humano, el más honrado y también el más intenso. Sus temas — su *leit motif* vibra en todos sus libros — son originales y personalísimos. Es triste, es pesimista, es desesperado, es enfermizo, pero todo eso es grande cuando se expresa con fuerza y alma.

Su estilo nadie lo confunde. El posee el secreto de las leyes misteriosas que presiden la formación de las frases originales é intensas. El idioma rebelde y áspero, se convierte en sus manos en un suave y melancólico tañer de campanas.

Ha imprimido al idioma giros nuevos que pueden suponerse derivados del francés, pero que sólo tienen por génesis el alto sentido estético de Ugarte. Gusta, por ejemplo, comenzar sus párrafos con giros como éstos: «A veces en mis correrías interiores, me pregunto porqué razón las articulaciones de las piernas de los volátiles juegan á la inversa de las nuestras.» «Mi cerebro era anoche como una biblioteca donde sólo hubiera cuentos de Poe y de Villiers de l'Isle Adam.» «Hay días en que siento deseos de huir de la ciudad y refugiarme en alguna aldea lejana.»

Esa brusquedad, eso desenfadado, esa concisión, esa sobriedad, esa intensidad, esa agudeza, eso descarnamiento de la frase para mostrar el concepto; esa rara composición gramatical; ese personalismo y esa fuerza en los verbos es sólo de Ugarte. Es que como Amiel, al decir de Bourget, «posee la mayor de las audacias literarias; la del neologismo y la invención gramatical.»

Y la lectura de este libro, largo y triste peregrinaje á través del alma humana ó sonriente, dulce ó áspera del amado escritor, nos deja una sensación íntima: prolongado y suave vibrar de nuestro mundo interior en donde «las campanas del alma» tañen suavemente en tanto que un crepúsculo azulado envuelve la ciudad fantástica....

LA RENDICIÓN, (novela) por Arturo Giménez Pastor. — Un volumen de 78 páginas. — Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes. — Montevideo 1903.

Es éste un libro triste; uno de esos dramas de la vida sentimental contemporánea que florecen sobre las almas modernas, como grandes azucenas olorosas. Un drama de suburbio pero no por eso menos interesante ni menos intenso, en el que los personajes tienen corazón y entrañas, sienten, aman y odian, sufren, ríen, agonizan y mueren con la misma verdad que en la vida. Una historia dolorosa que eucarna algunas fases de la sociabilidad actual y que por lo tanto tiene su tendencia. Pero no es esto precisamente lo que hay de más admirable en este libro. La tendencia social, se ha vulgarizado tanto, que ya nadie para mientes en ella.

Lo realmente hermoso es el libro en sí; la concepción sobria y ca-  
liente, la intensidad de emoción y sentimiento, la vida y la verdad  
que en él palpitan.

Un tenorio elegante, consigue enamorar á una pobre niña hija de  
obreros. Entra en la casa, visita, es admitido como novio, derrota á un  
pobre pretendiente de la joven que se retira lleno de dolor y rabia  
aplastado por la superioridad del rival, engaña á la niña, y una ma-  
drugada que abandonaba la habitación de la joven caída después de una  
noche de amor, es sorprendido por el rival que lo acecha, y que grita  
en la noche, no con voces, sino con roncacos alaridos:

— ¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Ladrón!

El otro, atónito, se detuvo en medio del patio, inmovilizado por la  
sorpresa, y antes que tuviera tiempo de reaccionar, se lanzó al patio  
el viejo Araldi, despertado por las voces de Brito.

— ¿Qué hay? — preguntó dirigiéndose á Contreras, sin darse cuenta  
volvía de nada. ¿Qué hace aquí?

Entonces Agustina, creyendo inminente el choque, se interpuso entre  
ambos y abrazó á su padre desesperada, gritándole:

— No, papá, no!

El pobre hombre, al ver á su hija semidesnuda ante el que á esa  
hora hallaba dentro de su casa, lo comprendió todo, sintió un golpe de  
sangre en la cabeza, quiso precipitarse sobre Contreras y sacudió bru-  
talmente á Agustina, que seguía abrazada á él. Doña Catalina á su vez  
llegó á contenerlo, gritando angustiada apóstrofes y súplicas.

El dolor y la ira del infeliz se condensaron en dos palabras y gritó  
á Contreras indicándole la puerta con ademán enérgico, terminante:

— ¡Vía! ¡Vía! ¡Vatene!

Contreras se marcha contento de haber concluido de una vez. Y en-  
tonces comienza el drama íntimo, sombrío, desenvuelto en aquellas  
tres conciencias. La joven languidece; planta de amor, cuando éste lo  
falta se marchita y va á morir. Los padres asisten en silencio al de-  
rrumbe de aquella vida, devorando lágrimas y vergüenza; ni una pala-  
bra, ni una queja, ni un reproche; pero la niña se muere, se agosta leu-  
tamente. Entonces los viejos se deciden y una tarde ascienden el  
calvario de vergüenza y dolor.

Aquel día, tarde ya, Contreras, al salir de su casa, vestido de punta  
en blanco, gran levita, deslumbrante plastrón claro, guantes crema,  
pantalón irreprochable, se encontró de manos á boca con don Tito y  
doña Catalina, en el momento en que iban á oprimir el botón del tim-  
bre, examinando con desconfianza y cortadía la casa.

— ¿Qué quieren?

Don Tito, sin mirarle, dando vueltas á su sombrero entre las grue-  
sas manos de obrero, venozas y ásperas, habló trabajosamente:

— Don Contreras... ya sabemos lo que pasó... ¡Eh! ¡Que se le va á

hacer!... Osted no ha vuelto en casa... Pero la mocha está enfer-  
ma, muy enferma... no se acostumbra, claro!... Y ya que pasó la  
desgracia ¿qué se le va á hacer!... Paciencia... Ahora, que no se muera  
la mocha, al menos. Osted me comprende ¿eh?

Y bajando la cara, agobiado y miserable, concluyó:

— Venga en casa... es un favor.

Se ha dicho que el argumento es vulgar. Nada de eso.

Eso martirio, ese calvario, esa agonía moral de cuatro seres concen-  
trados en su pena; ese obrero desgraciado que se aferra al trabajo para  
olvidar sin conseguirla, pues de pronto se sorprende á sí mismo, inmó-  
vil, con la garlopa inútil en las manos y los ojos llenos de lágrimas;  
esa pobre mujer con la cabeza llena de historias de príncipes enamora-  
dos asistiendo como una sombra dolorosa al declinar de la niña que  
se muere de pasión de ánimo; esa virgen caída que pierde la alegría,  
la juventud y la inocencia, que se dobla como una azucena marchitada  
por caricia impura; ese *marcha siniebre*, mezcla de lo grotesco y lo sub-  
limo, triste *marionette* que sólo aparece en escena, para sufrir, llo-  
rar y morir como un perro devorado por la pasión, el dolor y los celos;  
y ese ambiente de dolor, de desamparo, de glacial indiferencia que  
flota sobre todas esas almas turbadas, agonizantes y perdidas en el  
bullicio de la ciudad que goza y ríe, y del triunfo de los victimarios  
que ascienden á la luz mientras las víctimas se hunden más en la som-  
bra; todo eso es un poema y más que un poema de dolor.

La psicología de los personajes es humana. Contreras es un tipo  
común de las ciudades hispanoamericanas. Es el Don Juan de-oficio;  
el eterno perseguidor de doncellas humildes. Semi-inconsciente y semi-  
amoral, su temperamento y los prejuicios del medio ambiente lo arras-  
tran fatalmente á sembrar el dolor y la deshonra con la sonrisa en los  
labios y la indiferencia en el corazón. Doña Catalina es la aldeana inge-  
nua, la devota creyente de los cuentos de hadas, la eterna alucinada.  
Al viejo Araldi podéis buscarlo en cualquier taller de tercer orden; es  
el obrero honrado y feliz, cuya buena fortuna le pone en el caso de  
aspirar. La niña es un producto de selección. Las seniles ilusiones de  
la madre han formado la delicada sensibilidad de la hija. La aspereza  
campesina de los padres ha desaparecido en la niña para dar lugar á la  
psicología de modistilla romántica, lectora de novelas y dispuesta á  
hacer un romance de su vida. *Marcha siniebre*, es un ser inferior que  
tenía que perecer en la lucha. Traía en su propia debilidad el sello de  
su destino. Obstáculo que se aparta con el pie tenía que ser suprimido  
por el más fuerte.

La acción dramática es intensa y verdadera. Se desenvuelve dentro  
de la integridad absoluta del plan, sin una nota falsa. Todo es sobrie-  
dad y concisión y también verdad.

La filiación intelectual de Giménez Pastor no es fácil de establecer.

Dentro del arte actual es ecléctico. Es realista y romántico. En su novela hay elementos diversos, pero en el fondo es intensamente personal.

Su talento tiene varias faces.

Giménez Pastor encarna en sí la eterna antítesis del alma moderna. Sus libros siempre tienen dos fases; al lado de la alegría está el dolor; de la risa, el llanto.

Estos temperamentos hechos de contrastes siempre no han impresionado dolorosamente. Prefiero á Bourget con su eterna é incurable melancolía, suerte de *leit motif* que flota sobre todos sus libros, á estos espíritus duales que escriben con igual intensidad párrafos transparentes llenos de juventud y alegría, ó ásperas páginas llenas de dolor que estrujan el corazón hasta hacerle sangre.

Comenzáis á leer y desde el principio os sentís conquistados por el espíritu irónico, por la franca y sana alegría que exhalan las páginas, pero de pronto os detenéis desconcertados; una mano oculta que no percibís os ha herido, y entonces seguís marchando á tientas y os perdéis sin remedio en aquel dédalo psicológico. Debajo de las páginas corre un silencioso río de dolor.

Después de todo, eso es nuestra época. El alma moderna no sabe reír; la franca alegría ha sido proscrita del arte contemporáneo. La tristeza que es una forma de delirio colectivo, ha atacado á la época actual. Todas las manifestaciones del arte moderno llevan el sello de la decadencia moral de las razas. El mismo problema sexual ya sólo se propone como en este libro empapado en el inmenso dolor de lo irremediable. Bourget ha hablado en uno de sus romances de la religión del sufrimiento humano. Los poetas sólo cantan al dolor. En el fondo de todas las concepciones actuales aparece la máscara trágica. La humanidad no es más que una larga caravana que se encamina hacia el dolor.

La novela de Giménez Pastor es humana y actual. Libro viril y fuerte, lleno de color y verdad, síntesis de una página de la vida, es el producto de un vigoroso temperamento artístico y una sensibilidad equilibrada. *La Rendición*, señalará un momento importante en la evolución de la novela uruguaya.

La lectura del libro deja en el alma inmensa amargura. La crudeza dolorosa de las últimas páginas, en las que se proponen dos problemas terribles, es un vino áspero que quema los labios.

Y después de esta lectura, el sol parece pálido, el cielo gris, y el alma siente un frío agudo y penetrante como una hoja de acero.

NUESTRA AMÉRICA, por Carlos Octavio Bunge. — Prólogo de Rafael Altamira. — Un volumen de 233 páginas. — Henrich y C.ª. Editores. Barcelona, 1903.

Estudia Bunge en este libro — el más interesante aparecido en América en el presente año — la psicología del pueblo hispanoamericano y algunas de sus manifestaciones colectivas más características.

No vaya á suponerse que es esta una obra absolutamente de ciencia; nada de eso; pertenece á esa clase de libros que como *La locura en la historia* de Ramos Mejía, por más que partan de un concepto científico y persigan un fin didáctico, más bien que obras de ciencia, son obras de literatura por la dosis de arte que hay en ellas.

Eso no quiere decir que el libro de Bunge no sea un estudio serio y meditado. Al contrario, la intensidad de observación que hay en él y lo exacto de muchas de sus conclusiones hacen meditar seriamente sobre sus afirmaciones.

Claro que estos estudios de psicología colectiva hay que tomarlos á beneficio de inventario, que no pueden creerse en ellos en modo absoluto; porque en nuestra época se ha hecho de la psicología en general un medio especulativo, hábil para arribar á todas las conclusiones y sentar las afirmaciones más encontradas.

Tres razas con sus distintas modalidades contribuyeron á formar la entidad americana, producto híbrido por lo tanto sujeto á las leyes fisiológicas y psicológicas que presiden la formación y desarrollo de estos productos étnicos.

La raza española ya hibridizada por la cruz morisca y árabe que como los indios de América reconocen un común principio asiático; la raza africana y la raza indígena forman la triple base etnológica de la sociedad hispanoamericana actual.

En el desarrollo y actuación de estos elementos en la vida de la nueva raza, es que hay que buscar la causa de todos los fenómenos que hayan tenido y tienen por escenario el campo social de la América Latina. El atavismo todo lo explica. La herencia es la ley virtual que preside la evolución social del continente.

Este concepto que Bunge eleva á la categoría de principio científico cuando afirma: «la sangre, la herencia psicológica es el principio de los hechos, así como el calor es la última base cognoscible de la vida», establece claramente la filiación filosófica del autor.

El análisis psicológico que hace Bunge de la raza, es interesante por lo sutil y muchas veces exacto. He aquí los términos en que expone los antecedentes de la raza:

«La hispánica es arrogancia, indolencia, falta de espíritu práctico, verbosidad, uniformidad, *decorum*. Los indígenas de América resigna-

ción, pasividad, venganza. La negra *esclavocracia*, blandura, y cuando eutrónica con la blanca, algo que yo llamaría *hiperestesia de la aspirabilidad*.

De este conjunto de factores, deriva los tres caracteres fundamentales de la raza actual: *la pereza, la arrogancia y la tristeza*; por más que atribuya á cada país su *psicología nacional*, bien definida, originada por la distribución de los diversos pobladores sobre el continente, distribución que obedece á leyes meteorológicas, topográficas, hidrográficas, etc.

Así «el elemento indígena prima siempre en zonas mediterráneas; el negro en las costas tropicales.» En México, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Centro América, Venezuela y Paraguay el elemento indígena, es el que forma «el protoplasma de las modernas poblaciones.» En Cuba y el Brasil los negros priman favorecidos por el clima ardiente. «En Buenos Aires y en Montevideo, aunque la masa de la población parece absolutamente blanca, hay un factor oculto de pura cepa africana que, para un observador hábil, se revela en todo momento: en la política, la literatura, los salones, el comercio. . . . En la administración pública la *hiperestesia de la aspirabilidad*, suele, por ejemplo, infundir de tal modo á los funcionarios mulatos ó mulatados, que sus inferiores blancos merecen tanta ó más compasión que esos ministros negros que, en África, para hablar á sus tiranuelos de tribu, tienen que hundir en el polvo la oncrepáda cabeza» . . . .

Esta última afirmación es un poco aventurada. Los hechos que Bunge atribuye á causas psicológicas, pueden tener su base en principios bastante generales, como ser las instituciones sociales y políticas la moderna formación de los estados, etc. Montevideo y Buenos Aires, son ciudades cosmopolitas por excelencia, á las que ha afluído inmenso torrente de sangre europea que ha neutralizado en todos los casos la acción de las razas inferiores. La raza indígena del Uruguay, *charrinos, yaros, bohanes y minuanos*, que en conjunto no pasaban de 1500 hombres, fué exterminada en forma absoluta, al extremo que hoy el tipo se ha perdido. Las continuas disidencias que Montevideo tenía con la capital del virreynato desviaban hacia Buenos Aires la corriente que el comercio de esclavos habla establecido entre África y el Rio de la Plata. La República del Uruguay, aún más que la Argentina ha salvado pues, á la *transfusión de sangre de razas inferiores*, sin que eso sea negar que existan en el organismo social productos híbridos, aunque sí, en mucha menor proporción que en el resto de América.

Entrando al estudio de los tres caracteres fundamentales de la raza, Bunge establece claramente la filiación de la *pereza criolla*. «Dos formas generales conozco de pereza criolla: una absoluta, la absoluta inacción; otra relativa, la falta de disciplina, de método ó higiene en el trabajo.»

La primera es la enfermedad característica de las campañas americanas; la última la epidemia que azota el mundo social é intelectual americano, causa de la neurastenia local que tiene sus caracteres peculiares y madre generadora de algunas formas de la literatura.

La primera forma de pereza que también ataca en forma colectiva á las ciudades da margen á los vicios de nuestros sistemas políticos. De la apatía, la abstención en el ejercicio de los derechos ciudadanos, la pereza en una palabra, derivan la decadencia y prostitución de las instituciones.

«En literatura, el palabreo vacío de sentido, la verbosidad ampulosa y sin substancia, la elefantiasis del estilo criollo, consecuencias son de escritores estérilmente fecundos, rebuscadores de desperdicios en los detritus lingüísticos. Banqueros de palabras y mendigos de ideas, que hablan y escriben por que ello no exige gran esfuerzo mecánico; pero no piensan. . . .»

Dico Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que piensan para escribir, los que escriben sin pensar, y los que escriben después de haber pensado. Los americanos según Bunge, serían los segundos.

La tristeza americana tiene causas complejas. Los aborígenes eran gente triste, fatalista, que doblaban la cabeza ante el Hado. Los españoles no eran tampoco gente alegre. «La vieja risa goda de España habíase apagado para siempre con las libertades comunales, con los últimos fuegos de las libertades hispánicas, en los labios de Padilla y de Lanuza. ¡No! El pueblo inquisidor por excelencia, el del Escorial, el que artillaba la Invencible Armada y los ejércitos del Duque de Alba, no era un país sonriente! Tenía la adustez romana y la adustez teológica. . . . En cabrillante alegría morisca, hermosa virgen que vestida de colorínches, tan graciosamente bailara al son de las panderetas, acusada de herejía, juzgada y condenada por los tribunales de la Santa Inquisición, murió á fuego lento bajo los arcos subterráneos de un claustro. . . . Su espectro, el espectro de la Alegría, vagando por todas la Españas, no era ya más que un ánima en pena!» La esclavitud de la raza negra fué un nuevo elemento de depresión moral y por lo tanto de tristeza.

Y las observaciones, los casos prácticos con que Bunge ilustra su libro son interesantísimos: «Si en una noche de carnaval, algunos miseros inmigrantes, hartos de cebolla, se disfrazan de «condes» y recorren las calles de Buenos Aires ó el Rosario, gritando y riendo al son de un destemplado acordeón, al verlos pasar, el criollo se dice: . . . «¡Y á esto llamáis divertiros, á esto que es causaros inútilmente, que os sudar y sudar en esta noche de calor, bajo vuestras caretas, oh imbéciles disfrazados de imbéciles!»

Los cantos de la pampa, los «tristes», los estilos criollos, son manifestaciones de ese espíritu protervo que mata la sonrisa en los labios de la raza nueva.

La arrogancia es de origen español. La literatura castellana está dominada por ese sentimiento. No es tan feliz Bunge en la localización de este sentimiento en América. El lenguaje del gaucho, el compadrito de ciudad, y eso es todo.

Después de este prolijo análisis, hace Bunge la síntesis y presenta el contraste del pueblo americano con los fuertes pueblos europeos. En aquél, pereza, tristeza, arrogancia; en éstos diligencia, alegría, democracia. Aquél es el país de la pereza; éste el del trabajo. Y los derivados del trabajo son acción, disciplina, carácter, constancia, verdad, democracia, república, alegría, decisión, en tanto que los de la pereza son: inacción, indisciplina, veleidad, inconstancia, mentira, arrogancia, caciquismo, melancolía, indiferencia, triste cuadro sintomático que Bunge apoya con casos prácticos que lo exiguo del espacio no nos permitió transcribir.

¿Y cuál es el método terapéutico que Bunge señala? Europeizarnos por medio del trabajo, de la acción, de la actividad, del desgaste de energías condensadas, todo lo que traerá por consecuencia la creación del carácter especial y necesario de nuestro pueblo.

En la segunda parte del libro destinada a estudiar desde estos mismos puntos de vista la política hispanoamericana llega a conclusiones desoladoras. La política hispanoamericana, no es más que un gran cacicazgo. Un cacique que manda, un pueblo dominado por la pereza y el fatalismo que obedece sin chistar. Las prácticas democráticas son parodias odiosas, y en cuanto a las revoluciones periódicas que sacuden a las repúblicas americanas, «son resultados de la inacción habitual del pueblo que deja hacer pero acumula bilis. A un histero epiléptico nada le cuestan sus convulsiones. Repúblicas hay que se revolucionan con la regularidad de los movimientos de un péndulo. La Argentina, por ejemplo, hace convulsionado desde 1810, cada diez años: 1810, 1820, 1830, 1840, 1849-52, 1861, 1870, 1880, 1890, 1901».

Luego encarna el cacicazgo local en tres hombres que presenta como arquetipos de la política americana: Juan Manuel de Rosas, García Moreno y Porfirio Díaz, haciendo un breve, pero intenso estudio psicológico de estos hombres y del ambiente en que actuaron.

Bunge ha llevado a la aridez del campo especulativo un nuevo elemento que quita a sus obras el carácter didáctico, presentando éstas en forma nueva, pues no abdica sus hermosas cualidades de escritor y de artista ante la ciencia. Su imaginación, su emotividad, su potencialidad poética, todo, lo vierte en páginas hermosísimas, dignas de Carlyle, por lo novedoso de las imágenes, lo violento de los contrastes, el derroche de luz y sombra. Es un escritor moderno, derivado del espíritu francés, con todos los prejuicios de la escuela psicológica experimental, en cuyo seno ha caído una gota de pesimismo germánico, diluido, sin embargo, en un concepto sano y viril de la vida.

Dentro de la actual generación americana, el joven autor de *La Educación*, libro del que se ha hablado con aplauso en Europa y de *Los Principios de psicología individual y colectiva*, es una excepción hermosa, pues ha sabido encauzar sus condiciones de escritor y su hermoso talento en una corriente de sanas y fuertes inspiraciones.

ENSAYOS Y NOTAS, por Juan Agustín García, (hijo).— Un volumen en 18 de 211 páginas. — Arnaldo Moen, editor. — Buenos Aires, 1901.

Juan Agustín García (hijo) es autor de un libro: *La ciudad india* (1), que demostró las cualidades excepcionales de investigación y laboriosidad que adornan a este escritor. Era aquél un libro árido y descarnado, una compilación metódica de datos y anotaciones, una investigación erudita de algunas fases de la vida colonial, de todo lo cual el autor insinuó una síntesis incompleta, pero no por eso menos original ni menos nueva, desde que fué ese el primer ensayo de su género hecho en el Río de la Plata.

Este nuevo libro del doctor García, presenta otra faz del escritor, quizá ni tan original ni tan intensa como la anterior. Allí estaba el investigador, el erudito; nada de abstracciones; el hecho, el dato, el número, la estadística, eran la base concreta de un concepto amplio y positivo de la ciencia histórica; aquí está el literato, el ideólogo con toda su cohorte de minucias psicológicas y sutilezas abstractas, y todo esto, diluido en cuatro ensayos más ó menos difusos y doce breves notas, algunas de ellas hermosas y originales.

Como literato el doctor García suele tener frases como la que aplica al doctor Amancio Alcorta: «Conoció los éxitos intelectuales y políticos; vale decir que manejava con igual facilidad los hombres y los libros.» Gusta de las oraciones breves é intensas; de las frases fulgurantes y en general en sus notas literarias es conciso.

Sus ensayos filosóficos son más complejos. Padece el doctor García de una singular obsesión hegeliana, que se manifiesta hasta en la forma de sus escritos científicos; el estilo obscuro, la exposición abstrusa que dificulta la comprensión; en todo lo cual difiere fundamentalmente de su maestro, Schopenhauer á quien llama el director de su vida moral. Schopenhauer, es todo claridad, transparencia; puede ser leído por un profano en la seguridad de que será comprendido.

Estas breves notas marginales hechas en el libro del señor García, pueden ser destruidas por este párrafo lleno de sinceridad en que el autor hace interesantes declaraciones: «Me apresuro á declarar que no soy un profesional de las letras sudamericanas. Suelo escribir por ne-

(1) *Vida Moderna*, tomo I, página 125.

cesidad, para precisar las ideas, disipar las obscuridades, ver bien las cosas y los conceptos. Es un método de estudio eximio, usado en la vieja enseñanza secundaria; disciplina la inteligencia obligándola a pensar con exactitud. Así, el estudio o sobre Groussac es el resultado de un trabajo largo y penoso sobre *lógica* y filosofía del espíritu de Hegel; *La Formación de las Ideas*, fué escrito para comprender a Taine, y á cada momento notará el lector la influencia del maestro incomparable, director de mi vida moral, Schopenhauer.

EL DERECHO Y LA FUERZA.—DESPERTES DE LAS FIESTAS, por Justo Artigas.—Un folleto de 20 páginas.—Buenos Aires, 1903.

Bajo el seudónimo de Justo Artigas, esconde su personalidad un ilustre escritor nacional cuyas obras son inconfundibles por el carácter que les imprime su autor, el doctor don Alberto Palomeque, quien en la buena tierra á que se ha acogido no descansa, trabaja sin cesar y nos envía periódicamente sus escritos.

Este folleto del doctor Palomeque es un llamado al derecho y á la justicia ante la proclamación de las *instituciones armadas* como defensa suprema de los pueblos.

Hace en él, el doctor Palomeque, un rápido proceso de las relaciones internacionales sudamericanas, sobre todo en lo que se relaciona con las últimas manifestaciones de confraternidad en que cuatro repúblicas de este continente tomaron parte.

Entre las oportunas é interesantes observaciones de este folleto hay algunas que merecen meditarse hondamente: «Mientras en Chile—dice el doctor Palomeque—en el día de mayo se pasean los barcos alegóricos por las calles de Santiago en honor á la Argentina y al Brasil, llevando como símbolos de unión sudamericana, las banderas del Paraguay y del Uruguay, etc., en el Brasil y en la Argentina, aun se recuerda en ese mismo día de mayo la triste derrota de Tuyuti, en la guerra cruenta con el Paraguay».

Lamenta el autor la intromisión en las fiestas de confraternidad sudamericana, de un centro militar establecido en Montevideo con el título de *Guerreiros del Paraguay*. «En estos momentos—dice—la delegación chilena arriba á aquella ciudad y los *Guerreiros del Paraguay* son los primeros que se adelantan para darles la bienvenida. Me parece un colmo el hecho, teniendo en cuenta que Chile nunca fué partidario de semejante guerra».

Todos estos y otros detalles de la censurada madeja internacional en que tan mal parados quedan países como el Paraguay y el Uruguay, cuyas entidades de naciones libres y soberanas sólo descansan en la fuerza del derecho, hacen pensar seriamente en el porvenir, tanto más

hoy, cuando se pretende proclamar la virtualidad de las *instituciones armadas*, en las relaciones de los pueblos de Sud América.

El doctor Palomeque en su libro, que es si se quiere una nota discordante en el concierto de mutuas protestas de amistad que acabamos de escuchar, previene un peligro, y como siempre lo ha hecho el distinguido escritor, se pone del lado de la justicia y del derecho.

VARIA.—CUENTOS, TRADICIONES, LEYENDAS, por Adrián M. Aguiar, con un prólogo de Constantino Becchi.—Un volumen de 95 páginas. Imprenta «El Fenix».—Montevideo, 1902.

Once trabajos literarios—algunos de los cuales han sido publicados en nuestras páginas—escritos con esa transparencia de estilo del autor, y en ese lenguaje lleno de nobleza con que el señor Aguiar nos cuenta las impresiones de su alma, á través de relatos guerreros, poéticas leyendas ó fantásticas ficciones.

El señor Aguiar es un escritor castizo y original. Hay en todos sus escritos, ya sea por la pureza del estilo, el colorido del lenguaje, la frescura y novedad de las imágenes, el uso hábil y acertado del arcaísmo, una nota personal é intensa. Es de los pocos escritores americanos actuales que permanecen fieles aún á la forma castellana; hasta él no ha llegado el poder hipnótico de la literatura francesa contemporánea; su literatura deriva directamente de los maestros españoles.

De los once trabajos de *Varia*, hay algunos hermosísimos. *El encuentro*, es una narración llena de intensidad de una de las últimas acciones de la epopeya artiguista; el aletazo postremo del águila que cae al abismo; *Tupaculi*, es un idilio indio sepultado en la sombra de una noche trágica; *El toque de ánimas*, *Nihil desperandum* y *Stabat mater*, son estados de alma cristalizados en tres hermosas fantasías, la primera llena de honda melancolía, de impotente desesperación la segunda, y de dulce plenitud la tercera; *Los dos clarines* y *Yaguari Paso*, son dos episodios de la sangrienta guerra del Paraguay; *Eglón*, *Jabin* y *Las narajitas rojas*, son páginas bíblicas y *Ca-Icobé*, que nuestros lectores conocen, una de esas dulces leyendas indias tan llenas de misterio y poesía.

El libro del señor Aguiar es una de esas obras transparentes, á través de las cuales todos los espíritus pueden percibir la belleza. Concebida y escrita para todos, no hay en ella obscuridades que la hagan incomprendible, ó crueldades que hieran la moral. Es un libro que puede entrar francamente en la familia, ser leído por todos, niños, jóvenes, viejos, en la seguridad de que todos han de encontrar en él el goce intelectual que produce la lectura de las obras literarias sanas, tan escasas desgraciadamente en la época actual.

TEMAS DE MORAL CÍVICA ILUSTRADOS CON EJEMPLOS TOMADOS DE LA HISTORIA NACIONAL, compilados por Enrique M. Antuña.—Un volumen de 262 páginas.—Montevideo, 1933.

Sin vacilar adoptáramos este hermoso libro en el cual se enseña a amar y respetar la patria, como texto de lectura para las escuelas públicas del país. El intenso espíritu de nacionalismo que en el palpita, el ejemplo elocuente de lo que es patria, virtud, valor, honor, caridad, patriotismo, etc. conceptos vagos que el niño percibe en forma incompleta y que en este libro se presentan en forma vivida; la evocación de episodios heroicos de nuestra historia ó hechos notables de nuestros hombres, todo eso, de que habla esta obra, son los elementos que en el alma del niño forman la base de lo que será en el hombre el concepto consciente, amplio y verdadero de la nacionalidad.

Sea ó no sea una obra perfectamente adaptada á los dogmas pedagógicos; ajústese ó no — que se ajusta — á las exigencias didácticas de la época; nada debe impedir que este libro se difunda en la escuela y la familia; se lea, se comente, se medite. El país necesita de esos estímulos. La precaria vida nacional sin conmemoraciones y sin fiestas, sin evocaciones y sin recuerdos, tiene que alimentarse en alguna forma. Ya que no tenemos estatuas, ni monumentos, tengamos al menos estos libros llenos del espíritu de la patria.

TRISTEZAS Y ESPERANZAS. LA LUCHA POR LA VIDA Y EL DESCANSO, por Ernesto Quesada.—Un volumen de 93 páginas.— Librería de Jesús Menéndez.—Buenos Aires, 1903.

Estudia en este interesante opúsculo el laborioso y erudito escritor Ernesto Quesada, la última novela de Rafael Altamira, *Reposo*, que tanto éxito ha alcanzado en España y América.

Libro de minuciosa psicología, la novela del escritor español, por eso deja de tener su tendencia social bien definida, tendencia que el doctor Quesada combate briosamente.

«La vida es la lucha, y el descanso, la ilusión de los instantes de desfallecimiento» dice Altamira y el doctor Quesada, condensa la tendencia de la obra en estas palabras:

«La existencia contemporánea se habría convertido en una riña encarnizada y sin tregua, realizando, mejor quizás que en los tiempos de Hobbes, el *homo hominis lupus* de aquel filósofo: hacen extremo los hombres buscando por cualquier medio el éxito, el buen éxito, es decir, llegar á lo que consideran la cumbre: la riqueza, los unos; el poder los otros; la ambición satisfecha, todos. Y, en medio de esta brega sin

igual, la humanidad parece arrojada á los peligros de una colosal danza de los muertos, ensifrados todos, dando todos golpes á diestra y siniestra, casi sin fijarse á quién, y empujándose todos ciegamente para llegar á la meta... La vida es la lucha; la vida es ilicicia: sí, es cierto; así es! Esta es la síntesis del libro de Altamira.

Esa tendencia que el doctor Quesada combate con sólidos argumentos es una tesis moderna, bastante generalizada entre los novelistas contemporáneos, la que ha sido llevada hasta el teatro, donde por primera vez la presentó Daudet en toda su desnudez repugnante en su drama *La lucha por la existencia*. De entonces aquí muchos dramaturgos la han utilizado. En la novela ha sido encarnada en arquetipos bien conocidos: el *struggle for life* de Bourget, Eugene Rougon y Sarrail de *L'Argent de Zola*, *Bel Ami* de Guy de Maupassant, Julian de Suberjean de *Demi-citoyen* de Prevost, Paul Larcher, de Daudet etc.

El doctor Quesada reprocha vivamente á Altamira la tendencia de su libro, y dice: ¿considera acaso que el objeto de la vida es únicamente el éxito, á todo trance y por cualquier precio? ¿le parece por ventura, que es esa la filosofía final que deba aconsejarse á los demás? y luego lamentando esa desviación de criterio dice: «Es muy duro predicar la inutilidad de la misericordia y de la caridad.»

«La vida es la lucha»: muy cierto, pero ¡Dios de Dios! es la pugna dentro de límites determinados y con propósitos definidos: batallar por batallar, por llegar á la cumbre con los ojos clavados en ella, sin saber lo que eso significa y sin fijarse en los desastres que se causan, es cuanto que merece ocupar el entendimiento largo rato y levantar la mente con sumo estudio y diligencia.»

El libro del doctor Quesada, aparte de ser un minucioso estudio sobre la novela de Altamira, contiene observaciones generales muy interesantes, tales como las que se le ocurren respecto á los escritores españoles en sus relaciones con los americanos á quienes se creen autorizados á hablar en un tono de pedante suficiencia, desde lo alto de una especie de cátedra intangible.»

Es también interesante la descripción que hace de su archivo y biblioteca, los que encierran inapreciables tesoros.

El opúsculo del doctor Quesada es un libro interesante, de fácil lectura en el cual su distinguido autor ha encerrado los pensamientos y sensaciones más diversos con el pretexto de estudiar la novela de Rafael Altamira.

REORGANIZACIÓN JUDICIAL, por Ramón López Lomba.—Un volumen de 203 páginas.—Montevideo, 1903.

Bien conocida es la tenaz campaña emprendida por el ilustrado autor de esta obra en favor de la organización judicial del país. Reflejos de

esa ruda lucha en que fueron puestas á prueba las condiciones de inteligencia, ilustración y laboriosidad del doctor Ramón López Lomba, es este libro, en el que su autor ha compilado sus interesantes trabajos, algunos de los cuales vieron la luz en VIDA MODERNA.

El libro del doctor López Lomba, consta de dos partes y algunos apéndices. En la primera, después de hacer una detenida crítica de la institución judicial actual expone ampliamente su plan de reorganización, y en la segunda, que es obra de inaudita labor, presenta el cuadro completo de la organización judicial de las principales naciones, con el objeto de que su proyecto pueda ser examinado á la luz de la legislación comparada.

En los cuatro apéndices que contiene el libro se insertan algunas informaciones documentadas respecto á la patriótica labor desarrollada por el doctor López Lomba.

EDUCACIÓN FÍSICA Y MANUAL DE GIMNASIA ESCOLAR, por Alejandro Lamas.— Un volumen de 78 páginas.— A. Barreiro y Ramos, editor. Montevideo, 1908.

Un pequeño tomito en el cual el autor trata breve y sumariamente la materia de que informa el título del libro, por más que éste haya sido escrito de acuerdo con el programa de pedagogía para los maestros y de estudios de las escuelas primarias de la República, lo que indica claramente la deficiencia de nuestros programas de instrucción primaria en cuanto se refieren á la educación física.

Cierto que á pesar de haber sido reconocida universalmente su importancia, esta materia no ha conquistado aún el lugar que le corresponde en los programas escolares de los diversos países del globo, probablemente por las encontradas opiniones que existen en cuanto á los medios de hacer práctica esa enseñanza, como muy bien lo hacen notar Sehé y Strehly en su interesante manual de ejercicios físicos.

Sin embargo, el problema se debate en todas partes.

El último Congreso Pedagógico reunido en diciembre del año pasado en Santiago de Chile, se preocupó especialmente de este asunto, pronunciando con ese motivo el señor Cabezas un hermoso discurso en el cual estudiaba sobriamente la materia y concluía indicando la forma de implantar definitivamente en los programas chilenos esa asignatura.

La educación física se ha llegado á proponer como un verdadero problema social de cuya solución se hace depender hasta el porvenir de la raza latina.

Ya no es un medio de concurrir al desenvolvimiento de la vida, sino también un medio de combatir enfermedades colectivas que atacan á razas y naciones determinadas.

Últimamente, un eminente profesor francés, estudiando los errores de la educación sexual en las páginas de *La Revue*, proponía la educación física como sistema terapéutico para tratar determinadas mociedades de la raza latina.

La educación física debe, pues, preocupar seriamente á las autoridades escolares.

El señor Lamas ha dividido su libro en tres partes. En la primera trata de la teoría de la educación física y enumera rápidamente algunas causas generadoras de deformaciones orgánicas. En la segunda trata la faz didáctica de la cuestión, y en la tercera presenta una serie de ejercicios, los que han sido tomados del *Manual de Gymnastica Sueca*, del profesor C. H. Lielbeck, como lo manifiesta el auctor en el prólogo.

El libro del meritorio señor Lamas— quien ha dedicado parte de sus energías á los interesantes problemas de la educación— dentro de su brevedad, es una obra interesante y muy apreciable por sus condiciones didácticas.

## LIBROS RECIBIDOS

*Verdades*, por Alfredo Vidal y Fuentes; *Los canales del estuario. Una labor de diez y ocho años*, por Angel Floro Costa; *Antón Pérez*, (novela), por M. Sánchez Mármol; *Notas y apuntes. Contribución al estudio de la historia económica y financiera de la República U. del Uruguay*, tomo II, por Eduardo Acevedo; *Marta*, por Pedro o Erasmo Callorda; *El crepúsculo de los gauchos*, por Félix B. Basterra; *Vida de Aldeia* Contos de Bento Ernesto Junior; *Contos Sertanejos*, (1 lenda é fragmentos), por Pelayo Serrano.

DIRECTOR:

Raúl Montero Bustamante.



## Libros Nacionales

JULIO, 1903

VIDAL Y FUENTES (Alfredo).— *Verdades*.— Talleres A. Barreiro y Ramos. — 1 volumen en 8.º de 83 páginas.

ROS (Francisco J.).— *Treinta y Tres*.— Monografía departamental leída por su autor el día 1.º de Enero de 1903, en el momento de inaugurarse la primera exposición-feria agro-pecuaria industrial en el pueblo de Treinta y Tres. — Talleres de A. Barreiro y Ramos. — 1 folleto en 8.º de 10 páginas.

ARAÚJO (Orestes).— *Resumen de la Historia del Uruguay*. — 1 volumen en 8.º entrega núm. 7 y 8. — Imprenta Artística.

AGUIAR (Adriano M.).— *Varia*.— Cuentos. Tradiciones. Leyendas. — Imprenta El Fenix. Librería de Constantino Revchi, editor. — 1 volumen en 8.º con retratos, VIII 56 páginas.

DE LYÓN (Jacinto).— *Neuralgia del nervio perforante superior*. — Imprenta El Siglo Ilustrado. — 1 folleto en 8.º de 3 páginas.

LÓPEZ LOMBA (Ramón).— *Reorganización Judicial*. — Trabajo publicado en la Revista mensual VIDA MODERNA. — Talleres A. Barreiro y Ramos. — 1 volumen en 8.º de 265 páginas, XI. Tomo I.

GIMÉNEZ PASTOR (Arturo).— *La Bendición* (novela). Prólogo de Eduardo Ferreira. Ilustraciones de Aurelio Giménez. Fotografados de Somaschini. — Imprenta Artística de Dornoché y Reyes. — 1 volumen en 8.º de XXXI y 71 páginas, cuatro grabados y el retrato del autor.

ACEVEDO (Eduardo).— *Nidas y Apuntes. Contribución al estudio de la Historia económica y financiera del Uruguay*. Tomo II. — Imprenta El Siglo Ilustrado. — 1 volumen en 8.º

JAUZEQUIBERRY (Miguel).— *Juan José Castro*. — Su vida pública. — Imprenta La Razón. — 1 volumen en 8.º de 334 páginas y retrato.

CALLONDA (Pedro Erasmo).— *Marta*. Poema. — Imprenta La Tribuna Popular. — 1 folleto en 8.º de 21 páginas.